DON NADIE

NO ME FALLES

edicionestagus

Trilogía Albagranera

NO MEFALLES

Título: No me falles
Autor: Don Nadie

Ediciones Tagus es un sello editorial de Espasa Calpe, S. A.
Vía de las Dos Castillas, 33. Complejo Ática. Ed. 4, 28224 Pozuelo de Alarcón, Madrid (España)

Primera edición en libro electrónico (epub): Abril 2015

ISBN: (epub): 978-84-15623-91-5

Conversión a libro electrónico: Agaram InfoTech Pvt. Ltd.

PRÓLOGO.
LA HISTORIA COMIENZA...

6 de septiembre de 2013

Querido lector,

Ante todo me presento: mi nombre es Don Nadie y mi estado actual es «al borde del suicidio».

No revelaré aún mi nombre auténtico, porque prefiero que tú, lector, juzgues mi forma de actuar sin verte condicionado por este blog, a medida que leas los hechos que aquí narro. Esta es una historia real, la historia de un caso cuyo misterio nació el año pasado y que se ha mantenido hasta el día de hoy en el que me dispongo a desvelarlo.

Esta mañana, al abrir mi buzón, he hallado en su interior un paquete. La mayoría de las personas —por no decir absolutamente todas— se sienten halagadas y felices cuando son premiadas con un regalo; pero yo no, yo me siento la persona más desgraciada, puesto que ese obsequio se lo hice a una persona a la que quería y que ahora me odia con el mayor de los desprecios... y razón no le falta.

Desde julio hasta ahora no han cesado las pesadillas repetitivas que sufro cada noche; mis ojeras pronunciadas no muestran otra cosa sino un principio de demencia.

¿Cuándo una persona está realmente loca? No lo sé, pero desde luego sé lo que es estar sano de mente, y muy bien de la cabeza no se debe de estar cuando actúas de la forma en que lo hice yo este verano.

No escribo en este blog para desahogarme, tampoco para dar pena, ni para que la gente se compadezca de mí. Lo escribo para que se haga justicia y ante todo para que puedas perdonarme algún día.

Todavía estoy tratando de olvidar todas las cosas horribles que

sucedieron este verano, pero es imposible. Esta carga emocional puede conmigo. Nadie en su sano juicio puede soportar una presión tan fuerte.

Lo que contaré a continuación es toda la verdad sobre el caso del Niño de Albagranera, más conocido como el Niño de los Altramuces. Toda la verdad sobre un secreto que ha «ahogado» a personas muy queridas por mí, hasta las más profundas de las miserias, llevándolas incluso hasta la mismísima muerte.

La vanidad es el pecado favorito del diablo, pero en mi caso también es mi mayor defecto. Pensar que todo podía salir perfecto, que todo podía salir sin ninguna complicación; y de hecho, así fue. Nadie logró descubrirme, pero aun así, el sentimiento de culpa me corroe por dentro.

Posiblemente, si has empezado a leer esto no tengas ni la más remota idea de lo que estoy hablando. Solo te pido, lector, que al terminar mi relato vuelvas a leer estas primeras líneas y entonces llegarás a entenderlas a la perfección.

Pretendo encontrar con este diario una salvación: la mía propia.

Las personas no son buenas ni malas, todo el mundo nace de un padre y una madre, todo el mundo tiene un comienzo de vida medianamente normal; sin embargo, uno no nace con la maldad, tampoco se pretende o se es partidario de ella. Simplemente llega un momento en la vida en el que tienes que tomar una difícil decisión y sabes que la más favorable para ti es la que te va a condenar a vivir como un ser maldito de por vida.

Con estas palabras doy paso a la historia, MI HISTORIA, y ante todo la historia de él, que fue quien menos culpa tuvo de nada, y lo único que pretendió en todo momento fue ayudar. Por eso la contaré en primera persona, para que sientas todo lo que pasó como si lo contara la persona que más implicada estuvo. Cuando leas en cursiva querrá decir que soy yo (de nuevo), el que se dirige a ti. A ver si eres capaz antes de terminar de leer este relato, de descubrir qué personaje se esconde detrás de estas cursivas, descubrir quién está detrás de los personajes ÉL y ELLA, y averiguar si Jonathan Velázquez está vivo o muerto. Al final del libro encontrarás una breve descripción de los personajes porque son muchos nombres y no quiero que te pierdas mientras buscas

asociaciones entre ellos, porque tampoco tiene sentido. Es increíble como un error se puede pagar tan caro; pero en eso consiste la libertad, la capacidad para elegir tu propia vida, la capacidad para obrar de forma correcta o equivocarte hasta llegar a la locura.

Atentamente,
Don Nadie.

Índice

A DE AMISTAD

Antes que nada, gracias a todos y cada uno de los que me escribís por apoyarme con vuestros comentarios a contar esta cruda historia, ya que sin vuestro aliento no sería capaz de contar la verdad que aquí me dispongo a desvelar. Como sé que esperabais con ansias que continuara mi relato, he decidido hacer estas primeras publicaciones más largas, para así adelantar un día respecto a su publicación y que, de esta manera, se os haga menos pesado leer. Agradezco todas vuestras ayudas y gestos comprensivos conmigo y espero que me sigáis apoyando a medida que cuento todo esto.

Cuando pagué al taxista y descendí de aquel vehículo, la vista se me nubló. Parecía sorprendente el hecho de que me hubiera atrevido a volver tan pronto a mi casa de Cádiz, lugar de tantos recuerdos, malos y buenos. Quizás fuera porque era el único rincón de mi vida donde aún me quedaba algo: mis mejores amigos.

«Los Cinco» nos llamábamos. Nos conocimos en el año 1996, cuando yo cumplía la edad de once años. Desde entonces nos hicimos inseparables aunque, con el paso de los años, el hecho de vivir yo en Madrid y ellos en Andalucía distanciaba nuestros contactos y relaciones.

Mientras subía la rampa de acceso a mi portal, un escalofrío me recorrió todo el cuerpo. ¿Cómo reaccionaría al hallar mi casa vacía? En el rellano del portal me encontré a doña Claudia. Ella vivía en el tercer piso de mi edificio, era una mujer totalmente extravagante y sonriente, su humor contagiaba a cualquiera que pasara a su lado. Una dama llena de vida, seguramente condicionada por las circunstancias en las que le tocaba vivir. Tenía paralizadas las dos piernas y, como consecuencia de ello, iba en una especie de silla motorizada que le permitía desplazarse y hacer cualquier cosa como si fuera una persona totalmente normal, como si en lugar de

faltarle dos piernas tuviera cuatro. Con su típico peinado de siempre con pelo oscuro cortado como un casco, esta entrañable mujer ya en la cincuentena era en sí misma la alegría que les faltaba a todos los demás vecinos. Cuando me vio aparecer por el portal, una sonrisa se dibujó en su rostro.

—¡Ricardo! ¡Cuánto tiempo! ¿Cómo estás, cariño?

—Muy bien, doña Claudia, me alegro de verla. Y usted, ¿cómo se encuentra?

—Pues aquí me ves, hijo, tirando como puedo —bromeó—. Has venido a pasar el veranito a casa de tus padres, ¿no?

Mi cara se desencajó. Era evidente que nuestra vecina no había recordado lo que había acontecido desde la última vez que nos vimos.

—Se acordará de que mis padres murieron en septiembre del año pasado, doña Claudia. Tuvieron un accidente de coche cuando vinieron a ver a la familia de Jonathan.

—¡Oh, Dios mío! No lo recordaba... ¡Cuánto lo lamento! Pobre criatura, no han sido momentos fáciles para nadie desde entonces, sobre todo para esa familia. Los padres se separaron al poco tiempo de lo sucedido y esa pobre chica quedó sumida en una tremenda depresión. No volvió a hablar desde entonces —. Al contar aquello su cara se estremeció.

—Lo sé, no he podido verla durante este tiempo y el año pasado estaba estudiando en el extranjero y pedí a mis padres que fueran a verla. Aprovecharon para quedarse el mes entero y entonces fue cuando tuvieron el accidente. Han sido momentos muy complicados también para mí, me hubiera gustado pasar mucho más tiempo con ella. Lo que no sé es cómo voy a reaccionar cuando la vea en ese estado.

Celia y yo éramos dos componentes de Los Cinco. Tenía una melena andrajosa y belleza algo descuidada. La conocía desde hacía muchos años, pero quizás era con la que menos trato mantenía del grupo. Ella tenía un hermanito de siete años, estaba muy unida a él, pero el incidente del año pasado dejó rota a toda su familia y sobre todo a ella. Jonathan, conocido en toda la playa de Albagranera como el Niño de los Altramuces, desapareció el año pasado en la playa y no dejó ni

un solo rastro. El caso se volvió muy conocido en toda la provincia de Cádiz y se extendió a otras partes de Andalucía. Se dice que su hermana estuvo con él en el momento de su desaparición. Si ella hablara o lograran sonsacarle algo, seguramente se averiguaría qué ocurrió realmente aquel día. Pero Celia estaba sumida en su propia burbuja, escondida de aquel mundo, por temor a aceptar la verdad.

La policía no había dado esperanzas a la familia, decían que era cuestión de tiempo hasta dar con el cuerpo del chiquillo, pero a día de hoy no habían encontrado ni una pista.

—La gente comenta mucho —explicó doña Claudia—. Hay muchos que sospechan del padre. No me extrañaría nada que él fuera quien matara al niño. Es una persona tan fría que a veces da miedo con solo mirarle.

Mi cara era todo un poema. Dejé de articular palabra y miré a las espaldas de doña Claudia, donde se encontraban los ascensores. Las puertas se habían abierto y la vecina no pudo darse cuenta de que el padre del Niño de los Altramuces. se había enterado del último comentario de la cotilla del barrio.

Cuando giró aquella silla motorizada, su sonrisa seguía dibujada en su rostro disimulando y mirando a los ojos a aquel hombre. De mirada inquietante y con unas facciones profundamente marcadas, este apuesto señor más se asemejaba a un monstruo que a un adonis.

—Hola —me atreví a decir para romper el hielo.

El padre de Celia se quedó fijamente mirándome sin contestarme y desvió la mirada hacia la minusválida.

—Debería aprender a contrastar mejor sus informaciones, no vaya a ser que algún día se atragante con sus propias palabras. Si le gustara hablar la mitad de lo que le gusta escuchar, seguramente le irían mejor las cosas en la vida. Aunque no la culpo, debe ser su existencia muy aburrida cuando no es más que una inútil e inservible paralítica.

El insulto «paralítica» resonó a través de todas y cada una de sus letras, golpeando como un tsunami a la señora del tercero, que borró su sonrisa para transformarla en una profunda expresión de decepción y lágrimas. Ese hombre no era la

persona a la que yo conocía, se había convertido en un monstruo cruel y sin piedad. Aunque no se le podía culpar, pues perder a toda una familia de la noche a la mañana y en tan trágicas circunstancias es un mal que no se le puede desear a nadie.

* * *

Tras el incidente del portal y tras recoger las cartas del buzón accedí de nuevo a mi viejo hogar. Cualquier parecido con lo que llegó a ser algún día no era más que mera coincidencia. Un intenso olor a cerrado se extendió por mis pulmones de la misma manera que se extiende la mantequilla por un pan de molde. Al encender las luces, numerosos insectos denominados tijeretas, que se refugian en entornos húmedos de zonas próximas al mar, empezaron a moverse por las paredes de la casa, captando mi atención. En el salón, la foto mía junto a mis padres reposaba encima del televisor. La tomé entre mis manos y la sujeté un momento y después me dispuse a poner orden en aquel sitio. La última vez que estuve allí fue en compañía de ellos y no había vuelto desde entonces. La situación se agravaba si me paraba a pensar que en esa casa fue donde pasaron sus últimos días de vida. Sin darle más vueltas a la cabeza, subí las persianas de la terraza y quedó delante de mí aquel paisaje que tantas veces había observado anteriormente.

El bloque donde estaba mi casa formaba parte de uno de los tres bloques blancos diagonales. Les llamaban Puerto Príncipe. Al otro lado de la piscina y de los campos de tenis compartidos por esta urbanización, se encontraba otra, Colomina, formada por dos torres grises y cuatro manzanas de bloques bajos en primera línea de playa. Las vistas desde donde me encontraba eran espectaculares, no solo por ver playa y piscina, sino porque también tenía delante de mí un gran parque natural al lado del mar con especies protegidas de todo tipo.

Al barajar las cartas que extraje del buzón me sorprendió encontrar una que no me cuadraba: un sobre de un bufete de abogados dirigido a mi padre.

Cádiz, 4 de septiembre de 2012

Estimado Sr. Mairén:

Lamentablemente le comunico que no voy a poder seguir con su caso por lo que le voy a comentar.

Esta mañana me he dirigido al Ayuntamiento de Cádiz con la intención de obtener alguna información sobre el caso y que me pusieran en antecedentes sobre todo lo que rodea a la desaparición del Niño de Albagranera y sus descubrimientos, así como de la posibilidad de obtener los derechos al acceso de mucha información.

Lógicamente, en el transcurso de la conversación le he contado todo lo que Ud. me ha relatado, le he dado su nombre, e inmediatamente después de oírlo, el funcionario ha llamado por teléfono y cuál ha sido mi sorpresa cuando unos minutos más tarde me han pasado a otro despacho. ¿Quién cree que se encontraba allí? Ni más ni menos que el propio padre de la criatura: Antonio Velázquez, concejal de Cádiz.

Pues bien, tras un efusivo apretón de manos, sus semblantes se tornaron serios. Me explicaron que Ud. era un loco peligroso, que corro peligro y que bastante daño ha sufrido ya él por la desaparición de su hijo como para seguir todavía atormentándose. Yo le he comentado nuestras comunicaciones y, tras ello, me ha advertido que, de seguir con tales investigaciones, el propio concejal se encargaría de que el Colegio de Abogados me sancionara y me abriera un expediente y que no permitieran ni a mí ni a ninguno de mis colaboradores recoger datos de ninguna clase, ni información al respecto.

Y es más, me ha obligado a darle mi palabra de honor de que no colaboraría con Ud. más. Verá Ud., Sr. Mairén, todo lo que ha pasado es muy raro. No sé lo que ocurre, pero es muy extraño que un asunto como este haya levantado de la mesa de su despacho al propio padre del Niño, cuando él debe ser el más interesado en saber el paradero de su hijo. Sin embargo, yo tengo miedo.

No me encuentro cómodo y no quiero que este asunto acabe con mi carrera como abogado. Cádiz es muy pequeño, todos nos conocemos y no me atrevo a seguir adelante con esto.

Lo siento, Sr. Mairén, pero estoy asustado. No me gusta nada este asunto. No quiero el dinero, prefiero estar tranquilo y no tener problemas. Por eso no se moleste en enviarme documentos ni ingresos bancarios. Espero que lo comprenda. Tengo miedo.

Suyo afectísimo,

Ángel Salvador Gutiérrez.

* * *

Si pensáis que me arrepiento de haber matado a alguien, demostráis que aún me conocéis muy poco. No es exactamente de un asesinato, de lo que me siento culpable. Lo entenderéis más adelante…

Cuando permanecí en la terraza observé que la piscina estaba abarrotada de gente. Dentro de lo simple que resulta ser una piscina rectangular, estaba dotada de un toque distinguido: justo en medio, en el fondo, el dibujo de un gran timón de barco daba su carácter especial a la urbanización. Permanecí embobado observando la gente pasar de un lado a otro, tanto que no pude advertir, ni reconocer la silueta que se agitaba levantando los brazos con la intención de que lo viera. Pese a la distancia, con ese porte chulesco y sus gafas de sol, se le reconocía de inmediato, en gran parte gracias a la sonrisa de medio lado que le caracterizaba. Aquel era César, posiblemente el mejor amigo que tenía en ese momento de mi vida. Era un hermano para mí y si no hubiera sido por todo su apoyo, en la muerte de mis padres me habría hundido en una profunda depresión. César no formaba parte de ninguno de Los Cinco. Mientras que el grupo mítico nos conocimos con once años, a César le habíamos conocido cuando yo cumplía dieciocho años y él tenía tres años menos. Pero al menos, hasta el momento, mi amistad con esa persona había rebasado los límites de la que había tenido con el resto del grupo. Mientras que el grupo de Los Cinco se habían convertido con el paso de los años en «amigos de verano», César y yo hablábamos todas las semanas y nos manteníamos al día de todo cuanto nos acontecía. Al bajar al portal, nos fundimos en un emotivo abrazo…

—Me alegro de verte, niño.

—Te noto preocupado, tío. ¿Qué ocurre?

—No es nada, es que acabo de leer una carta que tenía en el buzón dirigida a mi padre.

—¿Y? —César tragó saliva.

—Mi padre, antes de morir, estaba investigando sobre la

desaparición de Jonathan. No tenía ni idea.

—Ya sabes cómo era tu viejo, tío, siempre se prestaba a ayudar a todo el mundo. Qué bien que ya estés aquí, Ricardo. Todos están ansiosos por verte y saber de ti.

—Me está costando adaptarme, pero bueno, un tiempo aquí con vosotros no me vendrá mal. Así aprovecho las vacaciones que me han dado en el periódico. ¿Has hablado con alguno de estos hoy?

—Bueno... la verdad es que las cosas, como ya te conté, están muy cambiadas. El trato entre nosotros, a raíz de lo que ocurrió el año pasado, no sigue igual. Se nota mucha tensión y distanciamiento. Creo que deberías ir a verles antes que nada, Ricardo. Estoy seguro de que les hará ilusión.

—César, sabes perfectamente lo resentido que estoy. Me dolió mucho que no fueran capaces de apoyarme cuando murieron mis padres. Tan solo una llamada hubiera bastado...

—Tienes que entender que fue muy duro para ellos lo que ocurrió un mes antes de que tus padres murieran. La desaparición de ese niño al que quería todo el mundo y, en consecuencia, el aislamiento al que se sometió Celia, a la que todos estiman muchísimo.

—Me imagino, y yo el primero... ¿Ella está en casa?

—¿Celia? Sí, está David con ella. Ahora ya no viven en esta urbanización. La madre se la llevó a otra casa cuando se separó de su marido. Pobre mujer, su hijo desaparece, su hija entra en un autismo profundo y el marido la abandona. Me ha dicho que le alegrará verte y que pases a tomarte algo.

—¿Está con David? Joder, quién lo diría... Celia se pasó años enamorada de él y él nunca quiso tener nada con ella. Sin embargo, ahora cuida más él de ella que su propia madre.

—Ya sabes, Ricardo... Es como si estuviera en deuda. Lo hace de todo corazón. Date cuenta que ni Nacho ni David estuvieron el día en que ocurrió todo.

Nacho y David tampoco formaban parte de Los Cinco. Eran amigos madrileños desde pequeños y un verano, cuando cumplía dieciséis años (dos años antes de conocer a César), llegaron de alquiler a nuestra urbanización y nos hicimos tan

amigos que se compraron allí una casa y vienen cada verano a Cádiz. Esa semana que ocurrió todo, ellos estaban en Sevilla en una feria de coches.

—Desde siempre, César, tú te has llevado fatal con David —dije sonriendo—. Y ahora, mírate, solo dices cosas buenas de él.

—Te entiendo. Quizás cuando uno aprende a decir no descubre muchas cosas hasta ahora desconocidas de las personas, la espalda, la nuca... y todas esas partes que ves del otro cuando se va. Eso fue lo que paso con él: cuando me cansé de hacer las cosas tal y como él las quería hacer, aprendió a respetarme.

—Lo único que hubiera faltado es que hubieras tenido tú movidas por su mierda de droga.

—Sí, tranquilo, que ya no está metido en esos asuntos. Si para algo bueno ha servido lo del año pasado, ha sido para replantearse el ritmo de vida que estaba llevando.

Y con esto me dispuse a ir con mi amigo a ver a Celia, sin saber cómo iba a reaccionar al verla totalmente cambiada y fuera de sí. Cualquier idea sobre ella era poco comparado con lo que aún me quedaba por ver, y que jamás hubiera querido que vieran mis ojos. Lo peor estaba por llegar... Aunque, de momento, me alegraba saber que contaba con tener a mi lado aquel apoyo tan importante en mi vida, aquel en quien para mí se había formado un claro ejemplo deseado de la palabra «amistad».

* * *

ELLA permanecía sentada en aquel banco, pensativa, preocupada..., hasta que ÉL llegó. Sus miradas se cruzaron en un rostro triste, distante y sincero. Lógicamente estaban preocupados. Lo que no sabían y no pudieron percibir era mi presencia, pues yo les estaba escuchando desde detrás de unos arbustos.

ÉL: Te has enterado, ¿no?

ELLA: Sí, pero no creo que haya de qué preocuparse. ÉL: ¿Crees que puede causar problemas?

ELLA: Lo dudo, Ricardo ha venido a pasar el verano aquí, nada más. No creo que le interese mucho el caso del Niño de Albagranera, porque ni tan siquiera movió el culo cuando le

ocurrió eso a su amiga.

ÉL: Es periodista igual que su padre. ¿Y si empieza a investigar?, ¿y si empieza a hacer preguntas?

ELLA tuerce su sonrisa en un gesto de dolor: ELLA: Entonces… Ricardo acabará como su padre. ÉL: ¿Muerto?

ELLA: No, asesinado. Sin embargo, harán que parezca un accidente.

Los rostros de aquellas dos personas quedaron mirándose fijamente durante unos segundos. La cara de horror del autor de este blog tras los arbustos denotaba que no podía dar crédito a lo que acababa de escuchar.

B de BIENVENIDA

¿Quién me iba a decir a mí que iba a acabar contando todo esto a las alturas de la película en que estábamos? Pero qué se le va a hacer… Soy un cobarde, no me atrevo ni a ir a la policía, mucho menos a contárselo a él a la cara, puesto que no puede ni mirarme del desprecio que me tiene.

Aunque mis planes eran ir a ver a Celia, todo cambió cuando nos encontramos con Joaquín. Él era, junto conmigo, uno de los chicos del grupo de Los Cinco; el resto eran mujeres. La relación entre Joaquín y yo había cambiado mucho desde que teníamos once años. Con el paso del tiempo, habíamos pasado de ser inseparables a chocar cada vez más y a tener cada vez más problemas el uno con el otro. A pesar de ser un chico alto, Joaquín era pálido y esquelético. Además, era un poco afeminado y fumaba de forma incontenible. Sin embargo, en cuanto nos vimos nos dimos un abrazo; un abrazo que en absoluto se sintió sincero. De pronto caí en la cuenta de que Joaquín, como abogado que era, tenía acceso a mucha información y podía consultar determinadas bases de datos, por lo que me vino a la cabeza la idea de pedirle que me localizara un teléfono o dirección del abogado que escribió a mi padre, ya que la carta no traía un remite donde localizarle.

Notaba a Joaquín muy cambiado; tenía la mirada perdida y estaba mucho más pálido de lo habitual. Con todo lo alto y delgado que era, su aspecto le hacía parecer un espectro. Sin embargo, no se mencionó en ningún momento de la conversación por qué no me llamó cuando ocurrió lo de mis padres y, honestamente, a mí tampoco me apetecía sacarlo. Ya de vuelta en mi casa, Joaquín se puso a investigar en el portátil para encontrar la información que requería. De repente exclamó:

—¡Aquí está! Ángel Salvador Gutiérrez… Sabía que formaba parte de este colegio de abogados.

—Solo viene un teléfono, ¿no? —preguntó César.

—Esperemos que haya suerte —añadió Ricardo—. Necesito que ese hombre me explique qué había descubierto mi padre. Quizás así podamos ayudar a la familia de Celia.

Joaquín se quedó paralizado, no se esperaba que fuera ese el motivo por el que quisiera hablar con el abogado, de modo que inquirió:

—Un momento... ¿ayudar a la familia de Celia? ¿Qué coño estás diciendo? ¿Qué tiene que ver este abogado con eso?

—Verás —dijo Ricardo—... antes vi una carta que estaba en mi buzón, era de un abogado que colaboraba con mi padre en obtener datos sobre el caso de Jonathan. Y dice que el mismo padre del niño le amenazó con arruinarle su carrera profesional si se entrometía demasiado.

—¿A ti qué te pasa, Ricardo? —dijo Joaquín adoptando un gesto desafiante—. Cuando todos nosotros tuvimos que pasar toda la tragedia, tú estabas en el extranjero divirtiéndote y permaneciendo ajeno a todos nosotros. Y ahora sin venir a cuento, un año después, cuando ves que tu padre quiso ayudar, te quieres involucrar tú, ¿no?

Joaquín se levantó de su asiento y añadió con desprecio:

—Me das asco, Ricardo. ¡Deja a esa familia en paz! ¡Deja que podamos descansar todos de una santa vez!

Y diciendo eso agarró el picaporte de la puerta y salió de mi casa, dejándome con una lágrima en los ojos.

—Discúlpale —dijo César—... Está muy resentido contigo por no aparecer el verano pasado cuando ocurrió todo, y en consecuencia, también conmigo por apoyarte cuando tus padres murieron. Según él no te lo merecías. Déjame que hable con él mientras hablas tú con el abogado, luego me cuentas...

César se fue y me quedé observando el número de teléfono. Temía llamar y también lo que pudiera encontrarme al hablar con aquel hombre. Me lancé y marqué el número de teléfono. La señal dio tres tonos y a continuación descolgaron.

—¿Sí?

—Hola, verá... Quería hablar con el señor Ángel Salvador.

¿Es usted?

—Sí, soy yo. ¿Con quién hablo?

—Soy Ricardo Mairén. Hace un año estuvo colaborando con mi padre en el caso del Niño de Albagranera, ¿no es así?

Se produjo un prolongado silencio.

—¿Hola? —pregunté.

—No tengo nada que decir con respecto a ese tema. Si ellos se enteran de que sigo detrás de ese asunto estoy perdido. No tengo nada más que hablar con usted.

—¿Ellos? ¿Quiénes son ellos? ¿Hola?

Pero en ese momento ya me había colgado. Había algo raro en todo esto... Ese hombre sentía miedo hacia ciertas personas a las que se refería como «ellos». Muy pronto iba a descubrir la magnitud del problema al que me estaba enfrentando, un problema como jamás podría haber concebido. Me sobresaltó el teléfono, que de repente empezó a sonar. En la pantalla se mostraba «número oculto».

—¿Sí?

Una respiración profunda se empezó a oír a través del teléfono...

—¿Quién es?

Nadie contestó. La comunicación se cortó de repente. Se empezaron a oír unos golpes en todo el salón. Procedían del piso de arriba. Unos sonidos sordos provocados posiblemente por un martillo. Sin embargo... un detalle parecía indicar que no se trataba de una obra precisamente. Era una combinación de golpes que formaban una melodía, tenían un ritmo... Algo así como... toc, toc, toc, ¡toc! El último golpe siempre era más fuerte y se repetía una y otra vez hasta que se detuvo. El timbre de la puerta sonó y dudé un momento en abrirla, tenía el corazón en un puño. Me quedé absorto; la persona que llamaba era la madre de Celia y Jonathan.

—Hola, Ricardo... Necesito hablar contigo...

Entró apresurándose y cerró la puerta de golpe temerosa.

* * *

Aquella mujer tenía una mirada perdida, triste y asustada, todo a la vez. La invité a sentarse en el sofá, y mientras se acomodaba pude admirar su porte elegante, voz joven y dulzona y su peinado ensortijado. En ningún momento abandonó su actitud franca y penetrante. La mayoría de las personas que conocía hasta ese momento mostraban un considerable cambio de un año para otro. Era como si a todos ellos les hubiera afectado la desaparición de Jonathan.

—¿Cómo está, señora Velázquez?

—Bueno... Ahora mejor —respondió al tiempo que sonrió levemente–. Quería agradecerte de todo corazón todo lo que tus padres hicieron por nosotros y darte mis condolencias por su fallecimiento.

—No se preocupe, iba a ir a ver a Celia ahora, pero...

—Eso quería pedirte —me interrumpió—. Llevo todo el año intentando que mi hija hable, porque sé que ella tiene que saber el paradero de mi niño. He pasado un año horrible, teniendo pesadillas a diario e intentando comprender lo que sucedió aquel día. Pero la policía no ha podido averiguar nada. Gracias a David, vuestro amigo, que está ayudando a Celia en todo, logra con eso buenos progresos en su comportamiento. Sin embargo, hace una semana, David empezó a hablar con Celia, como siempre, diciéndole que tú, Ricardo, ibas a llegar y preguntándole si se acordaba de ti. Entonces ella empezó a repetir tu nombre una y otra vez: «Ricardo, Ricardo, Ricardo». Me emocioné muchísimo porque era la primera vez que mi hija hablaba. Quizá si tú conversaras con ella, podríamos lograr algún progreso más.

—Creía que Celia y usted no tenían buena relación, por lo que ella nos contaba...

—Celia siempre me tuvo mucha manía porque intentaba ocupar el lugar de su verdadera madre.

—¿Su verdadera madre? ¿Qué está diciendo?

—En realidad Celia es hija de mi exmarido y su difunta mujer. Después yo conocí a Antonio y tuvimos a Jonathan. Pero Celia no es mi hija biológica. Ella no podía soportar que su padre estuviera con otra mujer. Sin embargo, a raíz de lo que

sucedió el año pasado, su padre no quiso saber nada más de ella, puesto que le achacó el no haber aprendido a cuidar de su hermano. Por eso nos separamos, aunque la cosa ya estaba muerta desde entonces. Todo por culpa de esa… malnacida de su amante.

—Oh, ¿su exmarido tenía una amante?

—Sí, pero de eso no me enteré hasta febrero de este año, cuando supe quién era. Aunque yo ya lo intuía desde antes de que desapareciera nuestro hijo.

—Vaya… lo siento mucho. Y… ¿sigue hablando usted con él?

—No… Siempre que le veo pienso que todavía le quiero; pero sé que eso es solo una ilusión mía. En realidad, lo que pienso es que debería estar muerto.

A aquella mujer terriblemente dolida se le escapaban las lágrimas a medida que escupía esas palabras tan horribles.

—La entiendo, señora Velázquez. Me gustaría preguntarle si conoce usted a Ángel Salvador.

—No tengo ni idea de quién es, la verdad.

—Es el abogado que estuvo colaborando con mi padre en la investigación de su hijo.

—Ah, qué buen hombre. Claro que le conocí. Sin embargo, la intervención de mi marido impidió que siguiera colaborando con tu padre.

—¿Por qué se iba a negar su marido a colaborar para hallar el paradero de su hijo?

—Pues no sé… Me imagino que porque él siempre ha pensado que Jonathan estaba muerto. Para mi marido, ese hecho le arruinó la vida, al igual que a mí. Preferimos, tanto él como yo, tener la esperanza de por vida de que Jonathan pueda estar vivo, antes que pensar que esté muerto. Pero yo necesitaba saber dónde estaba mi hijo, mientras que él solamente se limitaba a hincharse a chocolate y permanecía impasible Por eso, ya que no contaba con la ayuda de mi marido, se la pedí a tu padre. Por mi culpa tus padres tuvieron ese accidente. Si yo no les hubiera insistido…

—La mujer empezó a llorar.

—Eh, vamos... ¡No se preocupe! —dije mientras la abrazaba —. Mis padres tuvieron un golpe con el coche, le podría haber pasado a cualquiera. No tiene por qué culparse de su muerte. Bastante tiene ya usted de lo que preocuparse. Ahora lo importante es Celia. Conseguiremos entre todos que salga adelante, ya lo verá...

—Esperanza: Sí... Al fin y al cabo... hay cosas mucho peores que la muerte. Muchas gracias, Ricardo. Espero que disfrutes de tus vacaciones aquí en Cádiz. Bienvenido...

La madre de Celia salió llorando de la casa de Ricardo. Pobre mujer... Todo lo que le había salpicado durante este año... Aunque lo que aún estaba por sucederle era mucho peor de lo que a alguien le podría ocurrir jamás.

* * *

Sofía era, por lo general, una mujer tímida y risueña. Su metro sesenta y pico de estatura le hacía parecer tranquila, pero lo cierto era que su testarudez no conocía límites. Toda su vida estaba dedicada a su profesión. Con 28 años, ya había conseguido un puesto bastante alto en el mundo del periodismo y soñaba con ser una periodista de renombre. En el amor no todo le había ido como ella hubiera querido. Tras varias parejas e intentos fallidos, formalizó su relación con un hombre del que ella se enamoró en cuanto lo vio. Llevaban varios meses viviendo juntos, pero el carácter de él había empezado a cambiar; se empezó a volver una persona agresiva y violenta a medida que pasaban los días y se acercaba el aniversario de la desaparición de su hijo.

A Sofía se le hacía un tanto incómoda la situación de vivir en la misma casa en la que él había compartido en un pasado la vida con su anterior familia. El cuarto del niño desaparecido, desde que ella llegó a aquella casa, estaba cerrado con un cuarto candado. Desde hacía un tiempo, prácticamente todas las noches Antonio se levantaba de madrugada, se metía en el de su hijo y empezaba a gritar, a dar golpes en las paredes o a llorar. Cuando se cansaba, regresaba a la cama con Sofía, con las manos ensangrentadas, y se quedaba dormido. Nunca hablaban del tema porque Sofía consideraba que no era algo en lo que ella se debiera meter, pero cuando Antonio empezó a

sobrepasar los límites del respeto, Sofía decidió, en aquel preciso momento, descubrir qué se escondía en aquella habitación.

Cuando penetró en aquel lugar, su cara se desencajó por completo: En lo que en otro tiempo fue el cuarto de un niño se escondía la dura frialdad del dolor. En las paredes, pintadas con sangre, había frases escritas como «Te quiero», «Lo siento»,

«Perdóname», o «Te llevo en mi corazón». El papel pintado de la pared estaba rajado debido posiblemente a la fuerza que habían hecho las uñas de aquel hombre arañándolas con desesperación. Esparcidas por la cama, había prendas del pequeño que estaban dadas de sí, seguramente de habérselas puesto el padre, que era tres veces más grande que él. Sofía empezó a comprender desde el horror, que aquel hombre se había vuelto completamente loco. Al abrir los cajones, lo que más le llamó la atención fue una cámara digital. ¿Para qué querría un niño tan pequeño una cámara así de cara?

Se sobresaltó al oír la puerta. El padre había entrado en la casa y su rostro, que reflejaba sorpresa, fue cambiando de color hasta ponerse lívido de cólera, penetró en el cuarto de su hijo y abofeteó a Sofía, una y otra vez hasta arrastrarla fuera de la casa.

—¡Maldita zorra! ¡Te dije que no entraras nunca en este sitio, no tienes ningún derecho a entrar en el cuarto de mi hijo! ¡¡¡Ninguno!!!

Sofía bajó asustada las escaleras del portal, tan asustada que casi deja caer al suelo lo único importante que tenía en ese momento.

Ella había perdido todo lo que le importaba e interesaba de aquel hombre; bueno, todo no... Ahora tenía una cámara digital... y lo que se había fotografiado con ella era el terror mismo plasmado en imagen.

C DE CONFIANZA

En la vida llega un momento en el que llegas a preguntarte cuándo parar, durante cuánto tiempo seguiremos optando por el sufrimiento o por el gozo, por el dolor o por el triunfo, por el temor o la alegría de vivir con el máximo esplendor.

Eso precisamente fue lo que me sucedió con Anna. Integrante del grupo de Los Cinco, ella fue la que más me había decepcionado en todo este tiempo. Hasta hace dos años, éramos novios, pasamos de ser amigos íntimos con 11 años, a ser pareja; sin embargo, lo nuestro duró apenas un año, cuando los roces se hacían insoportables, cuando dejé de ser feliz con ella, lo terminamos dejando todo.

Me defraudó el hecho de que ni tan siquiera se preocupara por mí cuando murieron mis padres; pero me imagino que Anna, al igual que Joaquín, estaba enfadada conmigo por no estar aquí el verano en que Celia dejó de hablar.

Había quedado con ella por teléfono en vernos en una heladería del paseo marítimo a donde solíamos ir. Cuando llegué, y me besó en la mejilla, me estremecí con el roce de sus labios. Con la melena suelta y de tono dorado, sus ojos turquesa parecían dos perlas resplandecientes en el fondo del mar.

—Tenía muchas ganas de verte.

—Sí, yo también a ti, Ricardo. No ha sido un año fácil para ninguno de nosotros. Aún estoy tratando de superar la crisis por la que está pasando Celia. Siento no haber estado contigo cuando sucedió lo de tus padres, pero aquí todos lo hemos pasado bastante mal; hasta Nacho, César y Joaquín, que no conocen a Celia desde hace tanto tiempo.

—¿No sabes lo que pudo ocurrir ese día, Anna?

—Aquel día, eran las 4 de la tarde y estábamos tomando el

sol en las dunas. Cristina, Joaquín, Celia, su hermano, César y yo. Estábamos jugando al juego ese de padres e hijos que, no sé si lo recuerdas, jugábamos de pequeños.

—Sí, era ese que es como beso, atrevimiento y verdad, ¿no? En que a quien le tocaba ser padre debía mandar hacer pruebas a sus hijos.

—El mismo. Pues cuando estuvimos un rato allí, Celia se fue a pasear con su hermano por la orilla, y Joaquín, Cris, César y yo nos quedamos tomando el sol en las dunas.

—Y después, ¿qué ocurrió?

—Como tardaban demasiado, fuimos caminando por la orilla para encontrarnos con ella. La encontramos al final de la playa, donde las rocas, acurrucada, temblando y llorando. No volvió a decir nada desde entonces, y de su hermano no había ni rastro. Se empezó a buscar al niño por todo Albagranera, más tarde por los alrededores. Llegaban faxes a la comisaría diciendo que el niño estaba enterrado en el parque natural, pero por más que buscaron no encontraron nada.

—Mi padre estuvo ayudando a la familia cuando vino justo antes de morir. Quiso colaborar con un abogado pero el padre de la criatura se opuso de golpe.

—Es normal, Ricardo. El padre lo pasó fatal después de lo ocurrido, culpó a Celia de no haber protegido a su hermano y dejó de hablarle. Desde entonces, su madre y David se ocupan de ella.

—¿Tú sabías que la madre en realidad no era madre biológica suya?

—Sí, pero porque nos lo contó David. Celia jamás habló de ello; las únicas palabras hacia su madre eran malas. Luego entendimos por qué: Celia no soportaba ver a su padre con otra mujer. Nunca llegó a tragarla. Solo espero que ahora, ella en su silencio, se dé cuenta de todo lo que su madre la está cuidando.

—Te echo de menos, Anna —mis ojos se quedaron fijamente mirándole, esperando una aprobación de su parte.

—Yo también a ti —Anna bajó la mirada por la vergüenza —. No sabes cuánto te he necesitado este año pasado cuando ocurrió todo. Entiendo que no estuvieras aquí, porque tu

estudio en el extranjero era muy importante y no te sería fácil venir, pero Los Cinco siempre hemos estado unidos y nos hemos apoyado desde que tenemos once años.

A esa edad, en 1996, pasó algo que nos unió para siempre. Hicimos un pacto por el que siempre nos apoyaríamos y que haría que la amistad prevaleciera por encima de todo. Hasta teníamos un lema que era una promesa: «Los cinco juntos hasta el infinito, hasta que la muerte nos separe estaremos unidos».

Este lema se había quedado en cenizas este año por primera vez en muchísimo tiempo. Es más, precisamente estábamos todo menos unidos, ya que mis roces con Joaquín eran cada vez más frecuentes.

—Voy a ver ahora a Celia. ¿Me acompañas?

—Lo siento, Ricardo, pero tengo cosas que hacer. Por cierto, esta noche celebramos una fiesta por el cumpleaños de Nacho. Me ha pedido que te invite. Es en la urbanización. Dice que te pida disculpas, pero que si no te ha visitado aún es porque está todo el día fuera por su trabajo de policía.

—De acuerdo, iré. Allí nos veremos.

Cuando me despedí de Anna, sentí una profunda nostalgia. Al tenerla tan cerca me daban ganas de abrazarla y de besarla, ya que la última vez que nos vimos estábamos juntos. Sabía que si lo dejamos sería por una razón, y que de nada servía lamentarse y mirar al pasado. Pero tenía el defecto siempre de acordarme de lo bueno de mis parejas, sin acordarme del motivo real por el que fracasó.

Cuando llegué a mi urbanización, algo llamó mi atención. En un banco, una chica estaba llorando con las manos en la cara y cubierta de sangre. Sin pensarlo, me acerqué a ella para ver qué le ocurría.

—Disculpa, ¿te puedo ayudar en algo? ¿Qué te ha ocurrido?

La chica levantó la cabeza. Un terrible moratón se dejaba notar en su mejilla izquierda. Estaba tan impresionado que no me di cuenta de quién era ella.

—¿Sofía? ¿Eres tú? ¿Qué diablos haces aquí?

Se levantó y me abrazó con fuerza llorando en mi hombro

desconsoladamente.

La vida está hecha de momentos, de decisiones. Todo lo que decidamos tiene una repercusión. Sofía y yo habíamos sido compañeros de trabajo en Madrid a comienzos de año, pero le salió un trabajo en Andalucía y no volví a saber nada de ella, hasta ese momento que decidí acogerla en mi casa, pues era evidente que estaba pasando por una mala racha. No quiso tocar el tema. Su cara golpeada mostraba los síntomas del dolor.

—¿Qué tal has dormido?

—Bien. Gracias, Ricardo, por estar haciendo esto por mí.

—Ha sido tu novio, ¿verdad?

Sofía permaneció callada.

—Sofía, creo que deberías ir a comisaría y denunciar algo así. ¿O acaso prefieres ser una de esas mujeres maltratadas sometidas a la tiranía del machismo?

—Tienes razón, Ricardo —sonríe tristemente—. Ayer me metí en un chat de Internet. ¡Qué paradoja! Mi único consuelo es chatear con gente que no conozco de nada. Estuve hablando con una chica a la que conocí. Le conté toda mi historia y me recomendó lo mismo.

—Claro que sí, eso tienes que hacer. Y olvida de una vez Internet. Si quieres apoyo, yo te ayudaré en todo lo que pueda.

—Muchas gracias, Ricardo.

—Te tengo que dejar, voy a ver a una amiga.

Estaba saliendo por la puerta cuando Sofía hizo la pregunta clave:

—¿Un rollito de verano? —bromeó.

—No, es una amiga mía desde hace mucho tiempo. Se llama Celia. Te la presentaría, pero... no habla desde el año pasado —dije apartando la mirada—. En fin, te lo explicaré otro día.

Salí sin ver la expresión atónita de Sofía. Debió comprender que era yo la persona que había llegado a Albagranera, la persona por la que su novio había cambiado tanto. Empezaba a entender que Celia, la hija de Antonio, era amiga mía.

* * *

David me abrió la puerta de la casa de Celia. La última vez que vi a los amigos Nacho y David fue hace dos años. Ninguno de los dos estuvo presente cuando Jonathan desapareció. Su cara simulaba más una terrorífica máscara que algo humano, con ese tono de piel tan blanquecino que le hacía parecer casi transparente. El color anaranjado en su cabello era la causa de que le hubieran llamado *el Rojo* de pequeño.

—¡Loco! —me dijo dándome una palmadita en la espalda—. ¿Cómo estás, tronco? ¡Cuánto tiempo! Me alegro de tenerte ya aquí.

—¡Hola, David! Ya me he enterado por Anna que a Nacho le cogieron en el cuerpo de Policía.

—Sí. ¡Qué cabrón! Y otros como yo, aquí, buscando curro. Aunque, la verdad, no me da tiempo para mucho cuidando de Celia todo el día —le respondió David.

Nuestras caras se entristecieron al instante.

—Está aquí, ¿no?

—Sí, en la habitación. Te llevaré a verla.

El alma se me cayó a los pies. Postrada en una silla, con la mirada perdida, su ser estaba en otra parte, tan solo había un cuerpo que apenas pestañeaba. Me arrodillé frente a ella y hundí mi rostro entre sus muslos llorando, hasta que noté la mano de David posada en mi hombro.

—Todos lo hemos pasado muy mal al verla así.

—No lo entiendo, David —dije sollozando—. Celia siempre ha sido una chica de carácter, de fuerte personalidad. Lo que tuvo que ver debió ser muy horrible para que dejara de hablar.

—Hemos hecho todo lo posible por ella, yo el primero, pero ya lleva un año en este estado. No habíamos conseguido que hablara hasta que mencionó tu nombre. Por eso su madre y yo creímos que si la vieras y le hablaras sería una buena oportunidad para que ella saliera adelante.

—Tú siempre has huido de Celia, pasabas de ella, y ahora pareces tan entregado... Jamás te había visto así.

—Sí, Ricardo. Pero es que cuando uno se enamora comete

muchos errores y paga un precio demasiado caro por ese amor. Algunas de esas decisiones pueden acabar llevándote a la locura. Si no eres fiel a tus propios sentimientos con Anna, que sé que sigues teniéndolos, acabarás completamente solo.

—Como tú —asentí.

—Sí,... como yo. Porque sé de lo que hablo te lo digo.

David fue a preparar unos cafés para ambos. Temía haberle ofendido con esas palabras, pero era cierto. Él siempre había pasado de Celia, y ahora se le veía enamorado de ella. Lo que me sorprendió es que, con un solo comentario sobre Anna, David me conociera tanto como para notar en mi mirada que ella todavía me seguía gustando. Miré a Celia en su silla como si fuera la primera vez que la veía, como si no la conociera de nada.

—Celia —le dije acariciándole la cara con el dorso de la mano—,.¿qué te ocurrió? ¿Por qué mencionabas mi nombre?

Pero Celia no respondía a mi estímulo. Miraba un punto vacío con la mirada perdida, sin saber dónde se encontraba. Cuando me distraje observando su habitación, tomé una cajita de música blanca. La abrí y se levantó una bailarina al mismo tiempo que sonaba una música. De repente me sobresalté: Celia acababa de coger mi antebrazo con fuerza hasta el punto de hacerme daño. Asustado, fuera de mí, intenté deshacerme de su mano, pero apretaba tan fuerte que era incapaz de hacerlo.

—¡Celia, me estás haciendo daño! ¿Qué te ocurre?

Celia articuló los labios y esta vez sus ojos se quedaron clavados en los míos. Por primera vez estaba mirándome.

—A... A... ¡A...yúdame!

Me deshice por fin de su fuerza y me eché para atrás. Celia volvió a su autismo y a su posición anterior. Alertado por los ruidos, David entró corriendo en el cuarto.

—¿Qué coño ha ocurrido?

—Nada, David, nada. Escucha, tengo que irme, que me he acordado de hacer una cosa. Eh... gracias por los cafés. Nos vemos esta noche en el cumpleaños de Nacho.

—Un momento, Ricardo. Antes de irte, dime... ¿aún

mantienes relación con César?

—¿Con César? Sí, claro, es muy buen amigo. ¿Por qué lo preguntas?

Su rostro se volvió duro y serio.

—No te fíes de él, Ricardo… César no es la misma persona que hace dos años. Aunque no percibas nada, ha cambiado mucho. Te lo digo para advertirte.

En ese momento me sentí atacado.

—Muchas gracias, David, pero creo que sé elegir bien a mis amigos, y no me equivoco cuando afirmo que César es quien más ha demostrado ser mi amigo desde que murieron mis padres. Y ahora, si no tienes nada más que decir…

Realmente me había enfadado. El hecho de que César y David de siempre se llevaran mal no le daba derecho a hablar así de él, intentando ponerme en su contra.

* * *

En la comisaría, el inspector tomaba declaración a Sofía, que estaba sentada frente a la mesa.

—Entonces dice usted que la apaleó en su casa y que la llevó tirándole de los pelos hasta la escalera.

—Sí, señor, así pasó.

—¿Y qué motivo cree usted que podría tener ese hombre para pegarle?

—No tengo ni idea —respondió con dificultades para pronunciar cada palabra—. Quizá por envidia, porque él siempre ha tenido celos de mí, por mi trabajo y por lo que he conseguido en el terreno profesional.

—Si es tan amable, ¿podría decirme otra vez el nombre de su agresor?

—Claro que sí. Su nombre es Ricardo… Ricardo Mairén.

DdeDEPENDENCIA

Regresé a casa paralizado por mi encuentro con Celia. Su comportamiento, y el hecho de que me agarrara tan fuerte, que intentara pedirme algo; me dejaba sin respiración. ¿Qué cosa tan terrible podría haber sucedido aquel día para que Celia se hubiera transformado en lo que es ahora? Cuando llegué a mi casa, me di cuenta de que Sofía ya no estaba allí. Había hecho las maletas y se había marchado sin dejar ni rastro. Mi mirada se desvió al teléfono y comprobé que estaba parpadeando la luz roja, que me indicaba que tenía mensajes nuevos; así que me preparé mentalmente para escucharlos.

//////////Primer mensaje, recibido hoy a las 19 horas y 35 minutos.

«Ricardo, soy Sofía. Gracias por dejarme tu casa, pero no puedo quedarme más tiempo ahí. Lo único que te voy a pedir es que me perdones; ya entenderás lo que quiero decir con esto. Un beso.»

¿Perdón? No entendía la razón por la que Sofía debía pedirme perdón.

//////////Siguiente mensaje, recibido el día 7 de septiembre de 2012, a las 21 horas y 0 minutos.

¿¿¿7 de septiembre??? ¡Fue el día en que murieron mis padres!

> *«Carmen, soy yo. No tengo tiempo para darte explicaciones. Vístete corriendo que paso a buscarte con el coche. Ahora estar en casa no es seguro. He descubierto dónde está el Niño de Albagranera y quién está detrás de todo esto. Te espero abajo dentro de cinco minutos. Un beso.»*

Debido a la crudeza del mensaje, dejé caer el teléfono contra el suelo, pues mi mano perdió fuerza. Ese ruido me sacó de mi

trance. Estaba impresionado. Mi padre había descubierto todo y ese mismo día se había chocado con el coche junto a mi madre. Conocer aquellos hechos me impulsaron a seguir los pasos de mi padre y a buscar la verdad, aunque no contara con el apoyo de mis amigos. Tras mi encuentro con Joaquín, me había dado cuenta de que se había convertido en todo menos en un amigo, pero después del cumpleaños de Nacho, iba a comprobar que todos mis amigos se derrumbaban como un castillo de naipes.

Aunque esos pensamientos (respecto a lo que había descubierto mi padre y todo lo referente a Jonathan) me perturbaban, mantuve la compostura, porque no quería sacar el tema, y menos en el cumpleaños de Nacho. Cuando César y yo llegamos a la fiesta, las primeras personas con las que nos encontramos fuer como con él y con Cristina. Ella, junto a Joaquín, Celia, Anna y yo, cerraba el círculo del grupo de Los Cinco.

Cristina era la más rebelde de nuestro grupo. Entre ella y Joaquín siempre había habido chispa desde pequeños. Como buena sevillana tenía una cara preciosa, ojos oscuros y un pelo negro que embobaba a todo aquel que la miraba. Estuvieron saliendo juntos, pero lo dejaron para seguir conservando su amistad. Los hechos que ocurrieron el año pasado fueron los cimientos sobre los que se construyó la relación entre Nacho y Cristina, que llevaban ya casi un año de noviazgo. Nacho, en cambio, y aunque él y yo nos lleváramos muy bien, este año nos habíamos distanciado más, ya que Nacho solo tenía tiempo para Cristina. Nada más llegar, ambos me saludaron.

—¡¡Campeón!! ¡Cuánto tiempo! ¡¡Qué ganas de que llegaras...!!

—Te hemos echado mucho en falta, Ricardo. ¿Cómo estás? —dijo Cristina agarrándome las dos manos.

—Bueno... pues bien, más o menos. Estuve viendo a Celia antes y aún me cuesta asimilarlo.

Nacho agarró a Cristina por los hombros, como para hacer notar que era su novia, debido a que ella me estaba agarrando. Nacho ante todo era un hombre celoso. Era un chico con el cabello castaño claro, casi rubio, y de músculos definidos. Tenía mucho éxito entre las chicas y de todos nosotros era

siempre el que más ligaba.

Cristina dijo soltándome:

—Hacemos todo lo posible día a día para que Celia vuelva a hablar, pero todo es inútil.

—Lo sé, lo sé —dije—. Pues nada, muchas felicidades Nacho, vamos a servirnos alguna copa.

¿Era una percepción mía solo o ambos habían ignorado a César por completo?

—¿Y tú qué, niño? ¿No te echas ningún ligue?

—Uff... qué va, qué va —dijo César—, hace nada lo deje con mi novio Diego, como ya sabes, y he tenido mis historias, pero no estoy preparado aún para empezar con otra persona. Es más, a veces me dan ganas de volver con él.

—César..., si lo dejaste fue por algo, piénsalo. Segundas partes nunca fueron buenas, aunque yo debería aplicarme el cuento con Anna. Nos hemos visto y he vuelto a sentir amor por ella en tan solo un momento.

César tragó saliva. Su reacción me puso en alerta.

—¿Anna? ¿Qué estás diciendo, Ricardo? ¿Cómo puedes replantearte algo con ella?

—No sé, tío, pero la he visto y he vuelto a sentir por ella lo que sentía antes, y creo que a ella le ha pasado lo mismo.

—Ricardo, olvídate de Anna. No te va a aportar nada nuevo; menos mal que hoy no viene.

En ese inoportuno momento, Anna hizo su aparición en la fiesta...

Celia (empujada por David en silla de ruedas) y Anna acababan de entrar por la puerta del local. La cara de César se descompuso de la sorpresa.

—César, me gustaría contarte algo… —desvió su mirada hacia mí—. He hablado con David cuando he ido a ver a Celia, y... bueno, no sé qué habrá pasado entre vosotros este año, pero... me ha dicho que no confíe en ti, que has cambiado mucho en este último año. Y yo, lógicamente... a ver, tú a mí me has demostrado mucho, no como este gilipollas que ha

perdido el norte totalmente.

César se armó de ira y se aproximó a David. Yo intenté evitarlo. Se montó un gran revuelo y las discusiones hicieron que la música de la fiesta quedara minimizada.

—¡TÚ! ¿Qué cojones vas diciendo a Ricardo, que no se puede confiar en mí? Creía que ya habíamos dejado nuestras diferencias a un lado.

—¿Yo? —Dijo David, sin apenas inmutarse—. César, sabes que te aprecio mogollón, y ya te pedí perdón por todo lo que hice cuando estuve enganchado a la droga. No veo por qué iba a hablar mal de ti, y menos a Ricardo, que es amigo de ambos.

—¡Eso es mentira! Tú mismo me dijiste esta tarde que no confiara en César, que había cambiado mucho desde que ocurrió lo de Celia.

—Creo que te estás equivocando, Ricardo. Quizás como te pusiste tan nervioso al ver a Celia me malinterpretaste.

—¿Qué te ocurre conmigo, Ricardo? —me preguntó César ofendido— Siempre te he apoyado. Pensaba que habías venido aquí a pasarlo bien, no a crear mal rollo.

—¡Bueno, basta! —intervino Nacho—. No voy a tolerar un comportamiento así, y menos en el día que celebro mi cumpleaños.

—Tranquilo, Nacho —respondió César—, yo aquí ya no pinto nada.

Y diciendo eso último se largó de la fiesta y me dejó con la palabra en la boca. Mi enfado hacia David estaba en el punto de máxima ebullición.

—¿Qué coño te pasa a ti, David? ¿De qué vas? —En ese momento nos quedamos solos junto a Celia, que estaba agarrada a David.

—Si te advertí de lo de César es por tu bien, no porque yo tenga algún interés en que acabes mal con él. Pero eso sí, no pienso dar lugar a que se cree mal rollo entre él y yo —dijo David.

—Es muy fácil tirar la piedra y esconder la mano —dije—, y ¿sabes qué, David? No eres más que un COBARDE.

Me di la vuelta y continué en la fiesta con el resto de mis amigos. David me había herido como amigo, y no solo eso, había provocado que yo discutiera con mi mejor amigo. Lo que por aquel entonces yo no sabía era que César no se había ido por el enfrentamiento conmigo y con David. Él se había ido porque odiaba a Anna con todas sus fuerzas y porque lo que ella había hecho era muy difícil de perdonar.

* * *

Todo lo que estaba a punto de ocurrir se convertiría en una pesadilla para mí hasta el final. Todavía no sois conscientes de lo peligroso que es que habléis por vuestra cuenta con estos personajes antes de tiempo, pero tarde o temprano lo entenderéis. Si les advertís de lo que yo aquí escribo y cuento antes de que terminéis de leer, correréis verdadero peligro.

Tras el altercado con David y César, permanecí en la fiesta en un grupito con Cristina, Anna y Joaquín. Él se mostraba como un amigo más, como si hubiera olvidado la discusión que había tenido con él en mi casa; y eso me gustaba. Yo siempre consideraba a Joaquín como un amigo, aunque no llegara a confiar del todo en él. Tener a Anna tan cerca de nuevo despertaba en mí sensaciones como recordaba cuando estaba saliendo con ella.

Al sonar mi teléfono móvil, tuve que salirme a la calle para oír a quien me llamaba. Nada más salir, lo que tenía delante era la piscina, oculta por unos arbustos, como en la mayoría de las comunidades; eso se hacía para mantener la privacidad de los vecinos.

—¿Sí?

—¿Ricardo? Soy Ángel Salvador. Estuviste hablando conmigo antes sobre lo referente a tu padre y al niño de Albagranera.

—¡Sí! Pensaba que no querías tocar el tema.

—Escúchame... Mañana si quieres podemos reunirnos y te explicaré todo detalladamente, pero antes quería preguntarte algo: ¿Sabías que tu amiga Sofía es la novia del padre del niño de Albagranera?

—¿Cómo? —me extrañé—. Pues no, no lo sabía. Me

sorprende, pero vamos... eso explica muchas cosas... ¡Ese hombre es un maltratador y un malnacido!

—Hazme caso, Ricardo. No puedes confiar en Sofía. Ella misma esta tarde ha ido a comisaría y te ha denunciado a ti, en vez de a Antonio Velázquez.

—¿¿¿QUE QUÉ??? —me congelé en tan solo un segundo—. ¿Qué estás diciendo?

¿Por qué iba Sofía a denunciarme a mí?

—Debe estar compinchada con ese hombre. Hazme caso, Ricardo, y ten cuidado.

—¿Y cómo sabes tú todo eso?

—Créeme, sé de lo que te hablo. La seguí muy de cerca. Mañana te explico todo, ándate con pies de plomo, Ricardo. Adiós.

No podía creer lo que había dicho el abogado. No solo Sofía era la amante a la que tanto culpaba Esperanza Velázquez (la madre de Jonathan), sino que me había denunciado a mí por los supuestos maltratos a los que su marido le había sometido.

Noté algo moverse entre los arbustos; alguien había escuchado desde dentro de la piscina mi conversación y había salido corriendo. En el suelo, entre los arbustos, encontré un pendiente de perlas. ¿Sería de Sofía? Me lo guardé en el bolsillo sin que Joaquín, que se estaba acercando a mí, se diera cuenta.

—¿Quién te ha llamado, Ricardo?

—Ah... nada, un amigo de Madrid que me echa de menos —disimulé.

—Oye, quería pedirte perdón por ponerme como me puse esta mañana, tío.

—No te preocupes, Joaquín. Entiende que me preocupe porque mi padre estaba investigando el tema.

—Sí, pero con eso estás haciendo daño a mucha gente. Y me imagino que no querrás dañar a Celia más de lo que ya está, ¿verdad? La estoy viendo ahora dentro en la fiesta... y... no puedo creerme que del año pasado hasta ahora haya cambiado de esa forma tan radical.

—Te lo digo de verdad, Joaquín. No haré nada que dañe a Celia.

—¿Te apetece venirte a las dunas de la playa con Cristina, Anna, Celia y yo como en los viejos tiempos? ¿Los Cinco unidos de nuevo?

—Sí, por qué no. Vamos para allá.

Cuando ya estaba empezando a amanecer, Los Cinco más David nos dirigimos a la playa. Celia era empujada en una silla de ruedas por David, ya que, además de dejar de hablar aquel día, había perdido toda habilidad para ser autosuficiente. Antes de entrar en la arena, le llamó por teléfono Nacho para pedirle que le ayudara a sacar unos barriles de cerveza de la bodega de la comunidad. Joaquín cogió a Celia en hombros y yo me hice con la silla para movernos hacia las dunas. Mientras Cristina, Joaquín y Celia ya estaban situados allí; Anna y yo habíamos ido a la orilla a mojarnos los pies en el agua (cosa que hacía mucho tiempo que yo no probaba).

—¿Lo recuerdas, Anna? De pequeños nos encantaba venir a la orilla por la noche a ver la ciudad de Cádiz cómo brillaba gracias a la luna, con el reflejo de la luz del mar.

—Sí, cómo iba a olvidarme. Las cosas más bonitas de tu vida son las que más cuesta olvidar.

—Aunque no entiendo qué le pasa a David con César; he de reconocer que se está portando genial con Celia.

—Pues a mí no. No me parece que su comportamiento sea ejemplar.

—¿Y eso?

—Porque su dependencia es oscura y enfermiza. Por mucho que trate de justificarla con miles de argumentos, termina llevando a una conducta inmadura e irresponsable, propia de los que no pueden hacerse cargo de su vida.

Estaba claro que no solo César tenía problemas con David. No sé qué habría pasado en este último año, pero nada era como lo recordaba. Todos habían cambiado, y yo me sentía desconcertado.

Al rato David trajo de la bodega algo que hacía mucho que

no veíamos: una ouija. De pequeños nos pasábamos las tardes intentando conectar con el más allá.

—¿No os apetece? —preguntó David. Anna, Cristina y Joaquín se miraron dudosos y reacios, pero finalmente todos menos Celia y Anna nos decidimos a participar. Al momento cuatro dedos se posaban sobre el círculo.

—Está bien, empezamos. ¿Qué preguntamos? —dijo Cristina.

—Me imagino que lo primero sería si hay alguien, ¿no? Como hacíamos de pequeños —dije.

—Vale —dijo Joaquín—. ¿Hay algún espíritu presente?

El máster tardó en actuar. Pero tras mucho vacilar, finalmente su punto central, formado por un círculo de cristal transparente, acabó en el «SÍ».

—¿Eres un espíritu bueno? —preguntó David.

De nuevo el máster, esta vez con más decisión, se dirigió hacia el «SÍ». Anna alivió su tensión al saber que era un espíritu bueno, pero su postura relajada duró bastante poco.

—¿Qué edad tienes? —preguntó Joaquín.

El máster deletreó la palabra escrita «NO SÉ».

—¿Qué más podemos preguntarle? —preguntó Cristina nerviosa.

—A ver —dije yo—, ¿cómo falleciste?

Durante unos segundos, que se hicieron largos, no hubo respuesta. El espíritu no quería seguir hablando con nosotros. Nos miramos, pensando en dar por finalizada la sesión. Pero en ese momento el círculo dibujó en un instante la palabra

AHOGADO

Nos miramos inquietos. Entonces Celia empezó a gemir y a poner cara de horror; de pronto parecía salir de su aislamiento.

—Celia, tranquilízate, no pasa nada —le dijo Anna.

—Creo que deberíamos dejarlo aquí, no quiero seguir con esto más —sentenció Joaquín.

En ese momento se me ocurrió una cosa:

—Espera, Joaquín, quizás esto venga bien a Celia, para sacarla de su autismo.

—Lo está pasando mal, Ricardo, ¿no lo ves? —Cristina no estaba de acuerdo conmigo—. Mejor lo dejamos.

Pero antes de que nos diera tiempo a decidir, David lanzó su pregunta al aire…

—Espíritu ahogado, ¿puedes decirnos tu verdadero nombre?

Esta vez también fue rápido en responder. En unos segundos el círculo nos guio por el máster, para que el espíritu revelara su auténtica identidad. «JONATHAN» pronunciamos todos sincronizados.

-J-

-O-

-N-

-A-

-T-

-H-

-A-

-N-

No nos dio tiempo a reaccionar: un sonido gutural, que salió de la boca de Celia, nos heló la sangré. Un grito como jamás había escuchado. Cada vez que lo recuerdo se me pone el pelo de punta. Nunca antes había visto algo así. La cara de Celia era de un terror sobrenatural, un terror desde lo más profundo de su alma.

* * *

Volví a casa yo solo, dándole vueltas a todo lo que había pasado. Después de lo que sucedió en las dunas, todos nos fuimos a casa menos Cristina, que volvió al cumpleaños de su novio Nacho. En ningún momento después de eso se volvió a tocar el tema.

Al llegar a mi portal ya era completamente de día. Allí me encontré con algo que ya debería haberme esperado, pero que me negaba a creer:

—¿Ricardo Mairén? Nos gustaría hacerle unas cuantas preguntas. ¿Podría acompañarnos a comisaría?

—Sí —contesté—, pero antes me gustaría enseñarles algo en mi casa.

* * *

David llegó a casa llevando a Celia en su silla (ya estaba más calmada). Estaba contento porque, gracias a la sesión de ouija, Celia parecía mucho más despierta. Y eso era lo que él quería, que Celia volviera a hablar, y que contara todo lo que sucedió el día que pasó todo. Al abrir la puerta, le esperaba la madre de Celia de frente...

—¿Qué ha pasado?

—Le ha dado un ataque de histeria, tal y como me imaginaba —contestó David.

Acompañó junto a su madre a Celia a su cuarto, y la acostaron juntos en la cama para que descansara. David salió de la habitación y la madre la arropó y cerró el cuarto tras ella.

—¿Cuánto tiempo más tendremos que esperar para que hable? —preguntó David.

—No te preocupes, ese momento llegará antes de lo que se espera, lo presiento...

Y dicho esto Esperanza Velázquez se aproximó a él y se besaron en la boca apasionadamente. Los gemidos mientras hacían el amor no lograron despertar a Celia de su profundo sueño.

E DE E L E C C I Ó N

Eran las seis de la mañana. Me dirigía a casa del abogado e iba recordando todo lo que me había pasado la noche anterior. Tras enseñar a losa policía el mensaje del contestador de Sofía, se creyeron menos su versión. ¿Qué podría haberle hecho yo a esa chica para que actuara conmigo de ese modo? En el trabajo éramos desde siempre muy buenos amigos, y encima ahora le había prestado mi casa. Todo en ese momento parecía claro. O era solo una trampa suya y de Antonio Velázquez para quitarme de en medio; porque en el fondo pensaban que seguiría los pasos de mi padre; y no se equivocaban... Bastaba que hubieran hecho eso para que yo siguiera indagando. ¡A mí no me amenaza ni Dios!

Cuando llamé al bufete de abogados, Ángel Salvador me recibió en su despacho. Con una figura delgada y de carácter tímido, ese hombre tan alto parecía mucho más joven en comparación con la edad que realmente tenía, aunque su pelo ya empezara a escasear.

—¿Te ha seguido alguien? —me preguntó.

—¿Perdón?

—Nada, es igual. Dime, ¿qué quieres saber? Intentaré ayudarte en lo que pueda aunque no debería.

—Vaya..., sí que ha cambiado usted de opinión —repliqué—

... ¿Por qué ahora se presta a ayudarme?

—Porque se lo debo a tu padre. Estás en peligro y debo ayudarte.

—¿En peligro? ¿Qué dice? Sofía finalmente me denunció como usted me dijo...

—Claro que te denunció. Ese hombre se piensa que estás volviendo a hacer lo que hizo tu padre.

—Cuénteme, por favor, qué pasó —le supliqué.

—Cuando tu padre me contrató, estaba intentando ayudar a la madre de Jonathan. Esa mujer en el fondo debería sospechar de su marido... Intentamos preguntar en todos los lugares donde Jonathan había estado ese día. Preguntamos a toda la gente que sabía algo, hasta que vino a nosotros un chico llamado Gustavo.

—¿Y quién era?

—Era un chaval que afirmaba saber lo que habían hecho con el Niño de Albagranera. Nos empezó a contar la historia de una secta llamada Los Hijos de Caín. Por lo visto es una hermandad de Jerez de la Frontera que se dedicaba a matar a niños.

—He oído hablar de esa hermandad. Mi padre era de Jerez y me contaba esa historia.

—El padre de Gustavo, por lo visto, conocía el paradero de Jonathan porque él había sido miembro de Los Hijos de Caín. Antes de aceptar e ir con tu padre a ver a aquel hombre, me ocurrió el suceso del Sr. Velázquez, cuando intentaba amenazarme con la expulsión del colegio de abogados. Entonces sospeché de él; me entró miedo y escribí esa carta a tu padre para retirarme del caso. Tu padre insistió en llamarme una y otra vez, pero yo no le cogí el teléfono. Es más, me mandó un fax explicándome todo lo que había averiguado hablando con ese hombre sobre la secta de Los Hijos de Caín, y aun así no me atreví a hacer nada. Creo que por aquí conservo el fax —me entregó el fax, que estaba metido en un sobre.

—¿Por qué Sofía me está haciendo esto? No lo entiendo.

—Ahora todo es peligroso, ella y todo el mundo. Estuve durante días vigilando los pasos del Sr. Velázquez y me di cuenta de que vive con él, por lo que era de esperar que hiciera algo así.

—No me lo puedo creer...

—Bueno, da igual lo que creas o dejes de creer. Pienso esta vez ayudarte. Me da igual que hagan conmigo lo mismo que con tu padre.

—¿Con mi padre? ¿Qué quieres decir?

—A tu padre lo mataron, Ricardo. El señor Velázquez no solo asesinó a su hijo, también asesinó a tus padres.

* * *

ÉL estaba a cargo de Celia durante esa mañana. Tras haber tenido esa conversación con ELLA en el banco aquella tarde, sabía que era muy probable que Ricardo corriera la misma suerte que su padre y acabara muerto. Celia, en cambio, mostraba una notable mejoría y ya empezaba a decir palabras relacionadas con lo que había visto aquel día; lo cual resultaba un problema, sobre todo para ella misma.

—Celia, ¿me oyes? Estoy aquí, cariño.

—Hola... hola... —ÉL le acariciaba la cara.

—Sabes que te quiero, ¿verdad? Sabes que siempre he estado a tu lado.

—Sí, lo sé, es todo culpa de Hypnos. Hypnos es la clave, allí está mi hermano.

—No, Celia, tu hermano no está en Hypnos; tu hermano está muerto, ¿te acuerdas? Murió por tu culpa y, si hablas, tu padre cargará con toda la responsabilidad.

—No, no fue mi culpa. No, no, yo no quiero, no es mi culpa —Celia entró en trance y empezó a ponerse nerviosa.

—Sí, Celia. Por tu culpa Jonathan murió y lo sabes. Por eso todos te han dado de lado. Te ha dado de lado tu padre, que es a quien más quieres, y te han dado de lado tus amigos. Todos te odian, Celia. Todos te temen. Porque no eres más que veneno para todo el mundo. Tan solo tu madre es la que insiste en cuidarte, sin saber todo el daño que has hecho.

—Yo no quería. Fue culpa de Hypnos, yo no quería —Celia rompió a llorar.

—Yo te creo, Celia, yo te quiero, y por eso quiero lo mejor para ti. Yo tengo lo que de verdad necesitas. ¿De verdad lo quieres?

—Sí, quiero ser feliz, quiero vivir, quiero a Jonathan, quiero recuperar mi vida, te quiero, te quiero a ti y a todos.

—Esto te proporcionará la solución a todos tus problemas.

Hazlo por mí, Celia. Te quiero.

ÉL realmente quería a Celia, pero que volviera a hablar constituía una verdadera amenaza. Había costado mucho durante todo este año que cada uno volviera a sus vidas, por eso ÉL no dudó ni un solo momento en colocar la cuchilla entre las manos de Celia para invitarle a dejar este mundo e irse con su hermano.

* * *

Realmente todo tenía una explicación. Ángel Salvador me advirtió sobre Sofía, pero no alcanzaba a entender cómo ella podía hacerme algo así. Llamé a César por teléfono solicitándole su ayuda...

—¿Dónde estás?

—Estoy en casa de mi exnovio comiendo con él —contestó.

—¿Otra vez, César? ¿Por qué no pasas ya de una vez de ese tío?

—Ya sabes cómo soy, Ricardo. Yo nunca cierro puertas, las dejo entreabiertas y espero el mejor momento en el que pueda volver a entrar.

—Bueno..., tú mismo, tío. Oye, quería pedirte disculpas por lo de ayer en el cumpleaños de Nacho; pero te aseguro que es cierto lo que David me dijo de ti.

—Me da igual, Ricardo, no quiero tocar más el tema, ¿ok?

—Está bien... He averiguado más cosas sobre el caso de Jonathan y...

—No, Ricardo, no cuentes conmigo más para ese tema. Todos los problemas que tengo con la gente de aquí se derivan de eso. Y creo que si no quieres tener problemas con ellos, lo mejor que puedes hacer es dejar a Celia tranquila. Oye, te tengo que dejar, ya hablamos.

La conversación se cortó. Me dolía enormemente que César me hablara de aquel modo. Debería aprender más a ver, oír y callar; y partiendo de eso tomar mis decisiones.

En ese momento me di cuenta de que inconscientemente sujetaba en mis manos el fax que mi padre había enviado a

Ángel...

* * *

Cuando Alfonso Mairén fue guiado por Gustavo hacia la casa de su padre, no se imaginaba lo que iba a encontrarse. Atrapado en una red de mentiras se encontró con aquel hombre mayor fumando en su despacho. Rodolfo Pastaso era un señor arrugado y bastante canoso. Su pelo blanco ondulado denotaba tanto su larga vida como una dilatada trayectoria vital.

—Siéntese...

—¿Qué sabe usted sobre Jonathan Velázquez?

—Lo único que sé es que está muerto. De eso sí estoy seguro —contestó Rodolfo.

—¿Y bien? ¿Dónde está el cadáver? ¿Quién le ha dicho eso? —estaba realmente alterado.

—Relájese... El quién está claro: Los Hijos de Caín. El dónde no tiene importancia..., nunca le encontrarás.

—Eso ya lo veremos. Conozco a Los Hijos de Caín, pero pensaba que se extinguieron hace siglos.

—Pues te equivocabas. No sé si sabrás que hacen un ritual cada año durante mucho tiempo. Un ritual a los dioses para evitar el fin del mundo, que según ellos acontecerá en el año 2013, cuando el papa Francisco visite Brasil. Nostradamus lo predijo, al igual que muchos otros ocultistas.

—Menuda estupidez. Eso no es un sacrificio, sino un asesinato en toda regla.

—No —sonrió—, el sacrificio tiene que ser por parte de los miembros de la Hermandad. Cada año, uno de los miembros tiene que sacrificar a su hijo más pequeño. Si no tienen hijos, no pueden formar parte de la Hermandad.

—Oh, Dios mío —se horrorizó.

—Fue su propio padre quien mató a Jonathan Velázquez, si no me crees puedes ver la lista de miembros, pero con cautela. El código es 2232. Es el código de la caja fuerte de la Hermandad. Ten mucho cuidado...

Alfonso Mairén, conocido por ser un hombre elegante y educado, cuyo perfume impregnaba toda estancia por donde pasaba, dejó a aquel misterioso hombre en su sillón. Se expresaba con una tranquilidad asombrosa. Por lo visto abandonó la Hermandad por enfermedad, y no tuvo que hacer ningún tipo de sacrificio porque no le tocó.

«Me dirigí a la capilla de la iglesia San Juan de Letrán para informarme de cómo podía unirme a la Hermandad. La capilla de San Juan de Letrán es más conocida en Jerez por la de Jesús Nazareno. Desde 1853 reciben allí cultos diarios las imágenes de Nuestro Padre Jesús Nazareno y Nuestra Señora del Traspaso, que cada madrugada del 25 de agosto realizan su estación penitencial, acompañadas por la imagen de san Juan Evangelista y de un gran número de hermanos hasta la Santa Iglesia Catedral. Se dice que la imagen de Jesús Nazareno tiene Sangre Real; si era verdad lo que decía el padre de Gustavo, ahora cuadraba todo.»

«En el mostrador de la capilla había una señorita con una capucha de penitente, por lo que no se le veía la cara. Su tono dulce me sonaba muy familiar, aunque sabía que nunca había escuchado esa voz. Hice todo tal y como tenía preparado. Me hice pasar por aquel hombre, me dieron acceso a la caja fuerte, y marqué el código que me había ya aprendido de memoria. En la lista de miembros hallé el nombre que buscaba...:

Antonio Velázquez, miembro desde el año 2002.»

* * *

Terminé de leer el fax junto a mi querida Anna...

—Así que es cierto lo de esa secta y lo del padre de Jonathan.

—Sí, Anna. El padre de Jonathan mató a su hijo y también a mis padres.

—Ricardo... tus padres tuvieron un accidente... nadie los mató.

—Bueno, el abogado no opina igual. Aparte, el mensaje que dejó mi padre en el buzón del teléfono indica perfectamente sus intenciones. Pretendía avisar a mi madre de que corría peligro.

—No me lo puedo creer, no me puedo imaginar que ese

hombre sea capaz de hacerle algo así a su propia familia.

—Yo tampoco lo creía, Anna, pero todo parece indicar que sí —sugerí—. Quiero que me ayudes, te necesito Anna, siempre hemos estado juntos y ahora eres la única persona en la que puedo confiar…

Nuestras bocas quedaron muy próximas, hasta el punto de rozarse. Nos quedamos mirándonos un instante a nuestros labios y en ese momento sonó el teléfono de su casa.

—Me llaman Ricardo, te tengo que dejar —dijo mirando la pantalla del teléfono—. Cuenta con mi ayuda… No te preocupes, más tarde hablamos.

Me despedí mirando esos ojos verde azulados, pensando en lo mucho que me hubiera gustado besarla de nuevo.

* * *

Salí emocionado del portal de Anna, pero al mismo tiempo preocupado por donde me estaba metiendo. Si realmente Antonio Velázquez era un asesino, podría ser peligroso indagar más en el tema, e incluso podría poner en peligro a mis amigos y a ese abogado que ayudó a mi padre. Cuando más distraído estaba pensando, más me sorprendió encontrarme con ella…

—Ricardo, tengo que hablar contigo.

—No tengo nada que decirte, Sofía, no puedo creer lo que has hecho. No puedo creer lo bajo que has caído.

—Sé que lo que hice está mal, pero me amenazaron si hacía lo contrario.

—¿Que te amenazaron? ¿Quién te amenazó?

—Antonio Velázquez. Sé que le estás investigando, te he seguido de cerca. Seguro que fue el causante de la muerte de tus padres, ¿verdad? ¿Qué has averiguado? —empezó a sofocarse—. Tienes que contármelo, Ricardo, tienes que contarme todo lo que sepas —dijo agarrándome del brazo.

Me quedé unos segundos mirándola con semblante serio y le retiré el brazo de un empujón.

—Estás loca, Sofía... ¡Déjame en paz!

* * *

Anna acababa de dejar a Ricardo y había descolgado su teléfono fijo...

—David, ¿qué ocurre?

—Ann.... —se oyeron unos sollozos y lloriqueos.

—David, ¿qué te ocurre? ¿Estás bien?

—Anna... —logró articular—, estoy en urgencias. Celia ha intentado suicidarse.

—¿¿¿Qué dices??? No puede ser... ¿Está bien?

—Está algo grave... Ha perdido mucha sangre, pero se está recuperando. Ven para acá en cuanto puedas.

—Ahora mismo voy —contestó llorando—. No ha sido un suicidio, David, y lo sabes.

—Ya, ya lo sé.

—Por favor, no permitas que nadie se acerque a Celia, David; y ahora más que nunca. Tenemos que conseguir que Celia razone, que salga de su trance y que piense con claridad. ¡Haz todo lo posible para que no vuelvan a hacerle daño! ¡Tenemos que conseguir que cuente toda la verdad de una santa vez!

F de FRAGILIDAD

Mis queridos lectores:

Sabéis que todo en esta vida comienza por un principio y acaba por un final. En ese momento parecía que Celia llegaría a hablar, pero aún faltaba tiempo para que descubrierais lo que pasó.

Cada segundo me esfuerzo por contar en la medida que me es posible esta cruda historia. Quizás me odiéis, quizás os compadezcáis de mí, e incluso alguno de vosotros puede darse cuenta que en el fondo soy una buena persona. Eso depende de todos y cada uno de los que leáis lo que aquí escribo.

Celia permanecía en la cama, estática, con una suerte de red de tubos que la conectaban con la vida, mientras Esperanza Velázquez y David la acompañaban. La madre parecía realmente afectada. Esperanza era una mujer frágil. Su marido la había estado atormentando durante toda su vida, su hija la había rechazado y, para colmo, Jonathan, su único hijo, había desaparecido.

Cuando se abrió la puerta de la habitación, ninguno de los dos se imaginaba que él fuera el primero en llegar...

—Antonio, ¿qué haces aquí? —preguntó Esperanza.

—Lo que me corresponde como padre de Celia.

—¿Como padre de Celia?

David se enfureció y le plantó cara:

—¿Y dónde ha estado el padre de Celia durante todo este tiempo, cuando más lo ha necesitado, eh? ¿Dónde?

—David... —le interrumpió Esperanza—, déjanos solos, por favor.

—¿Pero es que vas a hablar con este impresen...?

La palabra quedó suspendida en el aire, pues Esperanza no le dejó terminar: le rogó silencio y él salió enfurecido de la

habitación, no sin antes dar un puñetazo en la puerta. Antonio no tardó en reaccionar:

—Vaya... ¡qué novios con más mal humor te echas! —y al decirlo miró fijamente a Esperanza con una media sonrisa llena de intención.

—Eso no es asunto tuyo —le contestó—. ¿Qué quieres?

—He venido a recuperar lo que es mío.

—¿Lo que es tuyo? Espero que no te refieras a tu familia...

—No, a mi familia no. Me refiero a Celia, a la que ya casi ni considero de mi familia.

—Pero ¿cómo te atreves? —el tono de voz de la madre se elevó bruscamente—. ¿No te bastó con tratarme como una basura, golpeándome y maltratándome? ¿No te bastó con engañarme con otra mujer y dejarme tirada en el momento más crítico de mi vida?

Las lágrimas de Esperanza rodaban por sus mejillas sin destino, perdidas en el dolor más profundo.

—Lo siento...

El ruido que produjo el choque de la palma de la mano de Esperanza en la mejilla de Antonio sorprendió a ambos por igual. Pero, aun así, no fue tan impactante como lo que al mismo tiempo ocurría a sus espaldas. Celia había abierto los ojos y pronunciaba la palabra mágica:

—Papá.

—¡Oh, Celia! Celia, hija mía, ¿estás bien? —dijo la madre acariciándole la cabeza.

Sin embargo, el padre ni se inmutó...

—Qué enternecedor... Sobre todo teniendo en cuenta, Esperanza, todo lo que te odia Celia...

—¡Eres un maldito hijo de puta...! —le gritó Esperanza.

—Puede..., pero al menos yo no he querido matar a mi hija...

—¿Qué estás insinuando?

—Lo único que insinúo es que he pedido el traslado para

Celia en tan solo dos horas. Voy a ingresarla en un hospital psiquiátrico privado, donde estará totalmente cuidada.

—¿Qué? ¿Adónde quieres llevarte a mi hija?

—No es tu hija, Esperanza. Has demostrado no saber cuidar de Celia, y es hora de que yo como padre me haga cargo de ella. Aunque no lo hago por ella...; en realidad a quien estoy protegiendo es a ti. Solo tú tendrás permiso para verla, nadie más. Aunque te recomiendo por tu bien que no lo hagas. No sería lo más acertado.

Sin más, Antonio Velázquez salió de la habitación del hospital de la misma forma en la que había entrado. Esperanza se quedó llorando, mientras seguía acariciando a Celia.

—¿Por qué? —balbuceó Celia con la cara totalmente desencajada.

La madre le contestó:

—Nadie puede revelarte más de lo que ya reposa dormido en el amanecer de tu conocimiento, Celia. ¡Habla, por favor! ¡Cuenta a todo el mundo lo que pasó!

* * *

La cabeza me daba cien mil vueltas intentando comprender todo lo que había sucedido tanto con mi padre, como con el Niño de Albagranera. Antonio Velázquez era sin duda culpable, pero ahora lo que tocaba averiguar era... ¿por qué? ¿Realmente fue un sacrificio religioso motivado por la ideología enfermiza de esa secta? ¿Cabría la posibilidad de que Jonathan aún pudiera estar vivo? Ahora contaba con el apoyo de Anna. Mi siguiente movimiento sería hablar con aquel hombre al que vio mi padre, ya que Ángel Salvador tampoco podía proporcionarme mucha más información.

En ese momento andaba corriendo por la playa, con un mal tiempo de mil demonios. A esas horas de la tarde no había nadie por allí. Mientras, pensaba una y otra vez cuál sería la forma más acertada de avanzar en el caso.

De repente, algo me sorprendió, hasta el punto de que hizo que me detuviese. A unos cuantos metros de donde me encontraba, en la orilla, un niño estaba sentado en la arena, ¡y su parecido era asombroso al de el Niño de Albagranera! ¿Era

real lo que estaba viendo? ¿O era fruto de mi imaginación debido al cansancio? Incluso se vislumbraba en su hombro el mismo antojo con forma de flor que tenía Jonathan.

Empecé a gritarle y el niño se levantó de golpe. Y cuando empecé de nuevo a correr hacia él, el chico corría con mucha más fuerza e ímpetu, alejándose de mí.

—¡Espera! —le grité, pero no hubo manera; aquel chico escaló las rocas del final de la playa y desapareció tras los arbustos. En aquellos momentos me lamentaba por no tener una mejor vista para poder asegurar si era o no era realmente Jonathan Velázquez.

Estaba tan enfurecido en ese instante que me puse a dar patadas en la arena sin darme cuenta de lo que tenía bajo mis pies: una foto. Y era reciente... ¿Podría habérsele caído a aquel niño? La foto era de un azul intenso y mostraba unas manos humanas que sujetaban una paloma en pleno vuelo. La paloma estaba iluminada por un haz de luz que irradiaba desde el centro de un corazón, situado justo encima de ella. La imagen tenía inscritas unas palabras escritas con tinta: «Solo algo verdadero puede atravesar un corazón, cuando todo está escondido en un profundo sentimiento».

¿Qué coño significaba eso? ¿Sería una trampa preparada para que yo la encontrara? En ese momento no podía confiar en nada ni en nadie; porque nada era seguro. Volví caminando por la orilla, absorto entre mis pensamientos. Y mirando al suelo a cada paso descubrí una inscripción grabada en la tierra mojada de la orilla. Aquel niño había escrito unas últimas palabras antes de marcharse, y ahora yo me encontraba entre ellas sin saber lo que significaban... ni sobre quién pretendían avisarme: «*No confíes en ella*».

* * *

Ante todo quería desearos unos días felices, ya que no he tenido oportunidad de establecer contacto con vosotros hasta hoy. Una persona importante para mí ha fallecido, y no he estado pasando por buenos momentos. Tardaría poco tiempo en la historia que cuento en mostraros de quién se trata. Aun así, he recuperado la fuerza suficiente como para terminar de contar todo lo que sucedió,

antes de que llegara mi fatídico final…

Todo daba vueltas en mi cabeza. Lo que más deseaba en aquel momento era plantarme delante de Antonio Velázquez y partirle la cara, pero no hubiese sido lo más acertado. Si hacía un movimiento en falso, no tendría pruebas reales para encarcelar a ese hijo de puta. Ahora lo sabíamos. Éramos él y yo; enemigos en el mismo bando. Pero para ganarle debería guardar la máxima discreción y cuanto más desapercibido pasara para él, mejor. Había incluido en su juego a Sofía, y yo le pagaría con la misma moneda, incluyendo a Anna. Veríamos quién ríe el último.

Cuando llegué a casa, intenté buscar el antiguo portátil de mi padre para ver si contenía alguna información sobre el caso del niño, o sobre Gustavo y su padre. Cuál fue mi sorpresa cuando me encontré con la puerta abierta y forzada. En el marco y el borde había restos de silicona reseca. Alguien había entrado en la casa.

Por dentro aparentemente todo parecía normal, pero al penetrar en el salón vi algo un tanto extraño: la foto de mis padres. En el cristal del marco, debajo de sus caras, alguien había escrito un mensaje: «*Morirás igual que ellos*».

Corrí al cuarto de mis padres, donde se encontraba el maletín, y me encontré con la funda vacía. Se lo habían llevado. Maldije y comencé a tirar violentamente las cosas de la mesilla. Arrojé una carpeta con especial virulencia, y se abrió. Instintivamente eché un vistazo a lo que contenía: era un dossier con información relacionada con el Niño de Albagranera, y en él se encontraba un apartado en el que había fotos que seguramente mi padre había hecho a escondidas. Mi padre, como periodista, era muy metódico en su trabajo. Había fotos de muchos de los sospechosos: de Esperanza Velázquez, Antonio Velázquez, Celia, Anna, Joaquín… pero la que más destacaba era la de David, y el motivo por el que resaltaba, era porque mi padre había dibujado una cruz en esa foto.

* * *

Nacho ya estaba llegando al hospital. Su pasado no hacía más que atormentarle, ya que a raíz de lo que había hecho el año anterior, no había podido volver a conciliar el sueño. Él y

David habían mentido a todo el mundo, y lo único que esperaba es que jamás se fuera a enterar nadie. Cuando llegó al vestíbulo del edificio, ya estaban allí Anna y David.

—¿Y Cristina? —preguntó Anna.

—Tuvo que abrir la peluquería y no ha podido venir. ¿Qué ha pasado? —inquirió Nacho.

—Celia ha intentado suicidarse cortándose las venas —contestó David con lágrimas en los ojos.

—Dios mío... y... ¿está bien? —quiso saber Nacho.

—Sí, se recupera poco a poco... —respondió Anna, al tiempo que enjugaba sus lágrimas.

—Entonces... ¿a qué vienen esas caras? —Nacho no acababa de entender.

—Ese maldito hijo de puta del padre se la quiere llevar a un hospital psiquiátrico privado para que no pueda tener contacto con nosotros. Piensa que nosotros somos los responsables del intento de suicidio —fue David quien contestó.

—Joder... ¿Habéis avisado a los demás? —preguntó Nacho.

—César está de camino, y Ricardo... no he parado de llamarlo toda la mañana, pero no lo localizo. Sigue investigando sobre el niño desparecido —aseguró Anna.

—Estoy seguro de que es el padre del niño quien está detrás de todo —sentenció Nacho—. Hablaré con Ricardo para ayudarle.

En ese momento el teléfono de Anna sonó.

—¡Menos mal! Es Ricardo, ahora vengo —dijo Anna abandonando el vestíbulo.

Entre un ambiente algo turbio, David tomó la palabra:

—Nacho, me gustaría hablar contigo.

—Ya te dije que no quiero tocar más el tema. Estoy tratando de olvidarlo.

* * *

Cuando la puerta de la casa del padre de Gustavo se abrió,

aquella señora no sabía lo que le esperaba. Marta era una mujer que rondaba los setenta años. La mayor parte del tiempo tenía la mirada perdida, aunque su apariencia era realmente elegante. Era algo gruesa, y unas gafas de pasta descansaban siempre sobre su chata nariz.

—Hola. ¿le puedo ayudar en algo? —dijo.

—Hola, buenas. Quería saber si se encuentra Rodolfo Pastaso.

—Lo siento, querida. Mi marido falleció el año pasado. ¿Eres alguna compañera de trabajo?

—Oh, lo siento de veras... ¿Qué le ocurrió?

—Estaba colocando unas luces, se cayó a la fuente del jardín, y se electrocutó. Una tragedia de la que aún no he podido recuperarme. no sé cómo pudo ocurrir... —respondió cabizbaja.

—Vaya... cuánto lo lamento —susurró Sofía—. Verá... Me gustaría hablar con usted de una cosa si no le importa; Quería hacerle unas preguntas sobre el Niño de Albagranera.

—Ni hablar. Bastantes problemas tuvimos ya con ese tema

—el tono y expresión de la mujer cambiaron por completo, endureciéndose.

—Es muy importante que me ayude —le rogó—.

Necesitamos saber dónde está ese niño.

—Pero es que no sé ni por dónde empezar. A ver... mire, cuando mi marido aceptó ese trabajo, no sabía de qué se trataba. La gente que le contrató no quería dejar cabos sueltos.

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó confusa.

—La versión oficial es que mi marido sufrió un accidente.

La versión real es que lo asesinaron.

—Entiendo... ¿Para qué gente trabajaba? ¿No se lo llegó a decir?

—No llegó a decirme nada. Él decía que lo hacía por mi bien, y no se equivocaba.

—¿Y su hijo? ¿Podría hablar con él? Seguro que él puede

ayudarme…

—¿Mi hijo? Rodolfo y yo no tenemos ningún hijo.

Sofía se quedó perpleja y dejó caer al suelo el fax que había robado a Ricardo (cuando se cruzó con él), y que le había proporcionado Ángel Salvador.

G DE GUSTAVO Y GILDA

La indumentaria de Gustavo mostraba claramente su gusto por la moda alternativa, vestido ahora con una camisa de anclas rosas y negras y unos pantalones azules. Desde muy joven había querido ser actor, pero su sueño se había estrellado casi antes de comenzar. Su barba afeitada y cuidada y su figura estilizada le hacían parecer un verdadero maniquí.

Gustavo sabía que allí se encontraría con Gilda. Sin embargo, sus esperanzas se agotaban con cada minuto que pasaba. ¿En qué momento de aquel año su vida se había arruinado? ¿Por qué razón debió aceptar ese trabajo? Pagaban mucho, sí, pero esa no era razón para hundirse en un pozo sin fondo, del que ya nunca podría volver a salir. Aceptó ese encargo por venganza, para joder a la persona que durante tanto tiempo había detestado, y al final se había perjudicado a sí mismo.

A aquel hombre lo habían asesinado, y si él contara algo, sería el siguiente. Jamás pudo imaginarse que aquel cliente era tan peligroso; que involucrarse en el caso del Niño de Albagranera iba a traer tan trágicas consecuencias. Todo, absolutamente todo lo que tuvo sentido en su vida, se desmoronó de repente. Y aún más: por sus errores, envidias y celos, habían muerto dos hombres, Rodolfo Pastaso y el Sr. Mairén, el padre del chico al que odiaba.

Realmente cometió un error: ese trabajo fue el peor que pudo aceptar. Gilda fue lista y lo dejó a tiempo, pero el destino les condujo de nuevo a encontrarse. Ahora, allí se encontraba él, en la tumba del hombre que había asumido el papel de su padre; el hombre que ante los medios apareció electrocutado en la fuente de su jardín, cuando en realidad había sido asesinado. El momento en el que iba a revelar quién era su cliente supuso un grave peligro. Él lo sabía; sin embargo, Gustavo no.

En el cementerio, a esas horas, ya no quedaba nadie.

Permanecía tan solo que pudo escuchar los pasos que se oían detrás de él.

—Hola, te estaba esperando... —dijo Gustavo.

—Así que fuiste tú quien involucró al padre de Ricardo Mairén en esto, ¿verdad? Fuiste tú también quien envió un mensaje a mi móvil, incitándome a robar ese fax, si quería saber más sobre el caso del Niño de Albagranera. ¡Claro! Tú que me conoces sabías que sería capaz de eso.

—Sí. Te lo envié porque sabía que estabas investigando el caso, y que tu curiosidad te iba a llevar a quitárselo. Te conozco muy bien, Gilda.

—¡No vuelvas a llamarme Gilda! Esa etapa de mi vida quedó atrás, lo sabes perfectamente. Lo robé porque estoy intentando descubrir y explicar muchas cosas, y tú me las vas a explicar.

—Está bien, te pido perdón por tacharte de ladrona de faxes; te pido perdón por no llamarte por tu nuevo nombre, Sofía.

* * *

Nacho y David bajaron a la calle para hablar. Hacía mucho que los dos no se reunían para eso. Aunque en el fondo, así lo preferían, porque sabían que en cualquier momento los iba a abordar de nuevo el mismo asunto del que no quisieron hablar durante ese último año.

—Y bien, ¿de qué quieres hablar?

—Hace mucho que no tocamos el tema y me preocupa que se lo hayas contado a alguien.

—Por dios, David. Fui yo quien te metió en todo esto, jamás haría algo así. Les mentimos a todos nuestros amigos y les hicimos creer que por aquel entonces estábamos en Sevilla, cuando no era así.

—No sigas culpándote por lo que pasó. Tú necesitabas dinero en aquel momento y encontramos ese trabajo.

—Lo sé, pero nunca debería haberte llevado conmigo en aquel coche. Te he metido hasta el fondo del problema.

—Si fui es porque quise. ¿Cómo íbamos a pensar que se trataba de un asunto tan turbio? Ese trabajo solo consistía en

llevar una furgoneta a su destino y nada más. Jamás hubiéramos pensado que en su interior se encontraba...

—¡No! ¡No lo digas!

Nacho empujó a David contra la pared y le tapó la boca. En ese momento pasaba un matrimonio caminando por al lado de ellos y la pareja se quedó mirándolos con temor.

—No podrías ni imaginar lo duro que ha sido para mí este año. Desde el año pasado no he podido conciliar bien el sueño ni una sola noche. ¿Tú sabes qué es eso? ¿Comprendes lo que significa el hecho de haber sido partícipe de algo así?

—Sí, lo sé perfectamente —dijo para tranquilizar a Nacho—. Yo estaba en esa misma furgoneta contigo, ¿recuerdas?

—Lo sé, el hecho de hacerme poli fue una forma de pagarle a la vida por los actos ilegales que cometí, haciendo cosas legales. Por lo menos eso me da el aliento necesario para seguir viviendo.

—Nacho..., tienes que superarlo. Por lo menos pasamos desapercibidos, nadie se dio cuenta. Tienes que pensar que todo fue por dinero.

—¿Superarlo? ¿Tú lo has superado? Espero que no sea a ti a quien se le haya escapado, con tu querida amante o con tu amiguita Anna. Solo faltaba que después de un año se dieran cuenta.

—Tienes que tirar para adelante, Nacho. Hay cosas mucho peores.

—No mucho peores que la muerte. Fuimos cómplices de un asesinato, David. No hay nada peor que eso.

* * *

En aquel momento no podía entender por qué razón mi padre había marcado la foto de David, ni quién había sido capaz de irrumpir en mi casa para crear tal desorden. Y en el instante en que más estaba intentando organizar todos los hechos que me habían acontecido, sonó el teléfono. Era Marta.

—¿Quién es?

—¿Ricardo? ¿Es usted Ricardo Mairén?

—Sí —contesté extrañado—. ¿Con quién hablo?

—Usted no me conoce, pero mi marido sí conoció a su padre.

En ese instante, me quedé de piedra. Era como si todo mi pasado me golpeara súbitamente y resurgiera de sus cenizas.

—¿Quién es su marido?

—Rodolfo Pastaso. Estuvo colaborando con su padre el año pasado. Murió el mismo día que su padre.

¿Lo habrían asesinado igual que a mis padres? Rodolfo era el padre del chico que acudió a mi padre y a Ángel Salvador para indicarles lo que sabía sobre el Niño de Albagranera.

—¿Y qué quiere de mí?

—Mi marido dejó una nota antes de morir. Solamente dijo que, si algo le pasaba, que te entregara a ti personalmente una tarjeta que dejó guardada. No sé qué puede indicar esa tarjeta, pero no tiene nada de especial. El caso es que durante todo este año, como no sabía tu nombre, tampoco he podido localizarte. Hasta que llegó ella.

—¿Ella? ¿Quién?

—Una chica que dijo que te estaba ayudando: Sofía. Le saqué la información para saber cómo te llamabas antes de que se fuera, pero no confié en ella para darle la tarjeta.

¡Claro! ¡Cómo no me había dado cuenta de eso antes! Sofía había sido la que había entrado en mi casa. Había obtenido la información suficiente como para saber dónde se encontraba ese hombre y el chico.

—¿Y su hijo Gustavo? ¿Está con usted allí?

—No entiendo a lo que se refiere. Ella me preguntó lo mismo, y Rodolfo y yo nunca tuvimos hijos. Entre otras cosas porque él era estéril.

Algo no cuadraba en toda esa historia. Si Gustavo y Rodolfo efectivamente no eran padre e hijo, entonces o bien a mi padre le tendieron una trampa, o esa mujer estaba mintiendo por alguna extraña razón.

—Está bien, dígame su dirección y me reuniré con usted de inmediato.

—La de mi casa, ¿no?

—¡Claro! ¿Cuál va a ser si no?

—Es que la chica que vino a casa me preguntó dónde exactamente estaba enterrado mi marido.

H de *Hypnos*

Las puertas del Hospital de Neón se abrieron y la silla de ruedas se fue deslizando a paso ligero por aquel silencioso pasillo, solo iluminado por luces parpadeantes. Los angustiosos gemidos de Celia era lo único audible, mientras su padre empujaba la silla. Finalmente había tomado el control de la situación. Que su hija recuperara el habla supondría un gran problema, no solo para él, sino para todo el mundo.

A su madre no podía impedirle la entrada en aquel hospital, pero era algo que deseaba. Si Celia contaba todo lo que pasó arruinaría la vida de las personas que más la habían querido. Antonio le había estado suministrando medicamentos todo el año. Es cierto que, cuando desapareció su hijo, ella había quedado en estado de shock, pero gracias a los fármacos que le había suministrado a través del enfermero que iba a su casa y al que él había contratado, Celia jamás saldría de ese trance. Era lo mejor para todos, pensó, no lo más justo, pero sí lo más recomendable.

Antonio tenía un gran puesto en la política: si se supiera lo que él había hecho, eso arruinaría su carrera profesional. Es cierto que no se había portado en este último año como le hubiera gustado y se podría decir que ya no era una buena persona. Pero ¿qué otra cosa podía hacer? Su vida ya estaba arruinada. Se había quedado sin familia y en el amor la cosa no mejoraba. Cuando creyó volver a encontrar una persona de la cual enamorarse, se dio cuenta de que el motivo real por el que estaba saliendo con él era averiguar más acerca del caso del Niño de Albagranera. Por eso, en esos momentos tan peligrosos en los que el hijo del Sr. Mairén había vuelto, lo mejor era quitarse de en medio a Sofía.

Antes de echarla de casa, esa maldita zorra robó de la habitación de su hijo la cámara de fotos que llevaba Celia aquel día. Posiblemente lo que se había fotografiado con ella fueran

pruebas más que evidentes de lo que ocurrió; pero la tarjeta de memoria de esa cámara despareció, así que lo único que pudo ver Sofía en aquella cámara fueron las fotos más tiernas de su matrimonio con Esperanza.

Llegaron a la habitación en la que se hospedaría Celia, y ella aún seguía gritando. Antonio dejó el abrigo en la mesa del cuarto y extrajo de su mochila el maletín donde se encontraba aquel fármaco. Él, hoy por hoy, no tenía ningún aprecio por la que un día fue su hija.

—¿Por qué? ¿Por qué me haces esto? —gritó Celia histérica —. La culpa no fue mía, fue culpa de Hypnos, no fue mi culpa.

Celia empezó a llorar y su padre se aproximó a ella con la jeringuilla en la mano.

—Espero que no se te haya ocurrido mencionar a más gente lo de Hypnos. Me ha costado mucho dinero mantenerlo oculto —le dijo Antonio.

—Papá, yo no tuve la culpa, fue Hypnos. Ahí está la clave.

—No, Celia... Debiste pensártelo mejor antes de llevar allí a tu hermano. Ahora ya no se puede hacer nada. Hypnos no mató a Jonathan y lo sabes perfectamente. Desgraciadamente, creo que ya has hablado demasiado, y lo mejor es que mantengas la boca cerrada.

Antonio hundió la aguja en el cuello de su hija y presionó el émbolo para que el fármaco circulara por sus venas.

—Lo siento...

Y diciendo esto último se echó a llorar, por el ser tan miserable en quien se había convertido. Esa carga que llevaba consigo le mataba día tras día, ya nada en su vida tenía sentido.

Antonio abrió llorando las puertas del gran balcón de la habitación. Respiró aire profundo y trepó encima de la barandilla. A sus pies había una caída de más de cuarenta metros. Por un momento pensó en tirarse al vacío, sería lo más fácil para acabar con ese tormento. Pero aún le quedaba algo por hacer...

Antonio Velázquez sacó de su bolsillo el móvil y escribió su

último mensaje.

* * *

Gustavo recordaba el pasado a la perfección, aunque se presentaba nebuloso. Sofía y él trabajaban para una empresa poco común en España. Era una organización que aceptaba entre sus filas a actores discretos y profesionales, para que su papel llegara a ser creído por muchas personas. Aunque en un momento eran utilizados para bromas y para otros asuntos convencionales, gracias al nuevo director de la empresa el grupo fue cambiando a una posición más oscura, metiéndose en asuntos turbios e ilegales.

Ellos dos, junto con otras siete personas, incluido Rodolfo Pastaso, formaban parte de ese elenco de actores. Cuando el director aquel día presentó a la que sería nuestra próxima víctima, en la pantalla de aquella sala, el Sr. Mairén, Gustavo no se lo pensó dos veces a la hora de mostrarse voluntario para ese encargo. Aunque Rodolfo se le había adelantado con un interés fuera de lo normal, el director les aceptó a los dos para ese trabajo. Rodolfo desempeñaría el papel principal y protagonista de la trama, quedándose Gustavo en un papel secundario.

Pero a él el protagonismo no le importaba. Por aquel entonces Sofía hacía mucho tiempo que había dejado la empresa, desde que la organización empezó a involucrarse en asuntos tan problemáticos y comprometedores. Todo el dinero que le ofrecieron no fue capaz de comprarla. Ella no lo necesitaba; Gustavo, en cambio, sí. También la obsesión de él por estar todo el día detrás de ella, aun sabiendo terminada su relación, la llevó a abandonarlo todo. Él no llegaba aceptar que el amor entre ellos había acabado.

Jamás se pudo haber imaginado que sería una persona tan sumamente celosa. Esos mismos celos le llevaron en su día, cuando Sofía ya trabajaba en el periódico, a seguirla una noche. La vio entrar en una casa y la sorprendió. Sus más temibles sospechas se confirmaron. Por una de las ventanas de atrás vio a Sofía con otro hombre: Ricardo Mairén. Es cierto que no los vio besarse, pero conocía muy bien la cara de Sofía

detrás de esa ventana: era una cara de enamorada. Sus lágrimas caían de la rabia y se alejó de la casa con una furia como jamás nadie había tenido. Entonces, al pasar por la ventana que daba al lado de la cocina vio a aquel hombre: al padre de Ricardo. Por eso le reconoció en aquella pantalla proyectado años después. Por eso a Gustavo no le interesaba tener un papel principal en ese caso. Desconocía los motivos por los que Rodolfo Pastaso estaba tan interesado, pero él lo único que quería era venganza.

Eso era lo que más ansiaba en lo más profundo de su ser; por eso aquella tarde en que tuvo que mentir a ese hombre y a su abogado, se sintió al fin liberado de esa rabia y frustración que había acumulado año tras año. Desde aquella tarde en que la vio con otro hombre, había mantenido la mente ocupada en su trabajo. Por eso le gustaba el nombre de su empresa y lo que esas siglas significaban. Tenían toda la razón...

H	aciendo
Y	
P	ensando
N	os
O	lvidamos
S	iempre

I de IMPLICACIÓN

7 de septiembre de 2012

Porque todo, al fin y al cabo, consistía en descubrir la verdad, en alcanzar al culpable. Y parecía que todo se solucionaría cuando Rodolfo Pastaso descubrió dónde se encontraba el Niño de Albagranera; acababa de contárselo a Alfonso Mairén durante su reunión en el café La Torregrosa de Cádiz.

Rodolfo se sentía nervioso. El caso de la desaparición de Jonathan Velázquez era conocido en toda España. Cuando la prensa supiera lo que había pasado con él, el asunto se volvería un auténtico escándalo.

Aparcó su BMW serie 3 a la entrada de su casa y salió apresurado a través del patio interior. Cuando Marta Rúber le vio aparecer por la puerta, estaba expectante; sin duda algo había salido mal, puesto que la expresión que notó en la cara de su marido no la había visto jamás.

—Marta, ya todo ha terminado.

—¿Ya lo sabes? ¿Sabes dónde está el niño?

—Sí, pero no hay tiempo que perder. Haz una maleta pequeña para unos días, porque quedarnos en casa ahora mismo no es seguro.

—¿Pero qué estás diciendo, Rodolfo? ¿Qué ha pasado?

—Ahora te lo explico, pero date prisa. El señor Mairén ya está camino a la comisaría para contarlo todo. No tenemos tiempo que perder.

Rodolfo fue cerrando todas las ventanas de su casa, un chalet muy grande; era pleno verano y todavía hacía calor en las calles. Apagó todas las luces y los interruptores, pero comprobó que aún entraba luz al salón. Corrió la cortina de

uno de los ventanales y se dio cuenta de que las luces decorativas de la fuente del jardín aún estaban encendidas; eran luces poco comunes para una fuente, parecidas a las que se usan en Navidad. A Marta le gustaba ver el agua iluminada.

Salió al jardín para apagar el interruptor en el alargador a un lado de la fuente y, al agacharse, notó una presencia justo a sus espaldas; por el sonido de los pasos supo que no se trataba de Marta. Agitado, se giró y por un momento recuperó la calma.

—Buen día. ¿Es usted el dueño de la casa?

Rodolfo se percató de que, con las prisas, había dejado abierta la puerta de la entrada, y por eso se había colado aquella persona, que vestía de traje y portaba una carpeta. Seguramente se trataría del típico vendedor; eran todavía las 8 de la tarde, un horario en que los comerciantes a pie de calle aún suelen trabajar.

—Sí, pero ahora mismo no puedo atenderte. De hecho, voy a salir con mi mujer.

—Le veo nervioso. ¿Se encuentra bien?

—Sí, sí. Es solo que he tenido un día complicado, por eso no puedo entretenerme.

—¿Y lo ha hablado con su mujer?

—Apenas he hablado con ella, así que no creo que esté dispuesta a comprar nada. De verdad, ahora tengo mucha prisa; pásate otro día y con gusto te escucho, pero ahora no.

—¿Sabes, Rodolfo? Gracias a eso tu mujer vivirá, pero creo que tú no vas a tener más días para escucharme.

A Rodolfo no le dio tiempo de reaccionar: aquella persona misteriosa le arrojó a la fuente y, antes de poder sacar su cabeza del agua, notó un dolor agudo que le atravesaba la mente y el cuerpo. Justo antes de morir, imaginó su cuerpo lleno de colores; los mismos colores de las luces que acababan de electrocutarle.

* * *

Marta Rúber era una señora imponente. Con cerca de 70 años, era dueña de una elegancia innata, e impropia para un

sitio como la playa de Albagranera, un lugar turístico frecuentado por gente de clase media. Por la decoración que reinaba en su casa pude constatar que ella, igual que su difunto marido, provenía de una familia muy adinerada. El salón estaba decorado con impresionantes relojes y cuadros que, aunque no eran de artistas clásicos, bien podrían valer una fortuna.

Fui muy bien acogido, y acababa de contarme cómo había sido la muerte de su marido. Al estar dentro de la casa, Marta pudo ver cómo esa persona (cuyo sexo no pudo identificar) había asesinado a Rodolfo electrocutándole con las luces de la fuente, el año anterior.

También me contó sobre la organización de actores privados a la que pertenecía Rodolfo, y del encargo que le hicieron: una fuente le había contratado para interpretar un papel frente a mi padre. El trabajo consistía simplemente en que, cuando Alfonso llegara a él, impulsado por otro actor (que seguramente sería quien se hiciera pasar por su hijo), Rodolfo le contaría que el señor Velázquez pertenecía a una secta peligrosa y que seguramente él había matado a su propio hijo como parte de un rito satánico.

La pregunta entonces era: ¿contrataron a Rodolfo para decir la verdad, o simplemente era un falso señuelo? O lo que era más intrigante aún: ¿quién contrató a Rodolfo para mentir a mi padre y por qué? ¿Fue el asesino quien contrató a Rodolfo, o fue alguien que pretendía ayudarles? Eso era lo que me tocaba averiguar.

Escuché, con atención y mirada incrédula, la historia de aquella mujer.

—Por eso mismo me negué a hacer más preguntas. Tenía miedo; no quería acabar asesinada como mi marido, que en paz descanse. Sabía que, si denunciaba el asesinato a la policía, sería cuestión de tiempo que vinieran a por mí, sobre todo si tenemos en cuenta que el padre de ese chico es un político muy influyente.

—Entonces, ¿por qué decidió hablar ahora? ¿Ya ha perdido el miedo?

La mujer esbozó una curiosa sonrisa que expresaba más

tristeza que alegría.

—Déjame mostrarte algo, querido —dijo, al tiempo que tomaba un videocasete—. Cuando pasó la tragedia de mi marido, encontré esta cinta justo encima del mueble.

La anciana introdujo la cinta en un reproductor y presionó el botón de play. En la imagen del antiguo televisor apareció el rostro de la persona que había mentido y posteriormente había ayudado a mi padre a descubrir la verdad: Rodolfo Pastaso.

Hola, Marta:

Si estás viendo este vídeo, significa que las cosas no han salido como esperaba. No sabes cuánto lamento que haya pasado todo esto, pero decidí meterme en la boca del lobo y estas han sido las consecuencias.

Me contrataron para hacer un papel frente a ese hombre, pero a estas alturas de la película no sé quién está detrás de la desaparición de ese niño. No sé si es el asesino quien me contrató, o si era una persona que quería decirnos indirectamente la verdad; lo que está claro es que hay que averiguar quién me contrató.

Como estás viendo estas imágenes, es evidente que no he conseguido averiguarlo, o que, si lo he hecho, he perecido en el intento. Ahora es fundamental que te mantengas al margen y localices a la única persona capaz de continuar con esta historia: el hijo de Alfonso Mairén. Es a él a quien deberás dar la tarjeta que dejé dentro de mi escritorio, él es el único capaz de llegar a la verdad si yo, junto a su padre, no lo hemos conseguido.

Te quiero, Marta; siempre estaré a tu lado y espero que tú siempre estés a mi lado.

La mujer presionó stop y me miró, emocionada. Estuve tan atento a la grabación, que no me di cuenta que se le había escapado el llanto.

—Y al final te he encontrado. Sabía que tarde o temprano daría con tu paradero, y gracias a tu amiga supe dónde estabas.

—No es mi amiga. Ha hecho cosas que me están descolocando y no sé exactamente por qué lo hace.

—Querido, creo que ella es de fiar y que lo único que pretende es ayudarte; esa sensación me dio. Así que lo mejor que puedes hacer es aceptar su ayuda para resolver el misterio

del niño. Toma, este es el sobre que mi marido me dejó para entregártelo en mano cuando te viera.

Tomé el sobre y extraje de su interior la tarjeta, que no era más que una postal de correos decorada con un dibujo: se trataba de Dios, que estaba junto a un niño que señalaba a un monigote con un signo de interrogante en un bocadillo. Una frase lo complementaba: «Dios está aquí: tan cierto como el aire que respiro; tan cierto como que en la mañana se levanta el Sol; tan cierto como que, cuando hablo, Él me puede oír».

Al dar la vuelta a la postal, leí el mensaje de Rodolfo, que me resultó incomprensible. Una palabra: Hypnos; un número: 261380; una dirección: calle Torre de la Alameda número 7, y una huella dactilar. Con tan solo esos cuatro ingredientes se me abría un nuevo camino, pero lo cierto era que cada vez estaba más perdido.

—¿Y qué se supone que es Hypnos? ¿Qué hay en esta dirección?

—Hypnos es la empresa donde trabajaba mi marido, la organización de actores privados que lo llevó a su muerte.

* * *

Por alguna extraña razón, uno se fabrica su propia serie de creencias, y con ella vive el resto de su vida. Desde pequeños, personas con buenas intenciones nos dicen cosas negativas a manera de consejos, e implantan en nuestra mente temores que nos acompañan hasta la muerte. Esos temores nos acompañan hoy, consciente o inconscientemente, mientras que otros problemas los traemos con nosotros desde el momento en que nacemos.

Esperanza Velázquez tenía un poco de ambas cosas. Nació con una predisposición a la mala vida, y sus temores le llevaron a agudizar sus problemas. Tuvo que vivir con el temor de ser maltratada por su marido, y ahora tendría que vivir con el temor de quedarse totalmente sola y acorralada.

Su marido acababa de separarle de su hija, con lo cual todo intento por parte de ella por lograr que hablara había sido en vano; sabía de sobra que su esposo, por alguna razón, temía que Celia contara lo que pasó aquel día en que dejó de hablar.

Esta vez le tocaba mover las fichas, y no podía consentir que Antonio se saliera con la suya. Esa misma mañana recibió una llamada de un hombre que decía conocer los detalles sobre la desaparición de su hijo, y ella estaba dispuesta a todo con tal de que no se quedara ningún cabo suelto del que poderse agarrar.

Era 25 de agosto. Esa misma noche salía, desde Jerez de la Frontera, la procesión en la que sacaban cada año la imagen de Nuestro Padre Jesús el Nazareno, cuya sangre, decían las malas lenguas, era real. Si Los Hijos de Caín seguían practicando el rito satánico en el que sacrificaban a uno de los hijos de la hermandad, esa misma noche sacrificarían al siguiente niño.

Por supuesto, Esperanza Velázquez no creía en esos mitos, y tampoco llegaba a creerse que su marido formara parte de semejante secta. En la mesa de la cafetería, charlaba con la persona que le había citado. No podía salir de su asombro.

—Le digo que es cierto —dijo Gustavo—. Se comprobó que su marido pertenecía a los miembros de la iglesia San Juan de Letrán: su nombre aparecía en la lista que se encuentra dentro de la caja fuerte del templo.

—¿Y quién lo comprobó, si se puede saber? —preguntó Esperanza.

—Ya se lo he dicho. Alguien nos contrató a mí y a mi socio Rodolfo Pastaso para mentir al señor Mairén, porque iba tras la investigación de su hijo. Lo que no sabemos es si nos contrataron para mentir o para darnos pistas sobre el paradero del niño. Lo que sospechamos es que fue para ayudarnos, que realmente nos querían dar pistas.

—Yo le pedí a Alfonso Mairén que me ayudara, porque conozco a su familia desde hace años. Me sentí sola y acorralada cuando pasó todo en aquel año, y mi marido se negaba a hablar sobre lo que pasó. Cuanto más le preguntaba, más agresividad mostraba. Era imposible dialogar con él.

—No se preocupe, Esperanza; nosotros le ayudaremos. Hoy mismo formaremos parte de la convocatoria de la procesión e indagaremos sobre qué pretende hacer esa fundación religiosa. De momento necesito que me facilite todas las pruebas posibles para asegurarme de que su marido se mantenga tan alejado de

su hija como sea posible.

—Lo que sea, con tal de saber dónde está mi hijo. Tengo informes médicos que demuestran que mi marido me maltrataba, y hasta ahora no los he utilizado en su contra. Ya no confío en encontrar vivo a Jonathan, pero por lo menos necesito saber qué ha sido de él.

Esperanza estaba realmente alterada; las lágrimas se asomaban en cuanto mencionaba a su hijo. Ahora se había quedado totalmente sola, excepto porque contaba con la compañía de su amante, David, el único en quien podía apoyarse en ese momento.

A tan solo unos metros, en esa misma calle, Sofía esperaba en un banco, sentada, a que Gustavo terminara de hablar con Esperanza Velázquez. Obviamente no podía acompañarle: si Esperanza se enteraba de que la amante de su marido estaba detrás de la investigación, se habría negado a colaborar. Decidieron hablar con ella antes de acudir al evento del día 25, para investigar si sabía algo acerca de la relación de su marido con Los Hijos de Caín, pero dudaba mucho que Antonio Velázquez compartiera esa información precisamente con su mujer. Aun así, tenían que intentarlo...

En ese preciso instante sonó la alerta de mensaje en el móvil de Sofía. Comprobó que se trataba de Antonio Velázquez y dudó antes de abrirlo, como si el mensaje le fuera a transmitir un virus altamente contagioso. Al leerlo, el vello se le erizó:

Por tu bien, espero que dejes de investigar y de meter las narices donde no te llaman. Si no lo haces, no faltará mucho para que empieces a pagar las consecuencias.

* * *

Lo cierto era que Anna y David no estaban muy satisfechos desde los últimos años. Se arrepentían de muchas cosas, pero quizá uno de los motivos principales era lo que César detestaba tanto de ellos: su falsedad. El motivo por el que había tanto odio en ese trío era que César había descubierto algo de ellos dos, algo que los llevaría a enemistarse profundamente hasta el día de hoy.

Ni por asomo, Anna y David no respetaban la decisión del

padre de Celia sobre llevársela a un hospital interno; por eso habían ideado un plan para distraer a Antonio Velázquez y sacar a Celia del internado. Para ello necesitaban a un último cómplice...

Estaba tan absorto pensando en mi conversación con Marta Rúber, y en el mensaje que su difunto marido había dejado para mí, que no me percaté de su presencia a mis espaldas. No le había dirigido la palabra a David desde aquel incidente en el cumpleaños de Nacho, ni siquiera durante la sesión de ouija que tuvimos en la playa.

—¡Ricardo! —me sorprendió Anna—. ¡Qué ganas teníamos de hablar contigo!

—Contadme, aunque yo con David no tengo nada que hablar, después de lo que hizo...

—Vamos, Ricardo —intervino David—, perdóname. Negué lo que te dije sobre César, porque no quería enfrentarme a él. No hemos tenido muy buena relación en estos últimos años, como podrás averiguar.

—Sí, ya lo veo... En fin, ¿qué necesitáis?

—Que nos ayudes —contestó Anna—. Antonio Velázquez ha secuestrado a Celia. Quiere internarla en el Hospital de Neón sin acceso para las visitas. Nosotros hemos ideado un plan para ir a por Celia, porque no podemos permitir que nuestra amiga esté con ese psicópata, que ya es cualquier cosa menos un padre para ella. Tú sabes lo peligroso que es el señor Velázquez, ya estuvimos hablando el otro día de eso.

—Creo que perdéis el tiempo. Las medidas de seguridad del Hospital de Neón son inquebrantables, va a ser imposible entrar.

—No si tienes a una amiga que trabaja por las noches en la recepción —replicó David ante mi pesimismo.

—¿Te refieres a...?

—Eso es: Cristina. Trabaja como enfermera recepcionista en el hospital ahora; eso es algo que el señor Velázquez desconoce, y tiene que seguir siendo así. Esta misma noche nos pondremos manos a la obra, y por eso te necesitamos, Ricardo, porque Celia reacciona cuando estás cerca de ella. Necesitemos que la

estimules para que nos resulte más fácil sacarla de allí.

—Está bien, os ayudaré; todo sea por alejarla de ese monstruo. A propósito: ¿vosotros conocéis una organización de actores aquí en Cádiz llamada Hypnos?

—Pues la verdad que no, pero me suena a una balsa que tuve yo hace años, que tenía tatuada en su cubierta el nombre de «Hypnos». ¿Recuerdas?

—¡Anda! Claro que recuerdo. ¿La sigues teniendo?

—Pues la verdad es que ya no. Se la presté a Celia antes de que pasara lo de ese verano y no la volví a ver. Tampoco ella volvió a hablar para decirme dónde la dejó.

La tristeza se apoderó de nuestras miradas al recordar a Celia y cómo había dejado de ser una chica alegre para convertirse en una sin vida. Anna fue la primera en reaccionar.

—¡Deprisa, no hay tiempo que perder! ¡Todo tiene que estar preparado para esta noche!

* * *

Existe una gran diferencia entre lo que uno realmente cree y lo que uno piensa que debería creer. Uno muestra lo que cree de verdad, y ahí es donde se nota la implicación: al estar verdaderamente implicado en algo, dejas de encubrir lo que estás creyendo, porque, si algún día llegas a creer que lo que piensas es cierto, será entonces cuando se manifieste, pero solo mientras estés vivo para creerlo. Después de morir, cualquier creencia resultará inútil, y una de estas personas dejará de vivir dentro de poco para, con ello, dejar también de creer.

J DE JURAMENTO

Se dice que un juramento es una promesa o una declaración de hechos, siempre y cuando se invoque o se mencione a alguien. Hay juramentos de todo tipo, incluso aquellos en los que prometes ser un amigo fiel y al final no solo incumples tu palabra, sino que te conviertes en el peor enemigo que se pueda imaginar. Con este último juramento era con el que más se identificaba ÉL.

Tras un intento fallido por acabar con el sufrimiento de Celia, no tenía ni la más remota idea de qué hacer a continuación. Lo que sí imaginaba era que, si no hacía algo, al final todo lo que tanto trabajo había costado ocultar durante este año se acabaría desmoronando. Muy pronto tendría que actuar. Sabía que los amigos de Celia planeaban rescatarla de aquel hospital psiquiátrico, pero ÉL no podía consentir que eso sucediera; de ser así, todos correrían peligro con Celia fuera de su aislamiento. Ahora mismo, Celia representaba un gran riesgo para todos, incluso para sí misma. Con la llegada de ese chico —Ricardo— todo parecía complicarse mucho más. El secreto que parecía haber sido enterrado amenazaba con volver a resurgir de sus cenizas.

En estos momentos, ÉL se encontraba en paz y armonía en aquel lugar, que era el único sitio donde refugiarse. Pertenecer a ese grupo le hacía sentirse bien consigo mismo, ya que afuera todo se veía mucho más turbio. Le tranquilizaba la textura del traje que llevaba puesto y el aroma que se respiraba en aquel lugar. Ya todo estaba a punto de comenzar.

* * *

La gente empezó a ocupar sus asientos y el rabino inició la ceremonia. Se encontraba en la iglesia San Juan de Letrán, en el sacrificio de sangre anual de Los Hijos de Caín.

Gustavo sentía que estaba a punto de llegar a la meta. El

caso en el que había trabajado y que tanto le atormentó durante este año llegaba a su fin. Les contrató una fuente anónima, a él y a su socio Pastaso, para actuar frente a Alfonso Mairén, pero cuando las amenazas y las muertes empezaron a llegar, supo que el asunto se les había escapado de las manos.

Ahora, Gustavo y su jefe intentaban hallar, de una vez por todas, el paradero del niño. Sofía se encargaría de ayudarles indirectamente, pero la investigación principal la llevaban ellos dos. Sofía y su jefe no se conocían; cuando ella dejó la empresa, aún la regentaba el antiguo director.

Se encontraban no muy lejos de la iglesia. Si todo encajaba, el sacrificio del niño, probablemente Jonathan Velázquez, estaría por comenzar. No es que fuera muy fácil colarse dentro de la ceremonia, solo los miembros de la hermandad podían tener acceso al evento. Afortunadamente ellos contaban con una ventaja: ese día los miembros irían vestidos con la misma indumentaria, un traje negro de penitente, con un cinturón de cuerda color vino y una capucha acabada en punta; lo único visible del rostro serían los ojos. De ese pequeño detalle era del que se iban a aprovechar ellos.

Dentro del coche, Gustavo y Sofía intentaban asemejarse a los miembros del ritual:

—¿Entonces Esperanza no sabía nada sobre la relación que tenía su marido con esa hermandad? —dijo Sofía.

—Nada. Lo que sí va a conseguir son pruebas médicas que corroboran los malos tratos a los que se vio sometida después de la muerte de Jonathan —le contestó Gustavo.

—Perfecto, así quizás podamos darle a ese enfermo mental lo que se merece.

—Hiciste muy buen trabajo haciéndote su novia. Has sido muy valiente.

La cara de Sofía se entristeció:

—Gustavo, yo realmente estuve enamorada de Antonio. No me hice su novia para obtener información. La información la obtuve cuando empecé a ver cosas oscuras en él. Cuando se iba acercando la fecha del aniversario en que su hijo murió, cambió radicalmente su forma de ser. Digamos que tanto tú

como yo empezamos a investigar por separado, pero por razones muy distintas: yo por no saber qué le estaba pasando a mi novio y tú por el sentimiento de culpa.

—Jamás debería haber aceptado ese encargo. No sabes la carga psicológica que conlleva el arrastrar la muerte de los padres de Ricardo y del señor Pastaso.

—No es tu culpa y lo sabes. Os tendieron una trampa. Tú accediste a hacer ese trabajo únicamente por un arrebato de celos hacia Ricardo. No querías ni deseabas la muerte de sus padres —intervino Sofía y acarició suavemente el pelo de Gustavo, para tranquilizarle.

—Ojalá pueda recompensar a Ricardo por el papel que me tocó hacer ese día. Por contribuir a que su padre investigara y que acabara muerto. Ojalá pudiera echar atrás el reloj para evitarlo.

—Ahora tienes la oportunidad de recompensárselo. Estamos muy cerca de la verdad —dijo Sofía con una gran sonrisa en sus labios.

Y salieron del coche tras ponerse los gorros de capuchino, que dejaba escondidas sus verdaderas identidades.

* * *

Todo cambio requiere un sacrificio; por eso nos atrevimos, en aquel momento, a burlar la seguridad del hospital, sin prever las consecuencias que muy pronto llegarían. Nos equivocamos completamente al tomar esa decisión…

El Hospital Psiquiátrico de Neón estaba situado en la localidad de Sanlúcar de Barrameda, en la provincia de Cádiz. Lo que era una zona de talleres, almacenes y viviendas antiguas más tarde se convirtió en hectáreas de edificios modernos donde se encontraba aquel edificio inteligente.

El doctor Lazariaga fundó ese hospital; en el que llevaba las unidades de mujeres, aunque su especialidad era la electroencefalografía, que también practicaba en su consulta particular. Tenía una muy buena formación, tanto neurológica como psiquiátrica, y había publicado algunos interesantes trabajos sobre meningoencefalitis.

Se trataba de un edificio inmenso casi escurialense. Un

enorme cuadrado de pasillos y tránsitos anchísimos y altísimos de techo. Las ventanas solamente se ubicaban en lo alto, de forma que el exterior no era visible. A la mitad de uno de los lados, la entrada principal. A la derecha, todas las unidades de hombres y a la izquierda, las de mujeres. En el lado enfrentado con la entrada había una gran capilla, separada a su vez por mamparas de madera, de unos tres metros de alto, en la zona izquierda de hombres y en la derecha, de mujeres. Cada grupo accedía por su lado, de forma que no se mezclaban ni se veían los dos grupos. Una de las creencias del Hospital de Neón es que la presencia del otro sexo altera enormemente la agresividad de los pacientes; por eso se decidió que estuvieran separados.

El plan ya estaba montado: entraríamos primero Anna y a continuación David y yo, como si no la conociéramos. Dos guardias de seguridad hacían frente en la recepción. Resultaba prácticamente imposible pasar las puertas mecánicas que daban acceso al hospital. Aunque tuviéramos contacto con la recepcionista, tendríamos que pasar por la barrera de esas dos personas.

Anna vestía ropa informal: una falda corta y medias sospechosamente agujereadas, que denotaban una imagen que no mostraba mucha confianza. En cambio, el papel que nos tocaba interpretar a nosotros, era el de unos ejecutivos trajeados, con corbata y maletín incluidos.

Anna caminó por delante provocando que el sensor de movimiento abriera las puertas de cristal. Los guardias al verla entrar, se pusieron alerta.

—Señorita, ¿a dónde va?

—Hola, agentes. Vengo a ver a mi tía, tengo una cosa muy importante que decirle —dijo Anna, mostrándose un poco más desequilibrada de lo normal.

—Si tiene la tarjeta magnética, enséñela en recepción para entrar, por favor.

—No me la he traído, pero es mi tía y quiero hablar con ella.

—Lo siento, sin tarjeta usted no puede pasar.

De golpe Anna, dando un respingo inesperado que pilló a los

guardias por sorpresa, salió corriendo por el ala este, a través de uno de los pasillos que daba a las habitaciones del personal de limpieza y cuyo acceso no estaba restringido. Corrió sujetando en lo alto un cartel que sacó del bolso y cuyo escrito rezaba «Libertad para los enfermos. La cura no está aquí.» Los guardias tardaron cinco segundos en asimilarlo, antes de correr con todas sus fuerzas tras ella para detenerla; pero gracias a su espontaneidad, Anna iba algunos metros por delante de ellos, ganándoles ventaja y, sobre todo, dejándonos la vía de acceso libre para pasar el acceso privado sin levantar la más mínima sorpresa.

Cristina aprovechó el momento en que los policías nos daban la espalda, persiguiendo a Anna tras el pasillo, para salirse de la recepción (su puesto de trabajo) y reunirse con nosotros.

—¡Deprisa! ¡No hay tiempo que perder! —gritó Cristina.

Pasó su tarjeta personal como empleada del hospital por la ranura de identificación de las puertas inteligentes y pudimos adentrarnos en el vestíbulo central, con la máxima discreción ya que en cualquier momento podría pasar por ahí personal del edificio. Nos condujo a los ascensores y pasó de nuevo su tarjeta identificativa para que el ascensor nos trasladara a la planta donde se encontraba Celia.

En la puerta del ascensor, Cristina se despidió de nosotros:

—Subid a la planta número ocho, tirad por el pasillo de la izquierda en dirección a la unidad de mujeres y permaneced en el baño de minusválidos que encontraréis a vuestra derecha. Tened cuidado de no encontraros con Antonio Velázquez; ya tendría que haber bajado a cenar al restaurante del hospital y estará allí media hora. Hemos dado la orden de que durante esa media hora vamos a estar cambiando de ropa y aseando a Celia. En cinco minutos tiene que llegar mi compañera a darme el relevo; en cuanto llegue, pasaré a buscaros por el baño para entrar en la habitación y sacar de allí a Celia.

Lo que no sabíamos mientras ascendíamos a la planta octava era que nos cruzaríamos con Antonio Velázquez, que bajaba al restaurante en ese preciso momento por el ascensor de al lado.

* * *

Sofía y Gustavo estaban a punto de descubrir lo que se escondía detrás de la secta Los Hijos de Caín. Lograron infiltrarse con mucho sigilo, con el atuendo tenebroso que dejaba oculta su identidad. Cuando se adentraron en la iglesia de San Juan de Letrán, el panorama era fantasmagórico. Más de cien personas, todas vestidas con aquel traje oscuro ocultando sus caras, estaban arrodillados en los palcos de la iglesia, orientados hacia el punto central de la misma. Todos aguardaban en silencio y tan solo se oían murmullos en la estancia. Daba miedo ver una escena de ese calibre; tanto a Gustavo como a Sofía se les hacía tremendamente extraño presenciar aquel acto.

Fueron caminando junto a los últimos participantes que faltaban por acomodarse, y se arrodillaron en dos huecos vacíos que había en la segunda fila. De fondo, se escuchaba una música de órgano, que era igual o más terrorífica que aquella escena.

San Juan de Letrán estaba decorada con grandes ventanales con motivos religiosos impresos, aunque el más grande de ellos, el que resaltaba, era una escena de Caín matando a Abel, como lo cuenta el pasaje de la Biblia.

Sofía y Gustavo, permanecían atentos a todos los movimientos, y a lo que estaba a punto de ocurrir…

La música cambió y se volvió más fuerte. El silencio entre los asistentes era sepulcral. De un lateral del punto principal —que parecía ser el escenario de aquel lugar— apareció una mujer vestida de blanco y con cofia. Lo único que mostraba eran sus ojos, pero no con dos agujeros como nuestro disfraz, sino con un cuadrado que dejaba entrever su entrecejo también. Se situó en el escenario, delante de los asistentes, se arrodilló en el suelo y cogió un bol grande de metal que estaba situado en el suelo desde que llegaron.

—Qué está haciendo? —preguntó Gustavo.

—No lo sé, pero cállate o nos descubrirán.

Ellos no lo sabían, pero el sacrificio de sangre que estaban a punto de presenciar se llamaba «*EBOY EYE*», ‘ofrenda de fuerza vital’, y es algo que no es satánico ni nada que se le parezca, sino algo que aparece en la Biblia. Era y es parte de la antigua

tecnología espiritual para ayudar en los casos que lo ameritan; los hebreos lo tomaron de las más antiguas tradiciones, como la tradición Yoruba, que viene de 20.000 años atrás, cuando fue establecida por el patriarca Baba *Odúdùwá*, aunque sus vestigios vienen de hace 50.000 años atrás.

Si vas a la Biblia, Levítico, allí encontrarás las reglas de los sacrificios que hacían antiguamente los hebreos en el Templo. Esto con la destrucción del Templo cesó, pues ya no preparaban sacerdotes para realizar esta parte del ritual. Por eso ahora no lo hacen abiertamente los judíos, no hay *kohanim* (sacerdotes) ni templo para realizarlos, pero todavía ciertos kabalistas judíos realizan algunos rituales de sacrificio, como en el día del Perdón de los Pecados; que coincidía justo con aquel día, en Jerez de la Frontera. Los Hijos de Caín, seguramente sería una de las pocas, por no decir la única secta que hacía esos sacrificios en el siglo XXI.

El rabino, un hombre de unos 80 años, de mediana estatura y una larga barba blanca, salió desde atrás de la mesa de la sala principal, en dirección a la mujer, puesto que ella le daba la espalda, y rezó una oración en un extraño idioma. La sorpresa de Gustavo y Sofía ocurrió cuando escucharon repetir esa oración a todos los demás. Para ellos era tremendamente difícil seguirlos, por la complejidad del idioma: «*Zeh chalifosi, zeh t'murosi, zeh kaporosi; zeh hatarn'gol yelech l'misoh, va'ani elech l'chaim tovim arukim v'shalom*».

Para los que entendían, traducido al castellano significa:

«Este es mi intercambio, este es mi sustituto, esta es mi expiación, esta vida irá a la muerte, y yo iré a tener una larga vida de Paz». El sacrificio se hacía a cambio de energía de vida, salud, bienestar.

Todavía tiene mucha más profundidad, en ciertas partes cerca de Israel. Durante la segunda guerra mundial, ciertos viejos rabinos kabalistas judíos de Irak e Israel hicieron sus rituales kabalistas con animales, para evitar la invasión y la muerte que podría ocurrir con la ocupación Alemana dirigida por el mariscal Rommel. Este ritual lo hicieron desde un avión sobrevolando el área de Israel y vertiendo la sangre de montones de pasajeros por la compuerta de un avión

bombardero de la Fuerza Aérea Inglesa. Los alemanes no pudieron invadir ese área de Israel, por lo tanto falló la invasión de Rommel. Ellos hicieron un círculo de sangre, para evitar que la muerte y el derramamiento de sangre llegaran a ese área; eso fue por aquel entonces.

En los tiempos de ahora, lo que Gustavo y Sofía se esperaban era mucho peor. Del techo, proveniente de la cúpula de la iglesia, descendió una plataforma de metal, ligeramente inclinada hacia delante, sujeta por cadenas. Gustavo y Sofía se horrorizaron cuando vieron que en la plataforma, tumbado encima de ella, estaba atado el cuerpo de una persona, pero no de un adulto, no, ¡de un niño! El tamaño era suficiente para que cupiera encima de él un niño de siete años, y, según fue bajando la plataforma justo encima de la mujer que sujetaba aquel recipiente, lo evidente empezaba a resultar aún más claro: ¡Pretendían asesinar a aquel niño y que la sangre cayera en el envase de esa mujer!

Gustavo y Sofía estaban asustados y nerviosos; no sabían qué hacer. Todos los asistentes rezaban sin parar esa oración una y otra vez. Todo aquello parecía fruto de sus peores pesadillas. Lo que no lograban distinguir era la cara del niño, puesto que la plataforma estaba perpendicularmente respecto a ellos y lo único que podían ver era su coronilla, con media melena y pelo castaño. No había forma de saber si se trataba de Jonathan Velázquez.

La plataforma paró justo encima de la mujer, (que permanecía sin inmutarse arrodillada en el suelo). El rabino bordeó la plataforma, que le quedaba justo a la altura de su pecho, y extrajo un cuchillo de su sotana, dirigiéndolo hacia el niño, y gritando sin parar esa electrizante oración.

Era momento de actuar. Gustavo salió de la tercera fila y corrió apresurado hacia el centro de la sala.

—¡Quieto! ¡Suelte ese cuchillo!

Gustavo apuntaba con una pistola directamente al rabino. El espectáculo que sucedió a continuación era dantesco. La gente empezó a chillar, como si estuviera aterrorizada. Parece que no se daban cuenta de que el verdadero horror era lo que ellos estaban a punto de provocar. El rabino, ante la amenaza de

Gustavo, subió el cuchillo al aire sin saber qué hacer.

—Suéltelo muy lentamente y no les haré daño.

Sofía, que ya se había situado a su lado, se dirigía al resto de los invitados:

—¡Sois todos unos asesinos! ¿Cómo podéis permitir hacer esto a un niño inocente?

El rabino dejó caer el cuchillo al suelo.

—¿Qué diablos estáis haciendo? ¿Cómo os atrevéis a interrumpir un acto tan conmemorativo y especial como este?

—No me haga sentir culpable —le contestó Gustavo—. Aquí el único que está cometiendo un delito es usted. Suelte al niño, y hágalo ya, si no quiere que salga nadie herido de aquí.

—¡Hágale caso, y sin más trucos satánicos! —dijo Sofía.

—Muy bien...

El rabino desató aquel cuerpo y lo levantó en sus brazos con una fuerza asombrosa; aunque más asombro se llevaron Gustavo y Sofía cuando vieron que lo que aquel anciano sujetaba no era más que un muñeco de trapo, cuyo cuello estaba forrado con una bolsa de sangre animal. El instinto de Gustavo fue bajar el arma de golpe.

—Espero que estéis contentos. Habéis retrasado todo el acto de hoy por una estupidez. No sé cómo podíais pensar que íbamos a matar a un niño. Eso hace siglos que se dejó de hacer. Nadie de los que están hoy aquí es partidario de ninguna muerte humana. Toda la sangre que hay aquí es de gallinas; de nada más.

Gustavo se quedó mudo. No podían creérselo. Todo lo que habían perseguido, no era más que un montaje. No había ningún tipo de sacrificio en Los Hijos de Caín.

Sofía, cuya expresión oscilaba entre la decepción y vergüenza, musitó:

—Lo siento. No queríamos...

—¡Fuera de aquí! ¡Ya habéis molestado bastante! —les espetó el rabino.

Mientras, Gustavo y Sofía, que abandonaban la iglesia sin

sus gorros de capuchino, tenían que soportar los abucheos e insultos por parte de aquellas personas. ÉL en cambio se mantenía callado; había reconocido a la novia de Antonio Velázquez de inmediato. Algo no marchaba bien, y ÉL tenía que hacer algo antes de que pasara algo peor. No tardó ni dos segundos en escribir un mensaje al móvil del padre de Jonathan y Celia.

* * *

Aguantamos escondidos en aquel baño de minusválidos durante diez minutos. Gracias a Dios, habíamos conseguido llegar sin ser vistos por Antonio Velázquez. Unos minutos más que aprovechamos; ya que lo que descubrí en el baño era algo que no me esperaba.

—Bien, ahora a esperar. Habrá que hacerlo bien —dije a David.

—Sí —contestó—. Tú te encargarás de sacar a Celia por la salida de emergencia que te indicará Cristina, mientras ella y yo recogemos todas sus pertenencias.

Sin darme cuenta mi cara mostraba cierta antipatía. No me hacía ninguna gracia permanecer con David en un espacio de 2 metros cuadrados. Precisamente con aquella persona de la que más desconfiaba.

—¿Qué pasa?

—Nada, que no entiendo tu actitud, David. No sé qué coño pasa entre César y tú. No lo entiendo, si antes erais tan amigos que...

Obviamente ocultaba las verdaderas razones de esa desconfianza, ya que mi verdadero motivo era la foto que encontré entre los papeles de mi padre, en las que la cara de David aparecía tachada.

—Verás, Ricardo, hay una cosa que no te he contado. Algo en que nos equivocamos...

—¿A qué te refieres? ¿Os equivocasteis quiénes?

—Anna y yo. Ella y yo mantuvimos una relación mientras estabais juntos. Desde que las cosas contigo empezaron a ir mal

hasta el año pasado, cuando sucedió lo de Celia.

Mi cara quedó desencajada. Anna me había traicionado mientras estuvo conmigo. Posteriormente David me contó que César descubrió esa traición y que en ese periodo fue cuando iniciaron su enfado. Desde entonces, la relación entre ambos se torció. Sin embargo, César no le había delatado. Supongo que consideró que ya tenía suficiente con lo de mis padres, como para encima cargar sobre mis espaldas con eso también. Mi ceño se terminó frunciendo del todo. Me sentía decepcionado, tanto por mi amigo David como por Anna. Al ver que yo no decía nada, él reaccionó:

—Fue algo inevitable, Ricardo. Lo siento mucho, pero prefería decírtelo antes de que hicieras más preguntas. Te juro que no lo hicimos a mala fe y que no pensaba que fuera a molestarte tanto.

—Cuando todo esto acabe, David, no quiero saber nada más de vosotros dos.

Mi tono en esa simple frase había aumentado de volumen apenas sin darme cuenta. En esos momentos llegó Cristina.

—Vamos, tenemos el tiempo justo para sacar a Celia. Ya está todo preparado.

Salimos del baño y nos dirigimos al fondo del pasillo, seguidos por Cristina. A la derecha se encontraba la habitación 204; donde estaba Celia. Pasó la tarjeta por la ranura identificadora y entramos en su interior…

* * *

Gustavo y Sofía habían metido la pata hasta el fondo. Fueron siguiendo la pista que dejó aquella misteriosa fuente en boca de Rodolfo Pastaso y les condujo a un callejón sin salida. Después de 20 minutos desde lo que ocurrió, en una calle pequeña de Jerez de la Frontera a la salida de San Juan de Letrán, fue donde permanecían tras haber salido expulsados de aquel acontecimiento. Había empezado a llover a golpe y porrazo, y seguramente, además de haber arruinado la procesión, se cancelaría por la lluvia.

—No puedo creérmelo. Parecía tan evidente…

—Era un acto simbólico. No pretendían matar a nadie. Ahora lo entiendo todo; fue un montaje. Seguro que ni siquiera está el nombre de Antonio Velázquez entre los miembros de Los Hijos de Caín. No sé cómo hemos podido ser tan tontos.

—Todo era un señuelo para conseguir distraernos. Seguro que el papel de Rodolfo Pastaso era contar una mentira para llevar a Alfonso Mairén por otro sitio. Pero ¿por qué?

—Creo que es muy simple, Sofía. La fuente que nos contrató es la responsable de la muerte de Rodolfo y de los padres de Ricardo; estoy seguro de que ha sido el mismo Antonio Velázquez quien está detrás de todo esto. Es algo con lo que mi jefe y yo ya habíamos contado.

—¿Tu jefe? ¿Te refieres al jefe actual de Hypnos? ¿Por qué coño no me has contado que había alguien más en todo esto?

—Él prefirió actuar por detrás, desde el anonimato. Debíamos descubrir lo que estaba pasando. Es algo que a él le afectaba muy a nivel personal. Es algo que no te he contado todavía; pero tú a él le conoces.

—¿Que le conozco? ¿Quién diablos es?

En esos momentos no pudieron seguir la conversación. La lluvia había empezado a caer con una fuerza sublime. Toda la multitud de Los Hijos de Caín había entrado en la calle a toda prisa huyendo de la lluvia. Sofía ya no veía a Gustavo. Solo veía cuerpos de penitentes sin rostro, que parecían mirarla fijamente mientras les esquivaban en mitad de esa pequeña calle. Sentía una gran vergüenza, mezclada con un terrible terror. Era una angustia ver a esos capuchinos negros cruzándose a toda velocidad con ella. Parecía que fueran a atacarla. De repente Sofía se quedó helada. Una de esas sombras parecía acercarse a ella mucho más que las demás, juzgándola con sus diminutos y oscuros ojos. En ese último instante, Sofía sintió un escalofrío...

* * *

Parecía que esa iba a ser una cena muy tranquila. Unas velitas, un elegante mantel, una suculenta cena, una tranquilidad relajante, y su postre favorito: una exquisita tarta

de chocolate. A Antonio Velázquez no le gustaban los típicos restaurantes donde el bullicio era insoportable. Prefería sitios más apacibles, y no había nada más calmado que el restaurante de un hospital privado. Desgraciadamente para Antonio Velázquez, la calma se terminó cuando escuchó el sonido de su móvil. Pensaba que se trataba de Sofía, contestando su mensaje de vuelta; pero, cuando descubrió que no conocía el remitente, se empezó a poner nervioso:

«Esta noche está planificada una misión para sacar a Celia del hospital»

Antonio Velázquez no tuvo tiempo de reaccionar disimuladamente. Cuando el camarero estaba sirviéndole una copa de Rioja, se levantó de golpe empujando al empleado y salió apresuradamente del restaurante, ante la mirada alarmada de los comensales.

* * *

Cuando sus amigos entraron en la habitación, la mirada de Celia continuaba perdida. Su necesidad de hablar y contar todo era insufrible, pero la parálisis física y psíquica, que le había consumido gracias a los fármacos que le suministraba su padre y a la conmoción que le causo presenciar lo que vio aquel día; hacían que Celia no pudiera salir de su aislamiento. Ella vio entrar por la puerta a sus tres amigos, Ricardo, David y Cristina. «Pobre Ricardo», pensó; no se daba cuenta de dónde se estaba metiendo y de hasta qué punto se vería perjudicado.

—Bien, chicos —dijo Cristina—, voy a recoger las cosas que hay en la terraza de la habitación. Tú, Ricardo, sacarás a Celia por la rampa de la salida de emergencia que hay al final del pasillo. David, tu recogerás todo lo que hay en su cuarto, ¿ok?

Pensé que no íbamos a tener tiempo suficiente. Me acerqué a Celia, la cogí en brazos y la coloqué en la silla de ruedas. Quité el freno de emergencia y empecé a empujar de la silla, dirigiéndole hacia la salida.

—Ven, te ayudaré con eso —dijo David.

Y empezó a empujar la silla conmigo, ya que la moqueta de

aquella habitación no estaba apropiadamente preparada para salir corriendo con alguien en una silla de ruedas. Cristina estaba en la terraza recogiendo las cosas que el padre había dejado allí, era un albornoz y algo de ropa que había colgado su padre para airearla y un albornoz. Lo que yo no sabía en ese momento era que mientras estábamos saliendo de la habitación, arrastrando a Celia, a Cristina mientras recogía las cosas se le había caído la tarjeta de seguridad justo debajo del balcón, en un peldaño que servía como salida de escape en caso de inundación.

Cristina, desesperada, había saltado la valla del balcón, para poder llegar al peldaño donde había quedado depositada la tarjeta. Procuró no mirar abajo, ya que si daba un paso en falso, tenía ocho pisos bajo sí misma, para caer y no terminar de muy buena manera.

Cuando estábamos ya en el pasillo con Celia, escuchamos abrirse la puerta del ascensor en esa planta y nos quedamos de piedra cuando vimos salir de él a Antonio Velázquez, con su cara desencajada por la furia, y corriendo directamente hacia nosotros.

—¡Hijos de puta! ¡Dejad a mi hija!

—¡Corre Ricardo! ¡Ve a la salida de emergencia y sácala de aquí! ¡Yo lo detendré! ¡Deprisa!

Me quedé sin palabras y mi única reacción fue la apropiada. Empujé a Celia, con todas mis fuerzas desapareciendo y dejando atrás la habitación. Mi tranquilidad vino más tarde cuando me di cuenta de que ya no corría peligro.

Antonio Velázquez estaba fuera de sí, nada más llegar pegó un puñetazo a David en la cara. Él supo reaccionar y se metió a toda prisa dentro de la habitación.

—Tenías que ser tú quien estaba detrás de todo esto — gritó —. ¡Voy a matarte maldito hijo de puta!

Antonio entró en la habitación siguiendo a David, que se encontraba aterrorizado. Al entrar, dio un portazo a la puerta del balcón, lo que provocó que Cristina se resbalara justo cuando iba a coger la tarjeta de seguridad. Cristina había perdido totalmente el equilibrio sobre aquella inestable

plataforma, y ahora únicamente se encontraba sujeta a uno de los barrotes de la valla, con ocho pisos de altura esperándole bajo sus pies. Antonio Velázquez parecía poseído por el mismísimo diablo, empujó a David. y este cayó al suelo, empezó a apretar su cuello con una presión que parecía la mismísima bestia del infierno. Desafortunadamente para David, Antonio Velázquez únicamente dejó de apretar su cuello cuando él dejó de respirar.

—¡ALTO! ¡POLICÍA!

Cristina no podía aguantar sujeta con su mano por más tiempo en aquel barrote. Sabía que estaba a punto de morir si no conseguía hacer algo. Fue justamente en el momento que iba a soltar su mano y a precipitarse al vacío cuando escuchó aquellos disparos.

* * *

Sofía estaba aterrorizada; había sentido tan cerca la respiración de Los Hijos de Caín que se quedó petrificada. Vio alejarse por aquella calle estrecha a todas esas terroríficas sombras, y al volver la mirada hacia delante, vio a unos pasos más arriba, a Gustavo de pie.

—Vaya miedo, ¿eh? Anda, vayámonos de aquí, que por hoy hemos tenido suficiente.

Gustavo tan siquiera se movió. Continuaba de pie, dando la espalda a Sofía, como si fuera un mimo de calle.

—Gustavo..., ¿a qué estás esperando?

Todo pasó muy rápido. Gustavo se desplomó en el suelo y Sofía se acercó desesperada hacia él, cuando descubrió que tenía una herida de arma blanca bajo sus costillas. Sofía lloraba desconsoladamente arrodillada en medio de la calle, cubierta de sangre y con el cuerpo de Gustavo desangrándose. La ambulancia tardó algún tiempo en venir.

Hay muchas clases de juramentos. Algunos de origen político, otros de origen religioso y otros de tipo sentimental. Hay juramentos que podemos llegar a cumplir y otros que nos tocará esperar hasta la eternidad para verlos satisfechos. Gustavo se había jurado a sí mismo llegar hasta el fondo de la cuestión para descubrir por qué

habían matado a su compañero Rodolfo Pastaso. Lo que no se esperaba es que su cuerpo no fuera a llegar con vida al hospital, ya que su tiempo se le había acabado.

K DE KAMIKAZE

Hay algunos que se aferran sin miedo a algo menospreciando el peligro que van a correr. Son aquellos que, sin pudor, atraviesan una salida para conseguir lo que sea sin importarles lo que pueda pasar o el daño que puedan ocasionar.

La persona que dirigía Hypnos no se sentía orgullosa de sus actos. Lo que había conseguido durante los últimos años no era precisamente lo que había deseado, puesto que había sido el responsable de haber metido en aquella encrucijada a Gustavo y a Rodolfo Pastaso.

Había abandonado su cargo a partir de los sucesos del caso de Albagranera, aunque desde entonces se había mantenido muy cerca, implicado al máximo. Ahora, la dirección de Hypnos estaba en manos de Gigi, su antiguo ayudante.

Se sentía tremendamente culpable por haber metido en aquel lío a Rodolfo Pastaso, al cual apreciaba muchísimo, pero su muerte había sido necesaria para lo que vendría más adelante. Rodolfo aceptó sin miramientos el trabajo por la amistad y lealtad que les unía.

Recluido en su domicilio paseaba de un lado a otro pensando en el próximo paso a seguir. Tenía muchas fotos sobre la mesa y algunas colgadas en la pared. La primera imagen representaba a los padres de Ricardo, la cual lucía una enorme cruz que los tachaba; la segunda era de Rodolfo Pastaso, cruzada también por una cruz negra; y la tercera era una imagen de Gustavo... Con un boli trazó encima de ella la misma cruz, tachándola.

Esa cruz indicaba la muerte. Hypnos había sido la responsable de la muerte de todas esas personas. Tomó otra imagen y la colocó a continuación de la de Gustavo. Era la foto de Sofía.

* * *

El episodio del Hospital de Neón me impactó demasiado. De todos modos, apenas un cuento de hadas, comparado con lo que había de suceder más adelante.

Antonio Velázquez descubrió nuestro plan, pero eso no alteró el resultado. Conseguimos alejar a Celia de las garras de aquella bestia. Quien jugó un gran papel en este suceso, aun sin estar presente, fue Esperanza Velázquez. Fue ella quien se decidió a contar, y sobre todo a demostrar, los malos tratos que Celia recibía de Antonio. Gracias a ello, la policía llegó justo a tiempo de impedir que Antonio Velázquez matase a David. Pero, ¿por qué ese odio hacia David? ¿Porque era el cuidador oficial actual de Celia? También Cristina estuvo a punto de caerse, por descuido, desde un octavo piso; y también había llegado la policía en el momento justo y lo había impedido.

El peligro había cesado. Antonio Velázquez dormía ya en prisión y esperábamos que fuera durante mucho tiempo. Celia había vuelto a casa; ahora sería más fácil conseguir que ella hablara. Y lo mejor de todo: ninguno de sus amigos había resultado herido. David se encontraba en urgencias, pero al mediodía le darían el alta. Pensé que el hecho de que Anna y él me hubieran engañado cuando estaba saliendo conmigo era una nimiedad comparado con todo esto. Por eso pedí perdón a David allí mismo, junto a la cama del hospital.

Por fin ese hombre enfermo había desaparecido de nuestras vidas. Pero aún quedaba por desvelar el mayor interrogante: ¿Dónde estaba Jonathan Velázquez?

Acababa de salir de la habitación donde permanecían Anna y David. Ella también había escuchado mis disculpas, aunque se había mantenido al margen, cuando me referí a la infidelidad. Simplemente, no habló, y yo tampoco quise tocar el tema. Si no tuvo valor para contármelo en su día, no tenía por qué tratarlo con ella ahora.

Cuál fue mi sorpresa, cuando al salir al pasillo de urgencias me encontré con Sofía. Era una imagen que ya había vivido antes: ella llorando sentada en un banco. Sofía me inspiraba cierta ternura, aunque no sé por qué: me había mentido, me había denunciado por algo que no había hecho, y había robado en mi domicilio y violado mi intimidad. Aun así, Sofía había

significado algo para mí hacía algún tiempo aunque no llegara a pasar nunca nada entre nosotros. Me acerqué a ella para averiguar qué le pasaba y, al verme y sin mediar palabra, se levantó y me abrazó con todas sus fuerzas mientras empapaba mi hombro de lágrimas.

* * *

Antonio Velázquez caminaba por los pasillos de la cárcel, una prisión histórica situada justo a la entrada de El Puerto de Santa María. En el patio, una fuente de agua de pie, donde juegan y hacen sus suertes los presos, mofándose unos de otros, y entreteniéndose para pasar el tiempo y desechar melancolías. Alrededor del patio, hay catorce calabozos que son aposentos, y algunos entresuelos donde antiguamente alojaban a los presos a los que querían dar tormento, aislándolos de todo contacto humano y de cualquier remedio para sus males.

A la entrada de la cárcel, a mano izquierda, está la zona de las mujeres, con tres puertas de madera, dos de ellas enrejadas.

En el interior, un patio y agua de pie, capilla y enfermería y una habitación donde reside la funcionaria que las rige. Las peleas entre las presas son frecuentes y muy reñidas, ya que hay algunas valentonas y agresivas, que se dedican a estafar a las presas nuevas.

Antonio llevaba solo unas horas en prisión y ya había sufrido el acoso de los presos. Y es que el Sr. Velázquez era bien conocido por su puesto como político; había gente que aún le acusaba, después de un año, de haber matado a su propio hijo. Uno de los presos más osados, el Nalo, acompañado de su séquito de víboras, dedicó unos minutos a mofarse y a ridiculizar a Antonio delante de todo el mundo, soltándole frases como: «¿Dónde has metido a tu hijo, papito?», «Pederasta», «Maricón» y otros variados calificativos que no eran precisamente del agrado de Antonio. De pronto, uno de los guardias se dirigió a él: «Antonio, tienes visita», le dijo. El Sr. Velázquez no podía imaginar quién se habría acordado de él, porque, hasta lo que alcanzaba a entender, todo el mundo, sin excepciones, sentía por él más odio que aprecio. Cuando vio de quién se trataba se sentó, sin inmutarse. Descolgó el

auricular para hablar a través del cristal. ¿Cómo no se le había pasado por la cabeza que fuera precisamente su mujer quien lo visitaría en su nuevo hábitat? En esta ocasión, Esperanza Velázquez no estaba triste. De hecho, lucía una leve sonrisa, como si disfrutara del momento. Sin hacer esperar más a su marido, descolgó el auricular.

—Esto sí que es una sorpresa —dijo Antonio.

—Solo he venido a traerte esto. Es una carta de tu hija —respondió Esperanza.

Esperanza deslizó un sobre por la rendija abierta entre los cristales, destinada a recibir cartas de enamorados, aunque no en este caso. Dudaba mucho que Celia, en el estado que se encontraba, fuera capaz de escribir ninguna carta. Cuando abrió el sobre, el mensaje escrito era muy claro:

«*PUEDES IRTE AL INFIERNO*»

Antonio no se sorprendió en absoluto, sabía que su mujer estaba enfadada. Ella no comprendía que todo lo que estaba haciendo era precisamente por el bien de Esperanza.

—Muy conmovedor. Pero podrías decírmelo a la cara —dijo Antonio.

—No te imaginas cuánto tiempo he estado esperando este momento. Al final, decidí dar el paso y aceptar las cosas como son. Eres un maltratador al igual que lo era mi padre. No te imaginas el daño que me has causado, no te imaginas lo humillada que me he sentido gracias a ti... Has conseguido que acabe detestando a los hombres —dijo Esperanza.

—Sí, se nota. Sobre todo por lo bien que te lo pasas en la cama con tu nuevo amigo David. No sé a quién pretendes engañar. Si querías hacerme daño, haberme matado en vez de meterme en la cárcel. Lástima que no tengas suficientes agallas; no te imaginas cuánto sufrimiento me habrías ahorrado —respondió Antonio.

—No me subestimes, desgraciado, eso habría sido demasiado simple. Hay cosas mucho peores que la muerte.

¿Dónde está mi hijo? Sé que tú lo sabes...

—No sé de qué estás hablando. Yo no sé dónde está

Jonathan —dijo Antonio.

—¡Mientes! ¡Sé que estás mintiendo! —Esperanza se había mostrado tranquila hasta ahora, cuando empezaba a subir el tono—. Sé perfectamente que tanto tú como tu hija sabéis lo que pasó ese día, y también dónde está mi hijo. ¿Dónde lo tienes, maldito hijo de puta?

—Esperanza, ¿por qué no te tranquilizas? Deberíamos darnos una segunda oportunidad, quizás… quizás no sea tarde para volver a empezar algo nuevo —Antonio Velázquez había adoptado una actitud sentimental contrapuesta a la animadversión de su mujer.

—¿¿¿Contigo??? Antes prefiero pudrirme viva que volver a tu lado.

Indignada, Esperanza, se levantó dispuesta a irse. Había fallado en su último intento de saber dónde estaba el niño, y no quería ver a ese hombre durante más tiempo. Antonio, que no se había movido, gritó:

—¡No pierdas el tiempo! ¡Jonathan está muerto! ¡Es inútil que sigas buscando esperanzas donde no las hay!

Sin embargo, ella llevaba la esperanza tatuado en su nombre desde su nacimiento, y era a lo único que se podía aferrar. Se paró en seco, y se volvió hacia su marido:

—En eso te equivocas, Antonio. Si hay algo de lo que estoy segura es de que mi hijo está vivo.

Esa iba a ser la última vez que Esperanza y Antonio volverían a verse. Antonio había mentido; él sí sabía dónde estaba el Niño de Albagranera. Su vida ya no tenía sentido. Todo se había desmoronado. Celia era un verdadero peligro para todos. Habría podido evitar que todo saliera mal, pero ahora el secreto acabaría descubriéndose. Y eso que podía salir de la cárcel si quisiera, gracias a sus contactos. Aunque ahora ya nada importaba, lo inevitable acabaría por suceder.

Cuando regresó al patio, los insultos de El Nalo (el preso de cara cadavérica y carcomida por la droga) se reanudaron: «¿Qué pasa, concejal? ¿Ya le has dicho a tu esposita cómo te follaste a tu hijito?». Antonio se dirigió hacia su habitación en silencio, deteniéndose antes ante la celda de Brotox, un armario

negro de casi dos metros, cabeza rapada y tan ancho como una ballena. Nadie se acercaba a él, todos los presos le temían, pero Antonio no tuvo miedo cuando entró en su celda.

—¿Qué cojones crees que estás haciendo? —aulló el negro.

—Necesito a alguien que me haga un favor. ¿Por cuánto dinero estarías dispuesto a matar a un preso esta misma noche?

* * *

Tardé varios minutos en asimilar lo que me había contado Sofía. Reconoció haberme robado el fax, pero aseguró que no tuvo absolutamente nada que ver con el allanamiento de morada de mi casa. Me quedé a cuadros cuando me contó que había pertenecido a Hypnos, precisamente la empresa a la que yo investigaba y a la que pertenecía Rodolfo Pastaso. También me habló de Gustavo, de esa cierta apatía que sentía hacia mí y de cómo fue asesinado durante el sacrificio de sangre de Los Hijos de Caín. Yo ya les había advertido que lo de Los Hijos de Caín no era más que una farsa, pero Gustavo y Sofía creían fervientemente en ello, y eso les llevó a equivocarse de pleno.

—Lo que no acabo de comprender es por qué atacaron a tu amigo allí; Antonio Velázquez no pudo ser. No entiendo nada. Se supone que Velázquez es el asesino y responsable de los asesinatos —dije yo.

—Pero ¿es que no te das cuenta, Ricardo? Antonio Velázquez no está solo en esto. Alguien colabora con él y creo saber quién es... —Sofía estaba muy alterada. La muerte de su amigo Gustavo la había afectado profundamente.

—¿Qué estás diciendo? —pregunté.

—Hay algo que aún no sabes. Justo antes de morir, Gustavo me contó que estaba llevando su investigación junto al director de Hypnos. Aseguró que yo le conocía, aunque no me dijo quién es.

—Se supone que deberías conocerlo, ¿no? Porque fue también tu jefe.

—No. Cuando yo estaba en Hypnos mi director era otro. Al poco tiempo de marcharme, entró uno nuevo que se encargaba de hacer trabajos algo sucios.

—Y ¿por qué me estás contando esto? ¿Crees que ese director puede saber quién contrató a Rodolfo y a Gustavo y quién pidió ese encargo? —dije yo.

—Ricardo, no te confundas. Está clara la fuente que solicitó el encargo: Antonio Velázquez. Ahora bien, creo que el director de Hypnos quería hacer el trabajo en colaboración con esa fuente. De hecho, era el único que sabía que íbamos a estar en la ceremonia anual del sacrificio de sangre.

—Quieres decir que... —aventuré.

—Sí. El nuevo director de Hypnos colabora con Antonio Velázquez. Y es el responsable de la muerte de Gustavo.

Esto no había hecho más que comenzar. Yo creía que todo había terminado con el encarcelamiento de Antonio Velázquez, pero estaba claro que aún había un asesino suelto que andaba detrás de nosotros, ocupado en que no descubriéramos la verdad sobre el niño de Albagranera. Ya habían quitado de en medio a mis padres, a Rodolfo Pastaso y a Gustavo. Mientras aguardaba en la sala de espera, llevaba en mis brazos la chaqueta de David, que no pude evitar apretar con furia tras lo que me acababa de contar Sofía. Estaba tan cabreado que ni siquiera me percaté de que se caía la cartera de David de uno de los bolsillos de la chaqueta. Al oírla chocar contra el suelo, me agaché para recogerla: había quedado abierta y de ella asomaban las fotos de David y Esperanza Velázquez besándose.

Tras lo ocurrido en el Hospital de Neón, había decidido enterrar el hacha de guerra con David, pero, tras ver esas fotos, toda la rabia que llevaba contenida estalló, impulsándome a desenterrarla y sujetarla con ira y fuerza.

* * *

El exdirector de Hypnos sabía que era cuestión de tiempo que Sofía y Ricardo dieran con él. Había mantenido el engaño hasta el final por su propia seguridad.

Aún quedaban algunas personas por morir. Y él era el responsable de todas esas muertes. Por eso se sentía como un kamikaze, como alguien que se lanza en pos de su objetivo, sin importarle las vidas que se lleva por delante. Alguien capaz de

hacerlo y soportarlo todo, con tal de conseguir lo que quiere. El lema de Hypnos, «Haciendo y pensando nos olvidamos siempre», le describía muy bien.

Sí. Ángel Salvador sabía lo duro que era asumir el cargo de director de Hypnos. Pero al final todo esfuerzo obtiene su recompensa.

Como hemos podido comprobar, nuestro proceder a nivel personal también se ve afectado por una dualidad, pues muchas veces, a pesar de todos nuestros esfuerzos por actuar bien y mantener la alegría y la esperanza, terminamos actuando de manera contraria, atrayendo sufrimiento a nuestra vida. Y es que nuestras acciones pueden ir desde lo que constituye el amor al prójimo y a nosotros mismos, hasta lo que podríamos llamar el total desamor.

Lo positivo de esto es que siempre tenemos la posibilidad de elegir cuál de nuestras dos caras será la que predomine en nuestra vida y por lo tanto qué imagen transmitiremos a los demás. Esto constituye un elemento sumamente importante para saber fehacientemente si somos personas coherentes y auténticas.

Y es que una cosa es ser y otra muy distinta parecer, y aunque todavía en esto cada cual es libre de tomar sus propias decisiones, pienso que quien se comporta de forma transparente y luminosa —sin máscaras que escondan sus defectos o muestren virtudes que NO existen —se asegura que su vida transcurra libremente, ausente de malos entendidos, desavenencias o «cosas ocultas».

* * *

No consideré muy necesario acudir a Hypnos junto a Sofía, ya que seguramente ella sola, al haber estado trabajando allí, se bastaba para conseguir mucha más información que yo. No me extrañé cuando más tarde Sofía me contó que fue idea suya lo de denunciarme por malos tratos para que no corriera peligro. Gustavo, al haber estado de su lado, había terminado asesinado. Si queríamos seguir con vida, no debían descubrir que colaborábamos.

Todavía no salía de mi asombro. El amor de David hacia Celia era totalmente fingido. Si estaba cuidando de ella era porque mantenía una relación con su madre, Esperanza

Velázquez. No podía entender cómo David era capaz de hacer algo semejante, aunque mucho más me sorprendía la madre de Celia. Sin duda, superar el asunto de sus hijos además del maltrato de Antonio Velázquez, había constituido un duro trago; sin embargo, eso no la legitimaba a mantener una relación con el antiguo amor de su hija delante de sus propias narices.

Lo que sí parecía cierto, era que, si Antonio Velázquez colaboraba con un socio, este no era David; porque, de haber sido así, no hubiera estado a punto de asesinarlo. Tendría que ser otra persona, pero ¿quién? David era un traidor; sin embargo, no era capaz de hacerle daño a una mosca.

Toqué el timbre. César me había llamado antes de salir del hospital. Estaba seguro de que le ocurría algo, su tono de voz siempre le delataba. Cuando me abrió las puertas de su casa, tenía los ojos vidriosos, clara muestra de una larga tarde de lágrimas.

Al poco me abrazó y rompió a llorar. Dejé la mochila y el libro que traía en la mano encima del mueble de la entrada.

—¿Qué te ocurre, César? —dije alarmado.

—A Diego le acaban de detectar cáncer de esófago —contestó con un hilillo de voz.

—¿Qué? ¡No me lo puedo creer! —Diego era el exnovio de César y estaban considerando retomar su relación. César estaba realmente triste—. ¿Cómo te has enterado?

—Empezó a dolerle todo el cuerpo y me pidió que le acompañara al médico. Le han estado haciendo pruebas y se lo acaban de decir —la voz le temblaba—. Me ha pedido que me aleje de él mientras tanto, ya que los médicos le han dicho que dudan mucho que se recupere.

—César..., no sabes cuánto lo siento —afirmé desolado.

—No pasa nada, estoy bien. Confío en que se curará, Diego es muy fuerte. Lo que verdaderamente me duele es que quiera pasar este trago él solo. No me deja estar a su lado.

—Bueno, debes considerar si eso verdaderamente te supone un problema. ¿Te has enterado de lo de David? —pronuncié, intentando evitar insistir en el tema de la enfermedad de Diego.

—Sí, Nacho estuvo antes aquí y me lo contó todo. Alucino con lo enfermo que está ese hombre. Podría haber cometido una barbaridad.

Aunque pareciera irónico, Nacho aparentaba tener la misma relación de amistad con César que con su íntimo e inseparable David, aunque entre ellos dos no existiera una muy buena sintonía. César aparcó durante unos instantes el tema de su novio y se distrajo sujetando el libro que acababa de dejar en la entrada.

—¡Vaya! Naturaleza muerta, de Douglas Preston y Lincoln Child. Hace tiempo que llevo queriendo leer este libro. Me encantan estos autores.

—Te lo prestaré encantado en cuanto lo termine —me apresuré a decir, aliviado por el repentino cambio de ánimo de César.

Al pasar las páginas, César se detuvo en el marcador que usaba para señalar por dónde iba leyendo; la postal que encontré en la playa cuando creí ver a Jonathan Velázquez, mientras hacía ejercicio. La imagen mostraba unas manos sujetando una paloma; sobre esta paloma incidía un punto de luz que surgía desde el interior de un corazón situado encima de ella. Detrás de la postal aparecía garabateada una frase.

Solo algo verdadero puede atravesar un corazón cuando todo está escondido en un profundo sentimiento.

—Vaya, qué curioso... —reaccionó César al ver la foto.

—¿Qué pasa? ¿Reconoces esa imagen? —inquirí.

—Claro, es un cuadro cuya pareja está expuesta en el Museo Contemporáneo de Cádiz.

—¿Pareja?

—Sí. Cuando hace meses fui al museo con Diego, el guía nos contó que el autor pintó esta obra junto a otra muy similar. Lo que ocurre es que la que está en el museo es de color rojizo; mientras que esta tiene un matiz azulón, y es en teoría la que se quedó el autor, ya que la otra la donó al museo.

No daba crédito a lo que pasaba. Ese niño que se parecía tanto a Jonathan Velázquez me había dejado una foto de ese

cuadro a propósito. Pero... ¿para qué? No lo veía claro. ¿Estaría ese cuadro relacionado con la desaparición de Jonathan?

¿Querrían tratar de decirme algo? Todo se complicaba cada vez más.

—¿Qué pasa, Ricardo? ¿Qué es lo que ocurre? —preguntó César, sacándome de mis pensamientos.

Entonces fue cuando aproveché para contarle a mi mejor amigo todo lo que había pasado durante los últimos días. Desde la irrupción de Sofía, Gustavo y Rodolfo Pastaso, hasta cómo estaba relacionada la desaparición de Jonathan con la muerte de mis padres. Incluso le conté que David me había desvelado su affaire con Anna, y le mostré las fotos que descubrí de este con la madre de Celia.

—¿Cómo no me habías contado todo esto antes? —preguntó. Sus ojos se habían abierto asombrados según me adentraba en la historia.

—Dijiste que no querías saber nada del asunto —contesté parcialmente avergonzado.

—Ricardo, eres una de las personas a las que más aprecio.

—dijo César, sincero, mientras apoyaba una mano en mi hombro—. Lo siento de verdad si no he tenido en cuenta tus sentimientos. Quiero que sepas que a partir de ahora puedes contar conmigo.

—Te lo agradezco César; eres un gran apoyo para mí. Ahora solo espero que Sofía haya descubierto quién es el director de Hypnos. Debes guardarme este secreto; de otro modo estaremos todos en peligro.

* * *

En lo único que pensaba Sofía era en rezar para que no le ocurriera nada. No resultaría producente que el director de Hypnos, si es que en realidad era el responsable de todo, estuviera al corriente de sus sospechas. Antes de llegar a su destino, hizo una visita a casa de Esperanza Velázquez, para devolver un objeto que no le pertenecía.

Hacía mucho tiempo que Sofía no pasaba por *Hypnos*. Sus

oficinas, en la ciudad de Rota, se encontraban en un pequeño local, escondido en una estrecha callejuela. Lo que más destacaba de su fachada era una pirámide pintada bajorrelieve, con un ojo en su interior. Ese era el símbolo de Hypnos, que simbolizaba la ascensión hacia el saber y la inteligencia. En la civilización inca, ese símbolo representaba la vida; la vida entendida como una ascensión por esa pirámide, mientras nuestro conocimiento aumenta según asciendes hasta la cúspide. Una vez en lo alto, la pirámide se invierte y tu dedicación se vuelca entonces hacia el resto de la humanidad.

Una parábola muy bonita, pero bastante alejada de la realidad.

Sofía bajó por las escaleras desde la entrada y se encontró con una sala llena de sillas y una pantalla con un proyector que apuntaba hacia ella. La sala parecía vacía; sin embargo, tras las sillas, en una mesa independiente, se encontraba la recepcionista que se llamaba Montse.

—Hola. ¿Puedo ayudarte en algo? —preguntó la mujer.

—Bueno... quería hablar con un viejo amigo, el director de Hypnos —dijo deshonestamente, sin poder esconder su nerviosismo.

—Pues has tenido suerte —contestó sonriendo—, ahora mismo le puedes encontrar en la planta de abajo.

—Gracias —contestó Sofía, disponiéndose a bajar. «¡Menuda suerte!», meditó para sí Sofía. Por fin iba a saber de quién se trataba ese misterioso personaje, ya que Gustavo, antes de morir, dijo que conocía a Sofía. Cuando bajó otra planta más y estuvo situada delante de la puerta del despacho de dirección, dudó antes de llamar, hasta que después de unos segundos se decidió a hacerlo.

Para su sorpresa, fue a Gigi a quien se encontró tras la puerta. Gigi había sido compañero de Sofía mientras trabajó en Hypnos. Se trataba de un chico esmirriado de unos 22 años, con rizos alborotados castaños y con un marcado acento italiano. No podía creerse que ese niño hubiera tomado las riendas de Hypnos, y mucho menos que fuera un asesino.

—¡Sofía! ¡Cuánto tiempo sin verte! Estás tan guapa como

siempre —exclamó Gigi. Anduvo hacia ella y la abrazó—. ¿A qué se debe esta visita? —En ese momento Sofía se quedó sin saber qué decir.

—Hola, Gigi. Vaya... no sabía que eras el nuevo director de Hypnos —titubeó.

—Bueno, lo soy desde hace un año. El antiguo director se dedicaba a asuntos más comprometidos, pero desde que le afectó tanto la desaparición del Niño de los Altramuces perdió los estribos, y se empezó a comportar de forma violenta. Al final, decidió pedir la baja voluntaria y me cedió el puesto.

Sofía suspiró. Se alegraba de que Gigi no fuera el que estuviera detrás de todo esto. «¿Perder los estribos? ¿Comportarse de forma violenta?», pensó. Un nombre se le vino a la cabeza: Antonio Velázquez.

—Gigi, precisamente es a él a quien estaba buscando.

¿Tienes alguna forma de localizarle? —la expresión del nuevo director cambió, volviéndose más seria.

—Ni lo sueñes. Eso es información privada de la organización. Olvídalo, Sofía. Además, te aconsejo que te mantengas alejada de ese hombre. Si sigue en el mismo estado desde la última vez que lo vi, sería muy peligroso mantener contacto con él. De todas formas… —detuvo la conversación, mirándola de arriba abajo—... ¿sigues soltera? Si te apetece, podemos quedar un día y cenamos juntos.

Más que como un piropo, Sofía se lo tomó como una ofensa. Subió de nuevo enfadada las escaleras. Gigi empezó a llamarla a voces, pero ella no se detuvo. Lo conocía; sabía que cuando Gigi se negaba a algo no había manera de hacerle cambiar de opinión. Tendría que recurrir a otras tácticas. La chica de recepción permanecía en la misma posición en la que la dejó.

—¿Ya habló con él, señorita?

—Uh... sí. ¡Ah, se me olvidaba! Me ha dicho que pase por su despacho cuanto antes.

—¡Ah! Bien, gracias, ahora mismo voy —Montse, la recepcionista, se levantó rápidamente y se dirigió al despacho del director.

Sofía simuló subir escalones, haciendo creer que se marchaba. En cuanto la mujer se hubo alejado, corrió hacia el archivo y buscó la carpeta de dirección de Hypnos, hasta dar con la ficha personal de antiguo director. En ella se encontraban todos sus datos personales. Sin embargo, a ella solo le interesaba conocer su dirección: calle Alameda, 39; y su nombre: Ángel Salvador. Sofía se quedó pensativa. ¿De qué le sonaba ese nombre? Entonces cayó en la cuenta: Ella no lo conocía personalmente; pero recordaba la ocasión en la que Gustavo le pidió robar el fax que aquel individuo le había dado a Ricardo, la única prueba que demostraba que Alfonso Mairén había mantenido contacto con él. Sofía no podía creerse que el asesino de Gustavo fuera quien había ayudado a Ricardo y a su padre.

* * *

Esperanza Velázquez jamás pudo llegarse a imaginar que su forma de pensar fuera a cambiar tan drásticamente al contemplar una simple imagen. Su vida ya no era como hacía unos años. La otrora hermosa y alegre chica era ahora una mujer atormentada y depresiva, con ansias de venganza. Le entregó todo su amor a Antonio Velázquez y lo único que obtuvo de él fueron las numerosas palizas que le propinaba. Además, tuvo que soportar verle acompañado de esa mujer. Sin embargo, una vez, y gracias a ella, dio con sus huesos en la cárcel, Esperanza se garantizaba que Antonio no pudiera establecer ningún vínculo con otra mujer que no fuera ella.

¿Cómo iba Esperanza a pensarse que iba a estar durante este último año atendiendo y cuidando a la hija de ese hombre? Aquella niña había demostrado un odio visceral hacia ella sin motivo aparente. Era una niña caprichosa, que siempre deseaba ser el centro de atención. Por eso tenía tantos celos de Jonathan cuando nació. Ni se le pasaba por la cabeza que su padre, en un momento dado, acabaría odiándola y considerándola un incordio. En aquel momento, lo único que deseaba Esperanza era que su hijastra recuperara de nuevo la razón y volviera a hablar, ya que solo ella sabía lo que había pasado el día en que su hijo desapareció. Había ya perdido toda esperanza de descubrir dónde se encontraba ese niño por parte

de Antonio, pero Esperanza sabía que lograría su objetivo de un modo u otro.

Acababa de acostar en la cama a Celia para que durmiera un rato, cuando sonó el timbre de la puerta. Al otro lado de la mirilla se encontraba una vecina. Abrió la puerta.

—¿Esperanza? —preguntó la mujer gorda, que denotaba ser la cotilla de la urbanización—. Hola, mira, es que acabo de venir de comprar hace un rato y una chica me dio este paquete para que te lo entregara, ya que pensaba que no estabas en casa.

—¿Una chica? —preguntó extrañada.

Esperanza recibió con cortesía el paquete. Cerró la puerta y se dirigió al interior de su vivienda. Se fijó en un papel que se encontraba pegado a la parte superior de la caja. Era una carta. La leyó:

> *Hola Esperanza.*
>
> *Es la primera vez que me dirijo a ti personalmente, pero sinceramente creo que no tiene mucho sentido que lo hagamos cara a cara, ya que los últimos acontecimientos no lo hacen pertinente. Solo quiero decirte que he salido de la vida de Antonio para siempre. No sé tú, pero creo que es una persona muy peligrosa y que nadie debería tenerle cerca.*
>
> *Sé cómo te sientes o te has sentido, ya que yo también he tenido que sufrir el maltrato físico y psíquico al que nos somete a las mujeres. Quiero pedirte perdón en el caso de haberte causado algún daño, darte las gracias por haber hecho que ese hombre esté entre rejas y por último decirte adiós, porque te garantizo que esta será la última vez que volvamos a tener contacto.*
>
> *Esto que aquí te envío te pertenece; no son más que recuerdos, pero de entre los recuerdos buenos y malos siempre tenemos que quedarnos con la mejor parte.*
>
> *Espero que seas muy feliz. Sofía.*

—¿Que sabes cómo me siento? No tienes ni idea, ni pajolera idea de cuáles son mis sentimientos, Sofía —meditó Esperanza en voz alta.

Reconoció la cámara fotográfica de inmediato. Era la cámara con la que Antonio y ella recogían sus mejores

imágenes, con lo que podía imaginarse lo que iba a encontrar en ella.

Esperanza hizo sus preparativos. Puso el vinilo de la ópera *Nessum Dorma*, cantada por Sarah Brigtman. Abrió una botella de Château Petrus, se sirvió una copa y se sentó en su sillón favorito. Escudriñó las fotos que había guardadas en la memoria de la cámara —esta no disponía de tarjeta de memoria—, durante prácticamente toda la pieza musical. Recordaba los momentos en que fue feliz con Antonio; las fotos mostraban imágenes de ellos dos besándose en la cama, en posturas muy eróticas. Cuando estuvo a punto de soltar una lágrima, la realidad golpeó su conciencia. Su corazón empezó a acelerarse y comenzó a pasar nerviosa las fotos hasta que se detuvo en una en particular. Una que mostraba los pechos de una mujer que no eran los de ella; mientras, Antonio, detrás, le besaba el cuello.

Esperanza dejó la cámara en el sofá y cogió el teléfono inalámbrico. Después de marcar, habló:

—Hola, soy yo. Necesito que me hagas un favor.

Colgó el teléfono y no tardó mucho en coger la botella de vino y hacerla añicos con toda sus fuerzas contra el borde de la mesa.

* * *

Realmente ELLA había pensado que los últimos acontecimientos no habían sido una mera coincidencia. Ese ferviente interés por parte de los amigos de Celia por sacarla del psiquiátrico, esa desviada personalidad que había adquirido Antonio Velázquez, y lo más sorprendente de todo, el asesinato de Gustavo, la confundían. Era precisamente ese último hecho el que más inquietaba a ELLA. Gustavo llevaba mucho tiempo persiguiendo el rastro de Jonathan Velázquez, encontrando solo la muerte. Una muerte igual o peor que la de los padres de Ricardo. Pero ahora todo era diferente, porque lo que en un primer momento parecía un accidente ahora se trataba de un homicidio a sangre fría. Todavía se acordaba de la última conversación que tuvo en el parque con ÉL. Hablaron de Ricardo y de lo peligroso que sería que continuara con las

investigaciones de su padre un año después. ELLA no contaba con que Antonio Velázquez colaborara con alguien para llevar a cabo sus sucias tareas; sin embargo, mucho se temía que fuera precisamente ÉL su ayudante, ya que el asesinato de Gustavo ocurrió durante el sacrificio de sangre de Los Hijos de Caín, a los que ELLA sabía que pertenecía.

* * *

Sofía se lo pensó dos veces antes de llamar a Ricardo Mairén y contarle que el abogado que le ayudaba era el asesino de Gustavo, y puede que de sus propios padres. Desistió. No podía contarle eso a Ricardo. Sofía quiso mantenerle al margen de todo aquello, cuando decidió denunciarle por malos tratos, pero ni siquiera eso consiguió apartarle de toda esa locura. Sin embargo, ahora era el momento. Ya había sufrido las consecuencias lo suficiente.

Finalmente, llegó al domicilio en el que residía Ángel Salvador. Encontró la puerta del portal abierta, pero llamó tres veces para asegurarse de que no había nadie en su casa. Al entrar en aquel lúgubre portal contempló el buzón de su piso y comprobó que efectivamente allí residía el director de Hypnos. Cuando salió del ascensor repitió la operación de llamar al timbre de la puerta tres veces, sin obtener respuesta otra vez.

Durante su etapa en Hypnos, había aprendido a quebrantar con habilidad cualquier tipo de cerradura. Gracias a ello, logró entrar en el interior de la vivienda. Dejó la puerta abierta, considerando una posible huida. Intentó encender la luz mediante el interruptor, pero estaba cortada. Era probable que la vivienda llevara tiempo sin ocuparse. Sofía recordó aquella reflexión budista, «que cada uno de vosotros sea vuestro propio refugio». «¿Es que existe otro refugio?», pensó.

Sofía había contado con tener que dar tumbos por una casa en tinieblas, por lo que sacó una linterna que juiciosamente había introducido en su bolso y la encendió. Todo estaba bastante desordenado: papeles tirados por el suelo, chaquetas viejas arrugadas y colgadas en cualquier sitio, y polvo, mucho polvo por toda la estancia. Caminó conducida por su instinto, entre la oscuridad de aquel piso, hasta que se detuvo frente a lo

que parecía ser un despacho.

Cuando entró en el habitáculo, alumbró a su alrededor. De la pared colgaban diplomas a nombre de Ángel Salvador. Por algún extraño motivo ese despacho se conservaba en mejor estado que el resto de la casa. El orden predominaba en aquella estancia y la limpieza era considerablemente más abundante.

Sofía vio algo que le llamó la atención. Justo en la pared, detrás del escritorio, había unos papeles colgados. Cuando aproximó la luz de su linterna, descubrió que no se trataba de papeles, sino de fotos. Eran los rostros de los padres de Ricardo, seguidos por los de Rodolfo Pastaso y Gustavo. Todos ellos tachados con una cruz. Estaba tan conmocionada que no tuvo tiempo de reaccionar. Entonces vio que en la siguiente foto aparecía el suyo propio.

Las luces de toda la casa se encendieron de golpe. Sofía sufrió un ataque de pánico y salió corriendo por el pasillo en dirección a la salida, pero antes de llegar frenó en seco. Justo en la puerta se encontraba Ángel Salvador mirándole fijamente:

—Hola, Sofía. Te estaba esperando...

—Ángel sujetaba una especie de cuchillo y lo tenía apoyado, clavándolo justamente en el centro de la palma de su mano. Sofía estaba acorralada y sintió que el mundo se le venía abajo. Entonces cayó en la cuenta del peligro que en ocasiones conlleva descubrir la verdad, y se preguntó si no habría sido más sensato dejar las cosas tal y como estaban.

—Creo que tu viaje termina aquí —dijo lúgubre Ángel Salvador, cerrando la puerta con fuerza y echando la llave.

Hay luces que nos enseñan el camino que debemos seguir; otras que dejan al descubierto temores infundados desde hace tiempo; luego hay luces puras y transparentes, mientras que algunas se esconden entre las sombras. Sin embargo, la peor luz de todas es aquella que se apaga y muere, para no volver a encenderse jamás. Faltaba muy poco para que algunos de nuestros personajes perdieran su luz para siempre.

M DE MUERTE

Identificar nuestras emociones a veces es imprescindible, porque, si no las percibimos, seremos prisioneros de ellas durante toda la vida. Aunque en algunas personas, como por ejemplo Celia, resulta muy complicado lograr detectarlas.

Me pasé horas llamando a Sofía para comprobar si había averiguado la identidad del director de Hypnos, pero fue imposible localizarla. En aquel momento, tan solo deseaba que no le hubiera ocurrido nada malo. Antes de acudir al museo de arte con César para verificar de quién era ese dichoso cuadro, pensé que lo más humano sería visitar a Celia, puesto que no le había visto tras su rescate en el hospital de Neón.

Al llamar a la puerta, me encontré con alguien que no esperaba: Joaquín. Para mí, él era un amigo-adversario desde la infancia, ya que siempre aprovechaba la ocasión para ridiculizarme ante los demás, y quedar por encima de mí.

A Joaquín le irritaba que yo investigara la desaparición del niño, porque pensaba que eso dañaría aún más a su amiga. La última vez que nos vimos, me pidió perdón por su actitud; ahora, sin embargo, había regresado su comportamiento hostil.

—¿Qué quieres? —dijo Joaquín, serio y enfadado.

—Solo he venido a visitar a Celia —respondió Ricardo

—¿Para qué? ¿Para comprobar que esté bien? —preguntó Joaquín—. Celia estaría mejor si no la enturbiarais tú y los demás con vuestras acciones. Parece que no llegáis a entender que su estado es muy delicado, para que encima andéis jugando a juegos de detectives —explotó Joaquín.

—Gracias a esos «juegos de detectives», como tú los llamas, mis padres murieron —En un instante me revelé.

—¿Y qué pasa? —Increpó Joaquín—. ¿Acaso quieres seguir el mismo camino que ellos?

Aquello me enfureció. Joaquín supo que se había pasado de la raya; lo noté en sus ojos. Sosteniendo una mirada acusadora, empujé la puerta y fui directamente al cuarto de Celia.

Al entrar en la casa, oí sonar el grifo de la ducha, que me indicaba que su madre estaba en la vivienda, y que había sido ella quien dejó entrar a Joaquín.

Joaquín me siguió los pasos en silencio. Al entrar en la habitación de Celia, me la encontré con una mirada perdida, como de costumbre. Seguramente Antonio Velázquez se había encargado de que su estado empeorase. Estaba sentada. Me agaché hasta llegar a su altura y le acaricié el pelo.

—Celia... —susurré.

—Ricardo, por mucho que te empeñes en que hable, es prácticamente imposible que pueda curarse —dijo Joaquín.

Celia reaccionó ante mi presencia. Sus pupilas se dilataron y empezó a temblar.

—¡Celia! Celia soy yo, Ricardo. ¿Puedes reconocerme?

Estaba tan emocionado, que se me saltaron las lágrimas. No sabía por qué razón, Celia daba señales de estar despierta ante mi presencia.

—Todo fue culpa de Hypnos —confesó Celia—. Yo no fui. Yo no maté a mi hermano.

Hypnos...

Me quedé paralizado. No sé cómo ni por qué, pero Celia conocía la existencia de esa organización, y además reconocía que era la culpable de la muerte de su hermano. ¡No! Quizá todo tiene más sentido de lo que parece, quizá todo estuviera relacionado. Si era cierto que Antonio Velázquez era la fuente que obligó, junto al director de *Hypnos*, a que Rodolfo y Gustavo hicieran su papel, todo tenía bastante lógica. ¿Jonathan está muerto? Me negaba a pensar esa idea; pero en el fondo admitía que la probabilidad era bastante alta de que así fuese.

Celia debió notar el terror en mi mirada, porque tras pronunciar esa frase, volvió a su estado original.

—Pobrecita, no sabe lo que dice... —dijo Joaquín.

Estuve a punto de contestarle a Joaquín cuando apareció la madre de Celia.

—¡Hombre, Celia!, ha llegado otro de tus amiguitos.

Estaba irreconocible. Una mascarilla verde para la piel le embadurnaba la cara. Justo me iba a levantar para marcharme, cuando me quedé fijamente mirando a la cara de Esperanza. Al centrar mi atención, ella se puso nerviosa. Los pendientes de perlas que llevaba en las orejas eran idénticos al que encontré en el jardín durante el cumpleaños de Nacho.

* * *

Anna se sentía destrozada. Debería estar contenta por haber logrado salvar a su amiga de aquel hombre tan enfermo, y de que la operación rescate hubiera tenido éxito; pero no; la autoestima de Anna durante toda su vida estaba pendiente de un hilo.

Por mucho que la gente le dijera lo guapa que era, o admirara su personalidad, ella siempre se veía mal a sí misma. Por eso Anna necesitaba el amor de los hombres, para completar esa parte de su personalidad que quedaba vacía: la vanidad.

Sentía que había traicionado a Ricardo cuando se enteró de su infidelidad con David, pero él había despertado sentimientos en ella, como ningún otro hombre antes lo había hecho.

Pasado el mediodía, le dieron el alta a David en urgencias, tras el altercado sufrido en el Hospital de Neón, y Anna le acompañó hasta su casa, donde compartía piso con Nacho.

—Gracias por acompañarme, Anna, ahora necesito descansar un poco —dijo David.

—¿Seguro que no prefieres quedarte conmigo?

—No, Anna —respondió David, que seguía con la mirada perdida—, estoy bien.

—Ya sé lo que te ocurre... Aún sigues dando vueltas a lo del año pasado, ¿no?

David se alteró y recuperó su atención.

—Calla, Anna, no quiero hablar de ese tema –pidió David–. Ya se lo dije a Nacho el otro día. Confié en ti para contártelo,

porque estaba tremendamente preocupado, pero jamás se me va a olvidar si no paras de recordármelo.

—Vamos David —insistió Anna—, no puedes culparte por lo que sucedió. Fue un trabajo que aceptó Nacho, y tú ibas con él en esa furgoneta.

—Pero ¿es que no te das cuenta? Llevamos a una persona en esa furgoneta sin saberlo —dijo David—. ¿No te das cuenta de que aquel individuo podría ser Jonathan Velázquez?

—Ni hablar. No digas tonterías; el hecho de que fuera de baja estatura no significa que fuera un niño; y ya te digo que por horario es imposible que fuera él. Jonathan estaba con Celia en ese momento.

—Y ¿quién te dice a ti que Celia no dejará de hablar precisamente por lo que hicimos nosotros —inquirió David—, por ver cómo mataban a aquella personita?

Anna intentó calmar a David y le abrazó.

—Tranquilo, David, no tienes nada que temer. Tú no eres una mala persona y yo siempre voy a estar a tu lado.

Entonces se arrimó a su boca y le besó, lo que pilló a David por sorpresa. Aunque lamentablemente esos besos no eran correspondidos y David apartó sus labios.

—¿Qué ocurre? —preguntó Anna—. Yo pensaba que te seguía gustando.

—Lo siento, Anna, pero estoy saliendo con otra persona.

—¿Otra? ¿Qué otra? —dijo Anna. Estaba ofuscada por los celos.

—Esperanza Velázquez —confesó sin anestesia. Anna no daba crédito a lo que acababa de escuchar.

—¿Esperanza? Por dios, pero ¿qué has podido ver en esa vieja?

Aquel comentario hizo que se despertara el demonio que habitaba dentro de David. Empujó a Anna con todas sus fuerzas, y esta resbaló y tropezó justo con la mesa que tenía detrás de ella.

—¡No se te ocurra hablar así de Esperanza! —gritó David!

—¡Porque una puta niñata como tú no le llega ni a la punta de sus tacones!

Eso le dolió mucho a Anna. Jamás había visto a David en aquel estado; no le reconocía. Salió corriendo de su casa, mientras las lágrimas se derramaban por sus mejillas.

Estaba claro. Francamente, Anna tenía la autoestima muy baja, y la única persona que le hacía sentir especial le había defraudado. ¿Acaso pedía mucho? Un piropo de vez en cuando, o un halago. ¿Tan difícil era eso de conseguir? Parece que sí, Anna tenía que soportar cómo todo el mundo se echaba elogios entre sí, sin que ninguno recayera sobre ella. Ahora, en ese momento, se empezó a sentir vacía y sola, y empezó a comprender que el corazón no muere cuando deja de latir; sino cuando los latidos dejan de tener sentido.

* * *

La encargada de mantener y salvaguardar la salud de Celia era Esperanza Velázquez. Ella se percató de inmediato de que Ricardo había tomado nota acerca de los pendientes que llevaba. Se daría cuenta tarde o temprano de que era aquella mujer quien espiaba detrás de los arbustos aquel día.

En esos momentos, se distraía peinando a Celia en su habitación.

—Voy a prepararte la cena, cariño. Te pongo tu película favorita para que la veas mientras tanto, ¿vale?

Debía ser una de las pocas casas que seguía utilizando reproductor de cintas de vídeo. Escogió entre la fila de películas *Los Goonies*, ya que era la preferida de Celia desde que era pequeñita. La extrajo de la carátula y la introdujo en el aparato.

PLAY. En la pantalla se podían apreciar las primeras imágenes de la película.

—Bueno, Celia, enseguida estoy contigo.

Lo que esa mujer no se podía imaginar era que la cinta de vídeo fuera a proyectar una película que no era apta para todos los públicos precisamente. A los pocos minutos, cuando Esperanza se marchó de la habitación, el escenario se

transformó en otro bien diferente: eran imágenes de Esperanza y David en pleno acto sexual. Obviamente, era evidente que ni tanto uno como el otro eran conscientes de que estaban siendo grabados.

Su madre y su enamorado. La traición desde lo más íntimo. Estas imágenes traspasaron la retina de Celia y llegaron hasta su cerebro, hasta producir un cambio notable en su estabilidad.

Ahora, de repente, recordaba con claridad todo lo que había pasado aquel día, ahora sabía explicar a la perfección lo que le ocurrió a su hermano.

Ahora Celia estaba consciente, y era el momento de contarlo todo.

* * *

El museo de arte de la Cabrera se ubicaba en un edificio histórico, situado en el casco antiguo de la ciudad de Cádiz. Se compone por el palacio de la marquesa de Andalucía, y su capilla anexa, construidas ambas en 1676.

El espacio habilitado en esa capilla anexa como museo dejó aproximadamente 1500 metros cuadrados de superficie expositiva. Este es el lugar dedicado tradicionalmente a las exposiciones temporales contemporáneas, mientras que el resto de las plantas y huecos del museo, albergan la colección permanente de obras barrocas.

En los últimos años, la especialización de las exposiciones temporales del museo en escultura e instalaciones, se ha ido abriendo a nuevas formas artísticas —pintura, fotografía, obra gráfica—, por lo que varias veces al año se descuelga parte de la colección permanente para albergar estas muestras que no tienen cabida en el peculiar espacio que la capilla propone.

Según íbamos llegando al museo, fui contándole a César todo lo que había pasado en casa de Celia. Celia sabía de la existencia de Hypnos, y lo culpaba de la muerte de su hermano. No solo eso: Esperanza Velázquez era la persona que había estado espiándole cuando hablaba con Ángel Salvador en el cumpleaños de Nacho. Perdió su pendiente mientras me escuchaba. Pero ¿por qué? Había muchos interrogantes que

aún no comprendía.

—Ya hemos llegado. Ahora podremos saber quién pintó ese cuadro.

—Espero que todo esto se aclare pronto, César —contesté.

Pasamos por pasillos y salas interminables llenas de arte moderno, hasta que César me guio hasta la obra que buscábamos. Era una copia idéntica a la que me había mostrado aquel niño en la playa, pero con un tono rojizo. En ese instante pasó por nuestro lado uno de los guías del museo.

—¿Os puedo ayudar en algo?

—Sí —le dije—. Quería saber quién es el autor de este cuadro, porque no reconozco su firma.

—¡Claro! Cómo no. Es un cuadro muy especial, porque no es muy normal tener la obra de un político entre nuestras colecciones. Pero es que el Sr. Antonio Velázquez, aparte de dedicarse a la política, es un extraordinario pintor. Es una pena que acabara en la cárcel, parecía un buen hombre. Además, hay que entender por todo lo que ha pasado con la desaparición de su hijo.

Así que esa era la verdadera identidad del cuadro: Antonio Velázquez. César y yo nos quedamos perplejos por lo que acabábamos de descubrir. Fuera quien fuese ese niño, me había dejado un cuadro en la playa que señalaba hacia Antonio Velázquez; pero entonces, ¿por qué la frase que había escrito en el suelo de la playa decía «No te fíes de ella»?, no tenía ningún sentido. ¿Me estaría advirtiendo sobre su madre? Eso aún tenía menos sentido.

El guía, al ver que no contestábamos, siguió hablando:

—Lo cierto es que es un cuadro bastante peculiar. No solo por el hecho de que pintó uno similar, pero de un color azul, sino porque este cuadro, además, posee en su interior una lámpara que proyecta luz. De hecho ese señor tuvo especial interés en situar el cuadro justo aquí, y no entiendo por qué.

Mi primer instinto fue mirar por la ventana hacia la que estaba orientado el cuadro. Justo delante se encontraba todo el paseo marítimo y las urbanizaciones de Albagranera. ¿Hacia dónde enfocaría esa luz?

—Disculpe, señor, ¿podría encenderlo para apreciarlo mejor? Estoy muy interesado en comprarlo.

—Eso es imposible. El cuadro ya está vendido. El mando que acciona esa luz lo tiene su actual comprador.

Necesitaba saber a dónde dirigía esa luz. Podía ser fundamental en todo esto.

—¿Sabe quién lo ha comprado? Me gustaría discutir con él y hacerle una contraoferta.

—No tengo la menor idea. Lo único que dejó es un teléfono fijo de contacto. Si quiere se lo puedo facilitar.

—Estupendo. Gracias.

Después de aquello, al salir del museo, César y yo marcamos ese número unas doce veces, pero nadie contestó. Entonces fue cuando me acordé de que tenía un amigo policía: Nacho. Seguramente él podría localizar el domicilio exacto al que correspondía aquel número de teléfono.

Tenía que hacerme con ese cuadro al precio que fuese. Puede que la vida de Jonathan Velázquez dependiera de ello.

¿Señalaría ese cuadro su paradero? ¿Pondría esa luz fin a todos nuestros problemas? Faltaba muy poco para descubrirlo.

* * *

Puré de patatas y merluza con guisantes. La vida siempre parece tan sencilla que resulta curioso cómo hay ocasiones en las que se puede volver tan complicada. Esperanza Velázquez realmente era de las que pensaba que nadie lo pasaba tan mal como ella. Quería tener preparada la cena cuanto antes para que así Celia pudiera descansar. Ella se había dado cuenta inmediatamente de que Ricardo llegó mucho más lejos de lo que se imaginaba. Era tan parecido a su padre...

Conforme sacó la merluza del horno y la acompañó con la guarnición, se dio la vuelta para colocar los platos en la barra americana situada a sus espaldas. Esos platos jamás llegaron a tocar la superficie. Se rompieron en mil pedazos cuando se estrellaron contra el suelo.

—Celia, hija mía... —Celia permanecía de pie justo detrás de

la barra americana. ¡Se había levantado! ¡Estaba consciente! Ahora era el momento de la verdad; el momento de saberlo todo. Esperanza Velázquez, ajena al desastre que acababa de provocar por el suelo, rodeó apresurada la barra para abrazar a su hija con todas sus fuerzas.

—¡Celia, mi vida! ¡Te has despertado!

—Hola, mamá.

—Celia… ¿Qué es lo que te pasó? Tengo… tengo tantas preguntas que hacerte… Llevo un año desesperada buscando el paradero de tu hermano y tú fuiste la única que lo vio con vida.

—Lo sé, yo sé dónde está Jonathan —dijo Celia, que tenía una actitud muy fría, seguramente condicionada por el trance del que acababa de salir.

Esperanza, por primera vez en su vida, palpaba la esperanza.

—¿Dónde está, Celia? ¿Dónde está tu hermano?

—Si quieres puedo llevarte con él, mamá. Nada me haría más feliz en el mundo.

Esperanza estaba emocionada, hasta el punto de saltársele las lágrimas.

—¡Oh! ¡Claro que sí, hija mía! Quiero encontrar a Jonathan más que nadie en esta vida.

Esperanza vio una sonrisa en la cara de Celia; pero cuando se dio cuenta de que no era una sonrisa de felicidad, sino de venganza, sus esperanzas se desvanecieron en el acto, porque se dio cuenta de que ya era demasiado tarde. Celia había clavado justo debajo de sus costillas el cuchillo de cocina que su madre utilizó para hacerle la cena.

—No hay nada que más te merezcas, mamá, que estar tan muerta como mi hermano.

Antes de morir, Esperanza mostraba la expresión del horror. Estaba totalmente equivocada. Aún no le había pasado lo peor, puesto que no hay nada más dramático que morir asesinada por tu propia hija. Celia, en cambio, al darse cuenta del tremendo error que acababa de cometer, soltó las manos del cuchillo y dejó que el cuerpo sin vida de Esperanza se desplomara. Fue entonces cuando comenzó a llorar.

La muerte puede dar contigo mucho antes de que te des cuenta. Puedes esperarla durante mucho tiempo, o puedes desearla con ansia para que termine de una vez, por todo ese capítulo de tu vida que ya no puedes soportar.

Hay muertes de sentimiento, que hacen que abras los ojos y te desengañes con un amor no correspondido; sin embargo, la peor de todas ellas, sin duda, es la que viene provocada por la persona en la que más confías.

N DE NOSTALGIA

Mi amistad con Cristina era única. Como parte de Los Cinco, junto a Joaquín, Anna y Celia, compartíamos secretos muchos más íntimos que con el resto de nuestros amigos.

Cristina combinaba su trabajo de enfermera con su pasión por la peluquería. En lo primero, la considerábamos toda una profesional; en lo segundo, la mejor. Por eso la mañana en que esperaba ansiosamente el resultado de la gestión de Nacho aproveché para cortarme el pelo en su local, y así mataba dos pájaros de un tiro.

Mi amiga se afanaba en poner algo de orden en mis cabellos, sin sospechar que justo bajo sus hábiles manos bullían toda clase de pensamientos inquietantes. No sé por qué extraña razón, la imagen inocente de los diminutos mechones de pelo cayendo placenteramente al suelo me hizo reflexionar sobre la peculiar forma que tenemos los humanos de tratar con nuestras emociones. «Maldita nostalgia. En el fondo somos unos *masocas*; disfrutamos anhelando aquello que nunca más volveremos a tener», pensé, y con otra no menos extraña asociación de ideas caí en la cuenta de que mi móvil continuaba en perpetuo silencio, a pesar de las treinta y ocho veces que mi nombre debía de aparecer en el teléfono de Sofía. Aquello no era normal, algo tenía que haber pasado durante su visita a Hypnos.

—¿Te lo dejo así? —dijo de repente Cristina, y la más profesional de sus sonrisas asomó en un extremo del espejo, donde mi cabeza lucía como recién esculpida por el gran Miguel Ángel.

—Perfecto, gracias... Cris, aún no te he preguntado, ¿cómo te encuentras después del incidente en el hospital?

—¿Sinceramente? —asentí—. Sigo tremendamente afectada. Un segundo más y me hubiera resbalado por ese balcón.

Pensaba que iba a morir; no sabes la suerte que tuve. Y en cuanto a Celia…, si hubiera sabido que su padre iba a pillarnos en la habitación, jamás me hubiera prestado para preparar aquello. Gracias a Dios que conservo el trabajo, y que mis jefes no se han dado cuenta de que fui yo quien lo organizó todo.

Cristina bajó la cabeza un instante. Respiró profundo y soltó el aire con cierta brusquedad, como si con ello expulsara también toda la pesadumbre que sentía en ese momento. Me dio un poco de pena verla así.

—Cris —le solté, engolando la voz—, ¿no recuerdas ya nuestro grito de guerra? «Ahora y por siempre Los Cinco estarán, y nada ni nadie los separará».

Mis palabras no consiguieron el efecto deseado. Todo lo contrario. Noté cierta tristeza en los ojos de Cristina. Una tristeza que se agudizaba con cada nuevo gesto suyo, como si cada vez le costara más llevar a cuestas una carga que estaba resultando ya demasiado pesada.

—Sí, claro que lo recuerdo. Cuando éramos pequeños todo era tan fácil, tan diferente… Ahora que somos adultos, las cosas se ven de forma muy distinta.

—Vamos, Cris, no pienses así. Celia ya está a salvo de ese miserable. Ahora volvemos a estar de nuevo Los Cinco.

En ese momento llegó Nacho. Por la expresión de su rostro supe de inmediato que había localizado el domicilio al que correspondía aquel teléfono.

—¡Aquí tienes, chaval! —gritó Nacho, y me mostró triunfante el papel donde tenía anotada la dirección—. Me ha costado mucho conseguirla, pero al final lo he logrado.

—Muchísimas gracias. Te debo una.

—Un momento —Cristina le arrebató a Nacho el papel de las manos—. ¿Qué es esto?

—Es el número de teléfono y la dirección de la persona que compró el cuadro de Antonio Velázquez que está expuesto en el museo de La Cabrera. Estoy seguro de que ese lienzo esconde algo. Creo que nos puede dar una pista del paradero de Jonathan Velázquez —le expliqué.

Cristina tiró el espejo sobre la mesa. Pequeños fragmentos luminiscentes se esparcieron por todo el suelo. El tiempo se congeló de repente. Solo Cristina parecía existir en un universo en el que su respiración acelerada y un ligero temblor en su labio inferior bastaban para someter a civilizaciones enteras. Pocas veces la había visto tan enfadada.

—Pero, ¡¿es que aún sigues con esas tonterías?! —alcanzó a decirme, tras siglos enteros fulminándome con la mirada—. Joaquín me dijo que lo estabas investigando, pero pensaba que a estas alturas ya lo habrías dejado. Más que nada, porque creo que debes mostrar un poco de respeto hacia tu amiga.

—Precisamente, es por ella por quien hago todo esto... Lo siento, chicos, pero me tengo que marchar. Gracias de nuevo, Nacho.

Cristina dejó escapar un suspiro de arrepentimiento.

—Espera, Ricardo —se apresuró a decir en un tono más conciliador—. He quedado con Joaquín y Anna a las diez de la noche. Recogeremos a Celia y nos iremos a recordar viejos tiempos. Significaría mucho para mí que nos acompañaras.

—Claro, cuenta con ello —dije, con mi mente ya a unos cuantos kilómetros de allí.

Cuando me marchaba, juraría haber visto a Nacho coger el cepillo para barrer los pelos que minutos antes habitaron mi cabeza. Toda una proeza, tratándose de él.

En la primera barrida Nacho notó una fuerte presión en el brazo. Cristina lo había agarrado con fuerza y le miraba fijamente a los ojos, como si quisiera escudriñar en lo más profundo de sus pensamientos.

—Lo siento, Cris, me lo pidió de sopetón y no supe cómo negarme.

—Sabes de sobra lo peligroso que es tener a Ricardo metiendo las narices en este asunto. Sabrás lo que tienes que hacer, ¿no?

—Lo sé. Le pisaré los talones para asegurarme de que no vuelva a la carga.

Cristina se encargó de barrer los restos de pelo de Ricardo.

* * *

ÉL estaba profundamente decepcionado. Todos sus intentos por evitar el secuestro de Celia habían sido frustrados.

Al principio pensó que aquel secreto jamás se descubriría, pero se equivocó. Ahora, más que nunca, la verdad estaba a punto de salir a flote.

Lo único que provocó aquel mensaje fue que encarcelaran al padre de Celia y que con ello perdiera la custodia. Había malogrado inútilmente a su único aliado, a su único colaborador, y ahora no le quedaba más remedio que huir.

Se encontraba en el aeropuerto de Jerez de la Frontera, preparado para volar a Madrid y posteriormente a Ámsterdam. Allí se quedaría escondido hasta que la noticia saliera a la luz, ya que era cuestión de tiempo que Celia hablase y contara absolutamente todo.

Estaba en la cola de pasajeros. La puerta de embarque con destino a Madrid acababa de abrirse, cuando de repente sonó su teléfono. En la pantalla aparecía un número difícil de olvidar; un número sin nombre de contacto, pero que ÉL conocía perfectamente: Antonio Velázquez.

La llamada duró apenas unos treinta segundos. Mucho más de los que necesitó para salir del aeropuerto y coger un taxi de vuelta hacia Albagranera.

* * *

Y al fin tenía delante la puerta que tanto deseaba atravesar. Un paso más y podría tocar el cuadro con mis propias manos. Entonces era difícil imaginar lo que me iba a encontrar dentro. Solo deseaba apoderarme del cuadro; usar mis artimañas para negociar con el comprador… Estaba totalmente seguro de que aquella obra revelaría mucho más de lo que a simple vista aparentaba.

Justo cuando iba a llamar al timbre, mi móvil sonó. Estuve a punto de rechazar la llamada, pero una duda instintiva me lo impidió: ¿Y si fuera Sofía? «Hay que joderse», me dije a mí

mismo y descolgué.

Hacía mucho tiempo que no tenía noticias de mi tío Hilario. Aunque no fuera exactamente mi familia, nos unían lazos igual de fuertes. Él había sido el culpable de que mis padres se conocieran y luego, cuando murieron, me brindó todo el apoyo que necesitaba. Hilario era una de esas personas que nunca dejan de asombrarte. Todavía recuerdo la cara que puse cuando papá me dijo que además de buena gente, mi tío Hilario era experto en medicina molecular y un destacadísimo analista de ADN.

—¡Ricardo! ¡Cuánto tiempo sin saber de ti! ¿Qué tal llevas tu verano en Cádiz?

—Pues bueno, los he tenido mejores. Me alegra de que me llames, no te veo desde el entierro.

—Precisamente estoy de camino a Cádiz, por un asunto de trabajo, y me encantaría tomarme una cerveza contigo. Te llamaré en cuanto llegue—Hilario empezó a toser compulsivamente como si se estuviera ahogando.

Él padecía una enfermedad degenerativa que le afectaba a los huesos y a los músculos; de ahí que llevara siempre consigo un bastón. Aunque Hilario era de esos tipos encantadores con los que da gusto mantener una larga conversación, en ese momento lo que menos me apetecía era tomarme una cerveza en un bar. Mi deber era descubrir la verdad sobre el caso Albagranera y ante todo comprobar que Sofía estuviese a salvo.

Llegué a la planta y puerta que Nacho me había indicado, y para mi sorpresa me encontré con que estaba entreabierta. Toqué el timbre, pero no obtuve respuesta; tampoco se veía luz en el interior. Al empujar la puerta noté que todo estaba muy oscuro, así que encendí las luces y analicé la estancia. Parecía estar deshabitada. Empecé por echar un vistazo al salón, y me detuve en una de las fotos colgadas en la pared del fondo: Ángel Salvador, con unos años menos y un poco más de pelos en la cabeza, sonreía a la eternidad.

Comprobé todas y cada una de las fotos del salón. Ya no tenía dudas de que Ángel era el comprador. De algún modo me alegré, aunque al mismo tiempo mi descubrimiento comenzaba a preocuparme. Con toda seguridad se me había adelantado

para descubrir lo que escondía aquel cuadro. Probablemente, Ángel ya sabía el camino que marcaba esa obra.

Empecé a llamarlo por toda la casa, también lo intenté por teléfono, y nada. Fue entonces cuando vi una luz al final del pasillo. Salía de la última puerta.

Su despacho era más bien pequeño. Diría que procuraba rodearse solo de lo indispensable. Sin embargo, en algo parecía excederse. Había fotos por todas partes, dispuestas de un modo paranoico y, lo más llamativo, tachadas a conciencia. Ahí estaban: imágenes de mis padres, de Rodolfo Pastaso, del chico que seguramente fuera Gustavo, y de Sofía. Todas ellas tachadas. No entendía qué significaba aquello, pero enseguida me vino a la cabeza la foto tachada de David, en la habitación de mis padres.

Estaba tan absorto, en todo el aluvión de pensamientos que desbordaba mi cerebro, que no reparé hasta mucho después en el diploma colgado justo detrás de mí. Tenía el logotipo de Hypnos y lo firmaba su director, Ángel Salvador.

Entonces, cuando me sentí abofeteado por la lógica, unas gotas de sudor frío empezaron a rodar por mis sienes. Aquel hombre pretendía cualquier cosa menos ayudarme. Comprendí demasiado tarde que en los extremos siempre te espera alguna trampa, y que permanecer en el medio elimina cualquier posibilidad real de aferrarte a algo.

* * *

En el patio de la cárcel de El Puerto, Antonio Velázquez buscaba encarecidamente el sol mientras masticaba los restos de una chocolatina. Aquella mañana de agosto se mostraba obstinadamente fría, lo que contrastaba de un modo pintoresco con la vestimenta y el semblante de los reclusos, que, frustrados por no poder jugar al baloncesto ni ejercitar sus músculos con las pesas, habían formado coros para fumar y reír con los chistes de siempre. Pero Antonio Velázquez prefería mantenerse aislado. El calor y sus pensamientos, era todo lo que necesitaba en ese momento. Móvil en mano, meditaba sobre sus futuros movimientos cuando Brotox lo interrumpió.

—Eh tú, ¿Tienes la pasta? —dijo el recién llegado.

—Aún no. No es el momento para que mates a El Nalo. Cuando llegue la hora te avisaré.

—No te andes con jueguecitos, concejal. Si me huelo alguna triquiñuela seré yo mismo quien me encargue de romperte el cuello.

Aunque Brotox le sacaba al menos diez centímetros a Antonio Velázquez, este no se intimidó; incluso, se permitió sonreír con sorna.

—Tranquilo, Brotox. Los dos tendremos lo que deseamos. Sé paciente; te prometo que no esperarás demasiado tiempo.

En cuanto perdió de vista a aquella bestia, se escondió en un ángulo muerto del patio y marcó el número en el móvil que había conseguido en la prisión.

—¿Qué quieres? —dijo del otro lado de la línea ÉL.

—Vaya, vaya... Esto sí que es una sorpresa. Así que fuiste tú quien me avisó del secuestro de mi hija, ¿no? Muy buena jugada. Al final conseguiste lo que querías: verme en prisión.

—Te equivocas. Lo único que pretendía era que sus amigos no la sacaran del hospital.

—¿Ah sí? ¿Y de qué tienes tanto miedo?

—No tengo miedo, solo me aseguro de que esté atendida lo mejor posible.

—Pues, ahora que estoy aquí, alguien tiene que hacerse cargo de Celia, y quién mejor que tú...

—Imposible —dijo ÉL de forma cortante—. Estoy en el aeropuerto, a punto de coger un vuelo a Madrid.

—Creo que me has entendido mal. ¿Acaso piensas que no sé que fuiste tú quien intentó que mi hija se suicidara con aquella cuchilla? Es una pena que te vayas a quedar sin vacaciones, pero... si no mantienes a Celia con vida, te haré plenamente responsable de la desaparición de mi hijo. Y créeme, eso no te va a gustar nada.

Antonio colgó y suspiró satisfecho. Aunque había conseguido lo que pretendía, no contaba con que Celia ya había despertado y ahora se encontraba totalmente fuera de su alcance. Antonio ignoraba que ya era demasiado tarde para

evitar lo que estaba a punto de suceder.

* * *

Celia permanecía inmóvil, observando cómo aquel cuerpo se desangraba. Había cometido un error muy grave y no hallaba el modo de remediarlo, aunque poco le importaba ya. Había perdido todo: a su querido hermano, por el que tanta envidia sentía; a su padre, que se había vuelto un psicópata y que la odiaba con todas sus fuerzas; y a David, la persona a la que había amado sin límites.

Intentó guiar sus pensamientos por caminos menos escabrosos. Necesitaba con urgencia algo de paz interior y la vieja caja de música se la ofrecería. Dio un par de vueltas a la manilla y se sorprendió al escuchar la misma melodía que su madre había puesto en el comedor. Pero lo que verdaderamente sorprendería a muchos era saber lo que escondía en el fondo de la caja. Una foto. La imagen congelada de los últimos instantes de la vida de su hermano. La había guardado en el bolsillo de su vestido el día que todos creyeron que había desaparecido. Nadie sabía de la existencia de la instantánea; únicamente ella, y ahora era el momento de que saliera a la luz.

La urbanización Valparacino tenía la peculiaridad de que en todas las plantas de sus edificios había un cuarto con una pequeña bandeja para dejar la correspondencia, que luego los conserjes hacían llegar a Correos.

Celia lo había dispuesto todo para que la foto acabara en uno de esos buzones, dentro de un sobre común y debidamente certificada, de modo que veinticuatro horas después, a más tardar, el destinatario la recibiera sin ningún contratiempo. Justamente ese era el plazo de tiempo que le quedaba a Ricardo Mairén, antes de que su poder de decisión estuviera a merced de una fotografía.

Cuando volvió al apartamento, la melodía de la caja de música todavía se escuchaba. El reencuentro con el cadáver en la cocina hizo que se sintiera algo triste y a la vez nostálgica. Pero no había marcha atrás. Ya no. Se dio a sí misma un par de bofetadas para reaccionar y, sin ser del todo consciente de lo

que haría a continuación, cogió las botellas de vino que había en las estanterías y las esparció encima del cuerpo. Después, encendió una cerilla y la casa empezó a consumirse poco a poco por las llamas. Celia se acomodó en una silla para observar cómo sus recuerdos se desvanecían lenta y trágicamente.

Ñ de Ñorbo

Mi nombre es Don Nadie y esta será la última vez que me dirija a vosotros con este apodo con el que me he bautizado antes de finalizar esta historia. Quería agradeceros haber leído hasta este punto; esto significa que pretendéis ayudarme a conseguir el propósito de sacar a la luz este relato. Soy un cobarde, un miserable y un mentiroso, lo sé, pero lo único que os pido es que digáis a todo el mundo lo que aquí cuento, porque no tengo las suficientes agallas para hacerlo por mí mismo. Os pareceré bueno y malo, justo e injusto, pero lo que sí os puedo asegurar es que, si he obrado mal, ha sido por carecer de oportunidad para elegir.

Hasta este momento ya han muerto varias personas, entre las que se encuentran Gustavo y Esperanza Velázquez, las últimas víctimas. Antonio Velázquez y su hija Celia han enloquecido y Ricardo se encuentra totalmente perdido entre tanto cabo suelto. Sofía aún no ha aparecido, como tampoco el Niño de Albagranera. ¿Aún pensáis que pueden encontrarle vivo? ¿Tenéis tanta confianza? Por lo que hasta ahora sabéis, Antonio, en colaboración con Ángel Salvador, está intentando tapar todo este asunto en el que Celia parece estar implicada. ¿Ya tenéis algún candidato que ocupe los puestos de ÉL Y ELLA?

Pero, ¿es ÉL en realidad Ángel Salvador? Queda un poco todavía para descubrir la verdad, sin embargo en este instante no puedo evitar que una imagen se me venga a la mente. Aquella vez, en pleno mes de agosto, salí de casa triste, con la tez cabizbaja, sin fuerzas ni ánimo, camino de Wilou. Lo único que quedaba en esas tierras eran flores de ñorbo. Una antigua sanadora hindú las llevaba donde descansaban los muertos, para que su alma se purificara. A esa zona desértica fui a recogerlas. Wilou era también el nombre de la constructora que inició las edificaciones más allá del paseo marítimo, justo donde acababa la playa y se alzaban las rocas. La empresa entró en quiebra. El ayuntamiento paralizó las obras en ese terreno durante años y hasta el día de hoy no se ha

llegado a un acuerdo para ceder esas tierras vírgenes. Lo único que ha perdurado es el nombre con el que todo el mundo conoce ese lugar.

Si hubiera sabido lo que ocurriría más tarde, el resultado habría sido otro. Aún recuerdo llegar a mi destino con un ramo de esas flores. El silencio era sepulcral, lo único que oía era la lluvia golpear fuerte contra el suelo, pero no estaba solo. Decenas de personas se apelotonaban a mi alrededor sin mediar palabra. Era el entierro de uno de los protagonistas. ¿Aún no sabéis quién? ¿Pensáis que ya ha pasado lo peor? Os equivocáis. Lo peor está por llegar.

O de Origen

El origen de todos nuestros problemas, en algunas ocasiones, puede estar más cerca de lo que uno se piensa. Cualquier circunstancia, motivo o acción, puede ser la pieza desencadenante de todo lo que acontecerá más adelante. Si uno quiere hallar la solución a lo que le ocurre, simplemente debería encontrar aquella pequeña chispa que provoca el incendio, con el fin de extinguirla.

Beatriz era una de esas personas que sin poder evitarlo formaba parte siempre del origen de algo. Caprichosa, consentida, insoportable, egoísta; esas eran algunas de las cualidades que ella poseía, y que a sus amigos les costaba aceptar.

Su difícil personalidad le hacía a la par que popular (por su extravagante personalidad), poco querida entre su grupo de colegas de verano. Ella solo deseaba pasar un verano divertido, pero notaba que ninguno de ellos la entendía.

Ya en su niñez, con tan solo 11 años, Beatriz sacaba de quicio a todo aquel que compartía metros cuadrados con ella.

Los padres de Beatriz y Anna eran muy amigos. Como tales, les invitaron a ella y a su familia a pasar el verano en Cádiz aquel año. Para todos, 1996 fue un año ejemplar, pero para ella fue una época que no quería recordar.

Menos mal que Beatriz contaba con la compañía de su pajarito Pico, el único que la comprendía. Todos parecían muy unidos. Todos... menos ella. Joaquín, Celia, Ricardo, Cristina y su amiga Anna formaban una piña, y ella era la oveja negra que no pegaba en el grupo.

En aquel momento se encontraban en una fiesta que daba Anna en su casa, y a la que seguramente hubieran preferido que Beatriz no fuera. Todo el mundo la ridiculizaba, todos menos Anna.

Beatriz veía a todos sus amigos reír, pero ella simplemente vislumbraba a pobres nauseabundos. «No tienen ningún glamour», pensó. La única que tenía clase y gozaba de prestigio era ella.

Los niños estaban jugando a un juego de mesa, mientras que ella, aun siendo impropio de su edad, se limaba las uñas sentada en una silla. Cogió un *disc-man* que vio encima de la mesa y empezó a tantearlo. Su inteligencia no era demasiado sublime:

—Jo, Anna, ¿cómo se enciende esto?

Al ver que Anna ni siquiera le prestaba atención, volvió a insistir.

—Jo, Anna, ¿cómo puedo escuchar música? Esta vez sí que todos le oyeron.

—¿Qué pasa, Beatriz? ¿No sabes el mecanismo de un botijo? —se mofó Joaquín.

Todos al unísono empezaron a reírse de ella, y se sintió súbitamente acorralada. Necesitaba escapar de la situación.

—Jo, Anna, yo me voy.

Beatriz atravesó refunfuñando la puerta de casa y Anna, que se sentía responsable de ella, pese a que no le agradaba mucho su compañía, fue tras su rechazada amiga. Aún en la calle, Beatriz seguía oyendo las risas burlonas de sus amigos.

—Menuda pava la tía. No sé cómo puede ser así, es inaguantable —dijo Cristina.

—Porque se parece a ti —reí, lanzándole la caja del juego.

—A lo mejor le has enseñado tú, payaso —me devolvió la caja tirándomela.

Entonces empezamos una batalla, tirándonos entre nosotros aquel semicubo. Cuando entró Anna por la puerta me encargué de lanzársela. Ella lo cogió al vuelo y gritó: «¡Estaos quietos!». Cuando nos devolvió enfadada la caja, la lanzó con tan mala puntería que fue a parar directa a la jaula de Pico, la mascota de Beatriz. La pajarera se soltó de donde estaba agarrada y se estampó contra el suelo de mármol. El ave con el impacto se quedó inmóvil y dejó de respirar.

* * *

El acceso a la comisaría de policía estaba ubicado sobre Diagonal 69. Allí se accedía a un hall, y hacia el fondo del predio se encontraba una galería amplia con celdas saturadas de detenidos, vigilados por el guardia. A la izquierda de este se encontraba un pasillo con oficinas y a la derecha, el despacho del comisario y la escalera que conducía al piso superior.

Sobre la calle de la diagonal, se accedía al patio a través de una puerta, en donde también se encontraba, mirando hacia la izquierda, el portón de la cochera. Actualmente ese espacio se encuentra tapiado.

Hacia el fondo del predio había una galería amplia con celdas saturadas de detenidos, vigilados por el guardia. A la derecha se ubicaba el cuarto de guardia. Desde la galería, atravesando una puerta de chapa con rejas, se podía acceder a un pasillo con pileta, en el que desembocaban cuatro celdas pequeñas y un baño.

En una de las oficinas mencionadas anteriormente, se encontraba la inspectora Reyes. Era una señora ruda, de pelo corto y fría en facciones, pero a la vez infinitamente elegante. Si hubiera sabido lo que se le venía encima a partir de ese momento, jamás me habría dejado atravesar su puerta.

—¿Y me puede decir dónde se encuentra esa señorita?

—¿¡Pero es que no me ha oído!? Ese hombre, Ángel Salvador, es el responsable de su desaparición. Y no solo eso, también es culpable del asesinato que se cometió junto a la i glesia de San Juan de Letrán.

—¿Y usted me está diciendo, Sr. Mairén, que únicamente porque vio unas fotos colgadas en casa de ese abogado, ya es culpable de un asesinato y de la desaparición de su amiga?

—No es solo por las fotos. Todo encaja, colabora con el concejal Antonio Velázquez desde fuera de la cárcel. Además, ese diploma con el logotipo de Hypnos a su nombre también demuestra que está detrás de todo esto.

—Sr. Mairén, que el tal Ángel Salvador haya sido presidente de una organización de actores secretos no le convierte en

asesino. Mientras no pasen 48 horas desde su desaparición no podemos proceder a su búsqueda. No se preocupe, mi equipo de investigación está rastreando los datos de esa chica, y cualquier teléfono que haya dejado alguna vez por internet o físicamente, será tomado para intentar localizarla.

Frustrado, me levanté de la silla donde estaba sentado.

—Muchas gracias por nada.

—Cuidado con lo que dice, Sr. Mairén, si no quiere que le arreste por allanamiento de morada.

Cuando salí, Nacho me estaba esperando vestido con su uniforme de policía.

—¿Cómo ha ido?

—Nada, muy mal. Esa señora o es idiota o es que no me entiende.

—Tranquilo, tío. Mira, haz una cosa: no has parado en todo este asunto desde que llegaste a Cádiz. Relájate, tómate un respiro. Seguro que Sofía se encuentra bien, deja esto en manos de la policía que, en serio, saben lo que hacen. Ya verás cómo tendrás noticias de ella muy pronto. Ahora ve con Cristina y los demás, que te necesitan como amigo, y no te ven mucho últimamente.

—Puede que tengas razón. Gracias, Nacho.

Nacho se quedó observándome mientras me marchaba. A continuación entró en el despacho.

—Inspectora Reyes, no se tome a pecho su mal humor; el pobre chico está un poco trastornado por todo lo que ha pasado últimamente, y ve cosas donde no las hay. No tiene que tomarle en serio, ya que ahora mismo es capaz de considerar culpable de la desaparición de ese niño a todo el que se cruce en su camino.

—Ya le he dicho que iba a hacer todo lo posible por ayudarle. No entiendo esa extraña obsesión que tiene por Jonathan Velázquez. Por mucho que sea hermano de su íntima amiga, es totalmente absurdo que lo relacione con la muerte de sus padres. En fin, oficial Villar, debería revisar los amigos que se está echando últimamente.

—Ya me conoce, inspectora. Soy un trozo de pan, no niego mi amistad a nadie.

La inspectora Reyes solo estuvo 54 minutos más en su despacho, hasta que el departamento de investigación le llamó. Habían localizado a Sofía.

* * *

Desde que se despertó por la mañana, Horacio tenía el presentimiento de que su día no iba a transcurrir con normalidad. Trabajar en una cárcel puede sorprenderte cada día, pero cuando estás tan cerca del peligro y te defiendes tanto ante él, te dan una puñalada desde la confianza sin tan siquiera esperarla. Eran las nueve de la noche y se encargaba de vigilar el patio oeste, deshabilitado para la mayoría de los presos.

Hay otros, en cambio, que gozaban de privilegios por ser gente adinerada, influyente o de alto estatus social. Entre ese grupo de aventajados se encontraban los políticos, que aunque no eran santo de devoción de Horacio, le habían dado de comer durante años.

Uno de estos últimos vagaba por el patio en esas horas extras de descanso, que la organización de la cárcel concedía a sus «preferidos».

—¡Caramba, Horacio, cuánto tiempo sin verte!

El corazón de Horacio comenzó a palpitar rápidamente.

—Buenas noches, Sr. Velázquez. Sí, hace mucho que no le veo.

—Que no te asuste ni te dé lástima mi aspecto. En realidad estoy aquí porque así lo he querido, pero no soy una mala persona, ¿sabes? A diferencia de muchas personas que residen aquí, yo no he matado a nadie.

—No digo lo contrario, señor.

—Después de tantos años trabajando en la seguridad del ayuntamiento de Cádiz, ¿por qué decidiste cambiarlo por esto? Con lo bien que nos entendíamos tu y yo…

—Dinero, Sr. Velázquez. Tengo una mujer y dos niños que mantener.

—Ah claro. ¡Cómo olvidarlo! Tu mujer Olga sigue trabajando de secretaria allí. La vi en estos últimos días. Es una pena que haya tanta crisis... De hecho ahora, desde arriba, se están planteando despedir a algunos empleados, y sería una lástima que saliera entre las elegidas.

Esa afirmación podría haberse visto como un gesto de apoyo, pero al descifrar el tono y la expresión con la que Antonio Velázquez lanzó el comentario, se sintió amenazado de repente.

—Maldito hijo de puta...

—¡Shhhh! Horacio..., no vayas a decir palabras que pueden condenar definitivamente a tu mujer.

—¿Qué es lo que quiere? —se tranquilizó.

—Tan solo un buen trato por los viejos tiempos. Dentro de muy poco va a llegar el momento en que voy a salir de este sitio y quiero concederte el privilegio de ser testigo de ello, un papel fundamental en todo esto.

—Eso es imposible. Las salidas están cubiertas por varios guardias, no solo por mí. Por mucho que colaborara, es una prisión de máxima seguridad, y no es tan fácil huir.

—Mmmmmm, supuestamente eres el oficial de menor rango de los de tu ala, ¿verdad?

—Sí. Y eso ¿qué tiene que ver? A la hora de vigilar somos todos iguales.

—Es cierto. Pero si ocurre algo más grave en la prisión, llamarían a cualquiera de tus compañeros antes que a ti, ¿no es verdad?

—¿Y quién te dice que vaya a colaborar? ¿Qué ganaría yo a cambio?

—No me subestimes, Horacio... ¿Acaso te crees que no sé que te fuiste del ayuntamiento porque tus compañeros te consideraban un perdedor? ¿Por qué nunca llegaste a conseguir logro alguno?

El corazón de Horacio se paró, y los recuerdos junto con la ira, se apoderaron de él. Bajo las oscuras greñas de Horacio se escondían unos diminutos ojos que tenían un tic permanente

cuando se ponía nervioso.

—Horacio, como te he dicho, tú y yo nos entendemos muy bien. Y si me ayudas a salir de aquí, te aseguro que será la única oportunidad que te quede de convertirte en un héroe.

* * *

Jamás hubiéramos pensado el disgusto que se iba a llevar Beatriz aquel año.

Bajamos muy nerviosos al jardín de nuestra urbanización, no sabíamos qué hacer. Gracias a que Joaquín era el más inteligente y perspicaz de todos nosotros, propuso una solución:

—Enterremos a Pico aquí. Diremos que no supimos cómo nos encontramos la jaula abierta y se escapó.

—Pero ¿qué estás diciendo, Joaquín? —contestó Anna—. El pájaro estaba domesticado, hacía todo lo que le pedían. No se van a creer que huyó así como así.

—Bueno, no es tan extraño. Al fin y al cabo es un animal encerrado en una jaula. Por muy domesticado que esté, siempre hay una posibilidad de que se vaya volando.

Cuando todos entendimos la idea de Joaquín, empezamos con nuestra labor. Celia removió y sacó la tierra del suelo para que cupiera el animalito. Mientras Cristina vigilaba que no se acercara nadie, Anna, Joaquín y yo, hacíamos los preparativos para envolver en un pañuelo al animalito antes de enterrarlo.

Desgraciadamente nuestros planes no funcionaron del todo, y fue Cristina la que falló en su tarea asignada para impedir que ocurriera lo inevitable. Beatriz apareció de la nada y nos acabó pillando.

—Ah, y por cierto Anna, ¡mi diadema me la devuelves! ¿Qué estáis haciendo? —Beatriz se acercó al hueco estrepitosamente y vio en el fondo el cadáver del pájaro que a su madre le había durado tantos años—. ¡Pico! Pero ¿que habéis hecho? ¡Habéis matado a mi mascota! ¡Asesinos! Se lo pienso decir a mamá. ¡Os vais a enterar!

Parece que la suerte no estaba de nuestro lado, porque justamente en ese momento pasaban cerca de allí la madre de

Anna y Beatriz, y oyeron los gritos estridentes de la niña.

La madre se arrimó a su hija, que permanecía en el suelo arrodillada. Cuando comprobó que la mascota que tanto tiempo había cuidado estaba muerta, no pudo reprimir levantar la voz.

—¡Beatriz! ¿¡Pero qué narices has hecho!?

—¡Han sido ellos, mama! ¡Ellos lo han matado! La madre de Anna salió a resolver la situación.

—¿Es eso verdad, Anna?

Anna estaba blanca y no supo responder. Por aquel entonces, aunque éramos niños, yo sentía cierta necesidad de proteger a Anna, ya que la consideraba como mi hermana. Más tarde me arrepentiría de lo que hice y de cómo reaccioné.

—Nosotros no hemos sido. Lo ha matado ella jugando con la pelota, y nos quiere echar la culpa.

Recuerdo a la perfección el sonido de la bofetada que la madre le dio a Beatriz. Su cara era parecida a la de un ogro. Se llevó arrastrando a su hija por la oreja hacia casa mientras ella lloraba desconsoladamente. La madre de Anna les siguió intentando tranquilizarla. Esa fue la última vez que vi a Beatriz.

Aunque Los Cinco sabíamos que mi contestación había sido inadecuada, ninguno se enfrentó a mis palabras; más bien todo lo contrario, se sintieron aliviados de haberles salvado el pellejo.

—Muchas gracias, Ricardo. Si no fuera por ti, me hubiera caído un castigo tremendo —dijo Anna con alivio.

—Joder, tío, has acertado de pleno. Nunca lo hubiera hecho mejor. Eres la hostia —aceptó Joaquín.

—No sé qué deciros, a mí me da pena por Beatriz. No sé si hemos hecho bien... —Anna estaba preocupada.

—¡Anda, Anna, pero si es una niña insoportable! Lo que no sé es como tus padres la siguen invitando a venir. Desde luego, gracias a Ricardo nos hemos hecho todos uno. Se me ocurre una cosa: ¿Por qué no hacemos un pacto de amistad? A partir de ahora estaremos unidos para siempre...

Entonces Joaquín ingenió la creación del lema que mantendría unido a Los Cinco durante años:

«Ahora y por siempre Los Cinco estarán, y nada ni nadie los separará»

* * *

Habían pasado muchos años desde que culpamos a Beatriz de un error que cometimos nosotros. Su castigo se prolongó hasta el punto que sus padres decidieron no volver por Albagranera. Ese día sería la última vez que Los Cinco nos reuniríamos como amigos. Realmente los que ahora se supone que eran mis amigos distaba mucho de ser lo que fueron en el pasado.

Por un lado Anna había demostrado que no sentía ningún aprecio por mí cuando me engañó con mi amigo David; Cristina se había enfadado conmigo por mis investigaciones, y estaba frustrada por haber estado a punto de morir cuando rescatamos a Celia; Joaquín había incrementado su enemistad hacia mi persona, también porque consideraba que lo que hacía enturbiaba el comportamiento de su amiga; y Celia, ¡ay, Celia!... Si ella pudiera hablar y contar todo, me ahorraría mucho trabajo y también mucho sufrimiento de ver a mi amiga en aquel estado tan lamentable.

Cuando llegué a encontrarme con ellos en el porche del edificio, que desde hacía años servía como punto de encuentro, no solo de Los Cinco sino de todos nuestros amigos, la que mejor me acogió fue Cristina. Joaquín se mantuvo distante y no me dirigió la palabra, mientras que Anna temía encontrarse con mi mirada. Cada vez que yo hablaba sonreía débil y tímidamente.

Lo cierto era que yo estaba ausente en esa ocasión, ya que en lo único que podía pensar era en Sofía, en dónde podría estar y en lo mal que me sentiría si le hubiera pasado algo. De hecho, era incapaz de desconectar de ese tema. Debía hacer algo y pronto para salvar a esa chica. En la policía me habían tomado por imbécil, y quién sabe si los tentáculos de Antonio Velázquez podrían llegar a persuadir a las autoridades. En esta circunstancia, cualquier persona podría ser susceptible de chantaje. A lo que me enfrentaba era de una magnitud muy alta, y algo que se habían molestado mucho en esconder.

De camino a la urbanización de Celia, ellos tres fueron hablando de unos chicos de Rota que conocían de años pasados. Yo no sabía de quién hablaban ni lo que decían, así que me mantuve callado durante la conversación, ya que nadie me invitó a participar. Solo deseaba llegar a casa de Celia para recogerla y estar pendiente de ella, que ahora era la única (además de Sofía) que me importaba.

Al rodear el edificio de doce plantas en el que Celia vivía, pasábamos por delante de la ventana que da al salón, y nos la encontramos pegada al cristal.

—Mirad, ahí está Celia. Parece más saludable —exclamó Joaquín.

Empezamos a saludarla con la mano desde abajo, y cuál fue nuestra sorpresa cuando Celia se llevó los dedos índice y corazón a sus labios para dar un beso y lanzárnoslo hacia dónde nos encontramos. Nos quedamos impactados.

—No puede ser. Ha recuperado la conciencia —dijo Anna con sorpresa.

—Oh, dios mío —faltó tiempo para que Joaquín saliera corriendo hacia la entrada del portal bordeando el edificio. Yo fui tras él y, al acercarnos, descubrimos un camión de los bomberos justo bloqueando la entrada—. ¿Qué coño...?

Un bombero se acercó a nosotros para informarnos:

—Retiraos, hay fuego en una de las casas y está afectando a todo el edificio. No podéis entrar.

El bombero se alejó y se adentró con una manguera dentro del portal para comprobar el origen del fuego. Joaquín y yo nos quedamos preocupados. ¡Nuestra amiga se encontraba en un edificio que ardía en llamas!

Antes de que volviéramos junto a nuestras amigas, se acercó Cristina gritando, y se puso más histérica aún al ver a los bomberos:

—¡Oh, Dios mío! Hay fuego en la casa de Celia.

Nos acercamos corriendo hacia el edificio y comprobamos que en la ventana donde habíamos visto a nuestra amiga lanzándonos un beso se veía humo y cortinas al fondo

quemándose.

—¡Mierda! ¿Dónde está, Cristina? —gritó Joaquín. Cristina no respondía—. ¡Anna! ¿Dónde está Celia?

Anna estaba angustiada. Sus ojos empezaron a verter lágrimas.

—¡No lo sé! Se alejó de la ventana. ¿Qué pasa? ¿Qué mierda está pasando?

Ninguno de los cuatro dejaba de apartar la vista de esa ventana. Y el mayor susto nos lo llevamos cuando vimos a Celia estamparse contra el cristal. El cristal se empezó a agrietar. Había una verja que separaba el edificio de nosotros, a través de la cual podíamos ver a nuestra amiga. Nuestro estado de alerta era máximo.

—¡¿Qué coño está haciendo!? —reaccioné.

Celia, con la cara ensangrentada por el golpe contra el cristal, retrocedió lentamente con dos pasos. Desapareció tras el volumen del humo y se alejó de nuestra vista. Joaquín le gritaba en vano.

—¡Celia! ¿¡Celia, que haces!!?

Tardamos unos segundos en comprender lo que pretendía hacer, pero a la primera que le vino la noticia fue a Anna.

—Oh... Dios mío... ¡Va a atravesar el cristal! Al fin lo entendí:

—¡NOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOO!

Mis gritos dejaron sordo el sonido de Celia. Celia atravesó los cristales, se precipitó al vacío para acabar finalmente con su vida, enterrando para siempre su secreto. Ninguno de nosotros, ni nadie, pudo evitar que Celia chocara contra el asfalto.

De lejos ÉL, que había estado presenciando la escena que tenía lugar en aquel sitio, debería estar contento por haber conseguido lo que quería: que Celia muriera, y con ella lo que sabía; pero no, Antonio Velázquez se había encargado de que si Celia desaparecía, su peor pesadilla estaría a punto de comenzar.

* * *

Todo puede ser origen de algo, de una fuga en la cárcel, de un juego de niños, incluso de la búsqueda de una persona desaparecida.

Pero sobre todo, la peor de todas tus pesadillas comienza cuando un error del pasado llega hasta el punto en que termina, cuando tus amigos empiezan a morir.

P DE PÉRDIDA

Si en algún momento de tu vida has perdido a un ser querido, es posible que hayas pasado por diferentes tipos de emociones. Posiblemente hayas estado triste, preocupado, o incluso asustado. Puede que no hubieras estado preparado para ello, y eso te hubiera llevado a la impresión o a la confusión. Pudiste sentirte enojado, engañado, aliviado, culpable, exhausto, o simplemente con un gran vacío en tu interior. Tus emociones pueden llegar a ser más intensas o profundas de lo habitual, o estar exageradamente mezcladas de la peor forma que puedas imaginar.

Cuando una persona sufre una pérdida, le puede costar concentrarse, estudiar, o comer mientras atraviesa esa etapa de duelo. Otras pierden repentino interés por aquellos juegos o actividades que les solían satisfacer. También están los que prefieren beber, o (como a mí me ocurre) comer en exceso. Sin embargo, otras persisten en una forma vegetal y actúan como si la pérdida nunca hubiera tenido lugar.

Todo este tipo de reacciones son naturales cuando nos enfrentamos a una muerte; sin embargo, esta vez no me dio por comer como me había pasado con la muerte de mis padres. No… Esta vez me dio por la obsesión del orden. Dicen que es algo muy común, sobre todo en las mujeres.

Esa noche pude dormir tan solo dos horas, demasiado, teniendo en cuenta todo lo que había estado pasando los últimos días. Es increíble el número de horas, desde la madrugada hasta el amanecer, que me dediqué a limpiar mi casa, una y otra vez, hasta el punto de salirme una erupción en el cuello. Me encerré en mi burbuja. Disfrutaba viendo todo limpio, sentía diversión cuando consumía los productos de limpieza y gozaba al descubrir nuevas fragancias y composiciones químicas al mezclarse los olores. Con cuanta más celeridad lo hacía, mejor me lo pasaba. Elementos antigrasa, limpiahornos, desinfectantes o limpiavidrios.

Cualquier aroma resulta agradable y, cuanto más fuerte es, más te aleja de la realidad.

Lo último que limpié fue la terraza: subí las persianas y, solo cuando terminé de pasar un paño a fondo por los vidrios, miré a través del cristal. Ya estaba todo limpio. No quedaba nada. La cocina, el salón, el repaso del cuarto de baño dos veces...

Mis ojos atravesaron el marco de la ventana, y pude ver Albagranera amaneciendo, las casas de mis amigos, el terreno pedregoso y con desniveles del parque natural, y la urbanización terriblemente solitaria. La noche anterior había ocurrido una tragedia.

El timbre sonó. No se cómo mis piernas me condujeron hacia la puerta de la entrada, porque no lo recuerdo. Estaba absorto en mis pensamientos. Cuando levanté la mirada y vi el labio fruncido de César, me derrumbé. Estuve seis minutos llorando en su hombro. Había llegado al apogeo de mi tristeza.

* * *

Cuando existe un verdadero amor, no existe ninguna causa que pueda apagar esa llama, ni situación adversa alguna que no se pueda contraatacar. Pero yo hablo del amor verdadero, no de ese de novela rosa y de películas románticas, ni tampoco de enchufes o de ilusiones; como el de Nacho y Cristina. Para saber amar, hay que ser una persona independiente; para dejar que te amen, debes ser autosuficiente.

El amor no es pertenencia, y uno no es dueño de nadie. El amor va mucho más allá de un contacto físico que, aunque es necesario, no es primordial. David, en cambio, se sentía supeditado al amor e interdependiente. Siempre hay un motivo para dar y recibir amor, pero por aquel entonces, él ya no tenía ninguno.

El Renault Scenic dirigido por Nacho conducía a los tres amigos hacia el cementerio de La Cartuja, donde iba a tener lugar a las 10 a.m. el entierro de Celia y Esperanza Velázquez. Cristina acompañaba a su novio como copiloto, mientras David permanecía en el asiento de atrás con los párpados semicerrados, totalmente ido, y con el alma fuera de sí. En el interior del vehículo había un silencio sepulcral, hasta que

Nacho decidió romper el hielo.

—En cuanto termine todo esto, te llevaré a casa para que descanses —dijo dirigiéndose a David.

David, que se había pasado toda la noche arreglando el papeleo de ambas muertes, continuaba con los ojos medio cerrados, y con la boca ligeramente abierta. Parecía no haber escuchado las palabras de Nacho.

—¿Te acuerdas de cuando mi novia de 15 años tuvo aquel accidente de moto? Me costó mucho superar su pérdida, pero al final aprendí a hacerlo y ahora sé, cada vez que me vuelva a ocurrir algo parecido, cómo pasar el mal trago. Al principio es difícil, pero una vez que sabes cómo hacerlo, es como tener un superpoder. Como lo tienen los cabrones que mataron a Jonathan Velázquez, pero de verdad.

David inclinó la cabeza levemente y, desde el asiento de atrás, clavó la mirada en la nuca de Nacho, con sus ojos irritados por la fatiga.

—Te aseguro, David, que ese cabrón de Antonio Velázquez y todo el que haya colaborado con él va a pagar por haberle hecho tanto daño a Celia y su familia —el tono de Nacho había incrementado considerablemente—. No pararé, no descansaré hasta encontrar a ese niño.

Cristina, que se había mantenido al margen del «monólogo» de Nacho, intervino. Tenía los ojos llorosos, debido a la muerte de su amiga, y aún peor, por haber estado presente cuando había sucedido todo. Le había sentado mal el último comentario de Nacho.

—¡Se acabó! No quiero volver a oír hablar de ese crío. Bastante mal lo hemos pasado ya. Cada vez que alguien se mueve alrededor del desaparecido, sale mal parado. ¡Te prohíbo que vuelvas a tocar ese tema!

Ante el achaque de Cristina, Nacho dio un frenazo y la miró con cara de odio. Antes de que pudiera contestarle, David interrumpió, para sorpresa de ambos, la discusión.

—Nacho, aprovecho antes de que vuelvas a arrancar, para salir a mear aquí en el descampado.

Nacho asintió y David salió del coche dando tumbos. La

pareja se quedó en el coche.

—No vuelvas a decirme lo que tengo o no tengo que hacer —le dijo Nacho—. Si por algo me hice policía fue para estar del lado de la justicia en todo momento.

—¿En serio? ¿Estás seguro? Porque a mí me parece que si eres policía es porque te sientes obligado a serlo, ya que el trabajo te gusta bien poco. ¿Acaso no será porque tienes la conciencia intranquila?

Nacho tragó saliva: Cristina había dado en el clavo. Le conocía muy bien, pero no tenía idea alguna de lo que habían hecho Nacho y David ese verano. La única que lo sabía, por parte de David, era Anna.

—En eso tienes razón —le contestó—. Hubo algo que hice en mi pasado que no me dejó la conciencia tranquila; pero tú no sabes de lo que estás hablando, y no pienso discutir más. Vamos a enterrar a nuestra amiga y lo que menos quiero son lecciones de moral.

—Me parece increíble que seas tan poco consecuente con las cosas que han pasado durante el último año. No te juzgo por lo que has hecho, sino por lo que eres.

David se metió detrás de unos arbustos. No había dormido durante toda la madrugada. Ni podía ni quería. Todo lo que había ocurrido la anterior noche le sobrepasaba, y solo le quedaba un último recurso. Fue entonces cuando sacó una bolsa de plástico de su bolsillo del pantalón y, de una sola vez, esnifó un cuarto de gramo de cocaína.

* * *

Había pasado mucho tiempo desde que doña Claudia había perdido sus piernas en aquel fatídico accidente. Por entonces tenía solo nueve años. Le encantaba chinchar a sus amigas y hacerles todo tipo de bromas pesadas.

Un día le untó vaselina a su mejor amiga en la suela de sus zapatillas. Estaba deseando ver cómo se iba a resbalar cuando pisara el asfalto de la carretera. Había dos alternativas: una, que se cayera, y otra, que se tropezara. Ambas opciones sonaban bien.

—¡Venga! ¡Te echo una carrera hacia la gasolinera!

Para llegar a la gasolinera tenían que cruzar una avenida por la que pasaban siempre coches. Para aprovechar que en ese preciso momento al siguiente coche le faltaban varios metros para llegar, iniciaron su particular competición. Claudia era una excelente deportista por entonces, y sacaba bastante ventaja a su pobre amiga.

Todo ocurrió muy rápido. Claudia se guio por su instinto e intentó remendar el error que acababa de cometer. Su amiga resbaló en el asfalto, se dio con la cabeza en el cemento y se desvaneció. El próximo coche en pasar iba a una tremenda velocidad, así que Claudia se lanzó a la carretera y arrastró a su amiga fuera de la vía. Sin embargo, esta vez fue su peor reto deportivo, pues el conductor no pudo reaccionar y arrolló las piernas de Claudia. Quedó minusválida de por vida. El *karma* le había devuelto todas las bromas pesadas que había hecho desde su infancia.

Desde aquel entonces se había vuelto una mujer de mundo mucho más hastiada y desdeñosa. Ahora se encontraba en aquel cementerio, dispuesta a enterrar a dos de sus vecinas. Doña Claudia sabía muy bien que el *karma* a veces no era justo y, en el caso de Celia, pasaba eso mismo.

Doña Claudia estaba inquieta, preocupada, y nerviosa. Hace unos días, cuando Celia había intentado suicidarse, se había dispuesto a ir a la casa de Esperanza Velázquez, para ofrecerles su apoyo. Sin embargo, de camino a su urbanización, vio algo que no debería haber contemplado. Algo que le pilló totalmente desprevenida. Sin embargo, no pudo irse por donde había venido. Su silla de ruedas motorizada, era de todo menos discreta, por lo que sería prácticamente improbable que pasara desapercibida.

Doña Claudia ya había sufrido anteriormente amenazas por parte de Antonio Velázquez; sin embargo, esta vez fue más intensa y trufada de insinuaciones. Por eso Claudia, que no acostumbraba a guardar secretos, decidió que era el momento de empezar a hacerlo, ya que se estaba metiendo en un asunto que no le competía.

Allí se encontraba, sola, junto al cura que oficiaría la misa

en el funeral. Fue la primera en llegar, y no podía apartar su mirada del ataúd de Esperanza. Una cosa horrible había sucedido; nadie lo sabía, y a doña Claudia le ardía la lengua por no poder contar nada.

Una gota de sudor frío bajaba por sus sienes. Le temblaba el pulso, y estaba a punto de desmayarse. Entonces decidió cribar la información que tanto le atormentaba.

—Padre, ¿cuándo empieza el funeral?

—Dentro de media hora, así que ya debe de estar a punto de venir todo el mundo.

—Necesito que me confiese...

—¿Ahora? Señora, no creo que sea el momento más...

—¡Padre, por favor! ¡Déjese de sermones y simplemente hágalo!

Siempre le había molestado el irritante laconismo con el que se expresaba el sacerdote. Claudia había gritado sin pretenderlo, y el padre Juan se preocupó. Cuando ella soltó al cura su «bomba», el padre abrió los ojos, expresando consternación. Su corazón empezó a palpitar, cada vez más y más.

* * *

El cementerio de La Cartuja, declarado como monumento histórico-artístico en 1939, es como una pequeña ciudad en la provincia de Cádiz. Está algo escondido, puesto que se encuentra siguiendo el camino de pedrizas dirección a Caños de Meca. Este cementerio tiene la particularidad de que, desde la carretera, ya puedes divisar los panteones, de forma que se creó el mito de que en La Cartuja se entierra a los muertos de pie. Nada más lejos de la realidad... Ese último año, el ayuntamiento había reforzado las instalaciones.

Me dirigía, junto a mi amigo César, a la lápida de Celia. A lo lejos, podía atisbar que ya habían llegado Cristina, Nacho, David y doña Claudia. El cementerio era como una pequeña ciudad de los muertos en el corazón de Cádiz. Formaba un conjunto de originales panteones, túmulos y pináculos, construidos según la arquitectura popular de Andalucía.

Paseando por el interior pude observar los panteones, situados entre pequeñas calles… Era como un pequeño pueblecito.

Sabía que David no se lo había montado bien. Jugó con Celia, con Anna, e incluso con Esperanza Velázquez. Sin embargo, cuando le vi en tal lamentables condiciones, se me ablandó el corazón. David estaba sumamente demacrado y tenía pinta de haberse metido droga de nuevo. Tras un abrazo de dolor con mi amiga Cristina, lamentando haber perdido a una de las que formaban junto a nosotros el grupo de Los Cinco, me acerqué a él para darle el pésame.

—Lo siento, David… —me atreví a decir.

David me miró como quien mira un paisaje. Serio, dolido, se limitó a asentir sin abrir la boca. Cuando terminé de saludar al resto de los asistentes que habían llegado, algo captó mi atención: a lo lejos, detrás de los fresnos, un chico me observaba desde la distancia. Parecía el mismo chico que me había encontrado en la playa aquel día, y que me había dejado ese mensaje: «No confíes en ella», junto con la postal del museo con el cuadro de Antonio Velázquez. ¿Sería Jonathan? Tenía que averiguarlo. Empecé a discernir su figura entre los árboles, ya que no paraba de moverse. Me acerqué hacia allí, para sorpresa de todos mis amigos; el chico se esfumó tras el follaje, y se perdió de mi campo de visión. No entendía dónde se podía haber metido, pero de lo que sí estaba seguro era de que aquella personita me observaba a mí. Cuando giré de nuevo hacia a mis amigos, pude vislumbrar lo que se nos venía encima…

* * *

«¡Boom, boom! ¡Boom, boom!». El retumbante latido de su corazón era lo único que escuchaba Antonio Velázquez cuando bajó del coche de policía. Como convicto privilegiado, en la cárcel le habían concedido permiso para poder asistir al entierro de su hija y de su exmujer. Todos los esfuerzos de Antonio durante este último año, todo el año tormentoso que había pasado, no había servido absolutamente para nada.

Uno de los guardias hizo el amago de bajar la cuesta con él cogiéndole del brazo, pero el otro le paró y le permitió a

Antonio una pizca de intimidad. Fue caminando hacia el lugar donde iba a tener lugar la ceremonia. Solo, cabizbajo y con la mirada fija en la tumba de su familia. Seguía escuchando únicamente sus latidos, que le aislaban del rumor del cementerio. Todos le estaban observando fijamente, algunos con cara de odio, otros con cara de terror. Pero a Antonio toda esa gente no le importaba una mierda.

A la vista de los demás, denotaba un aspecto dantesco con aquel traje negro, y una rosa roja cogida con ambas manos. Se arrodilló delante de la tumba de Esperanza Velázquez. El ataúd se encontraba situado justo encima de la plataforma que lo haría introducirse en la tumba. Puso la flor encima del féretro y una lágrima desembocó en la comisura de sus labios. Se sentía responsable por todo lo que había pasado.

—Perdóname —Antonio apoyó las palmas de sus manos cuidadosamente sobre el ataúd, ante la atenta mirada de sus vecinos. Se incorporó y, cuando se dirigió hacia la lápida de su hija, su expresión cambió. Pude constatar cómo pasó de ser un hombre dolido a un hombre vengativo—. Ojalá te pudras en el infierno.

Después de haber dicho esto, escupió sobre el ataúd de su hija.

* * *

Podríamos cualquiera de nosotros haber hecho algo para detenerle, pero todos estábamos bloqueados ante la presencia del padre de Celia. En el fondo Celia había asesinado a su madre, por lo que reducía bastante la indignación. Lo que sí no me esperaba es lo que sucedió a continuación. Antonio Velázquez clavó su mirada en mí, como el puñal que Celia había incrustado en su madre.

—Todo esto es por tu culpa —me increpó—. Si no hubieras vuelto, nada de esto hubiera pasado. Vas a pagar por lo que has hecho.

Tenía miles de razones para tirar abajo los argumentos del señor Velázquez, pero en ese momento no me salió ninguna. Aquel hombre había traspasado mi mente en milésimas de segundo. Ante mi asombro, David salió en mi defensa.

—Más bien nada de esto hubiera pasado si tú no hubieras nacido, hijo de puta. —David desafió a Antonio.

Antonio se encendió. Se empezó a poner agresivo, adquirió un tono truculento y los policías que le custodiaban tuvieron que intervenir. En un segundo se montó un alboroto de gritos, lloros y lamentos. Yo no salía de mi embobamiento. Precisamente porque hubo aquel jolgorio, nadie se percató de la presencia de aquel crío, que ahora estaba justo al lado mío. No era Jonathan Velázquez, aunque su fisionomía se parecía. No medió palabra. Simplemente introdujo un papel en el bolsillo de mi pantalón y se fue corriendo. Nadie, salvo yo, se había percatado de su presencia. Sin duda, aquel niño era el chico que había visto en la playa aquel día.

Los policías ya se llevaban a Antonio cuesta arriba, directo al coche policial. Sus últimas palabras aterrorizaron las emociones de cada uno de nosotros. Profería imprecaciones como si fuera el mismísimo diablo: «¡Os haré responsables de la muerte de mi familia!».

Pero lo que más me atemorizó fue el mensaje escrito que aquel niño me había metido en el bolsillo:

> «*Si quieres volver a ver a tu amiga, te espero mañana a las 8 de la tarde en el camping Las Dunas, recinto dos, sexta caravana. Ni se te ocurra mencionárselo a nadie. Ángel Salvador*».

Q DE QUEBRANTABLE

Profanar una tumba, un lugar, o incluso una persona, puede parecer divertido a veces. Pero cuando incumples una promesa que te hiciste a ti mismo, lo único que puedes llegar a sentir es decepción.

Había un club en Cádiz al que me gustaba ir solo en muchas ocasiones, aunque algunas veces también iba con mi amigo César. Era una sala de fiestas donde lo mismo hacían monólogos, que danza del vientre, que *striptease*. El sitio me lo enseñó mi padrino Hilario, amigo de mis padres, que estaría llegando en estos momentos a Albagranera. De hecho, toda la amistad que gané con Hilario en estos años fue gracias a los momentos de complicidad que nos dio aquel sitio.

Me encontraba preocupado. El hecho de que Ángel Salvador me hubiera citado al día siguiente podía ser una trampa, pero era mi única oportunidad para intentar salvar a Sofía.

Mientras esperaba a que me sirvieran, sujetaba con mis manos encima de la barra aquella tarjeta que Rodolfo Pastaso quería hacerme llegar. Hypnos estaba detrás de todo, y con él Ángel Salvador. Pero ¿por qué? ¿Qué significaba esa huella dactilar y ese número «261380» en el reverso de la tarjeta? ¿Y la dirección de Hypno*s*? ¿Adónde tendría que recurrir si la policía no actuaba?

—Bueno, bueno, ¿a quién tenemos por aquí?

Me quedé destartalado. Sopra era una de las míticas figuras del bar de copas. Llevaba de camarera allí más de 10 años (aunque también se le podría llamar camarero, porque yo desconocía aún si se había hecho el cambio de sexo). Sopra siempre iba de forma extravagante, ya que era la viva imagen del local. Su pelo era azul cielo, llevaba una larga melena rizada y su cara estaba adornada por unas pestañas amarillas largas, acompañada de un sinfín de atuendos decorativos en sus

provocativas vestimentas.

—¡Qué guapo estás! ¿Dónde te has metido todo este tiempo, cariño? —dijo con exagerado acento cubano.

—Me alegra verte, Sopra. Ya me conoces, solo recurro a este bar cuando necesito pensar.

—Es una pena que no pienses más a menudo, mi amor —bromeó—. ¿Qué te pongo?

—Un whisky doble, gracias. Sopra se quedó extrañada.

—No recuerdo que bebieras alcohol, cariño...

Y así era. Hacía mucho tiempo que dejé de solucionar mis problemas mediante el alcohol, pero el día había sido tan duro para mí, que sentía que mi cuerpo realmente lo necesitaba.

—Acabo de enterrar a una amiga —dije cabizbajo pero contundente.

—Vaya. ¡Jodida vida! Estás de puta madre y cuando menos te lo esperas... ¡Zas! No sabes lo que lamento que... —respondió Sopra tratando de apoyarme.

La música apareció de repente en los altavoces, dejando muda a toda la gente del local. La canción que sonaba era *You shook me all night long*, de *AC/DC*. Todos los clientes, situados en las mesas y la barra, giraron sus cabezas y las orientaron hacia el escenario. Una chica de unos 20 años, vestida de colegiala y muy atractiva, empezó a bailar y a jugar con una barra vertical colocada intencionadamente en el escenario. Era realmente guapa, su cara parecía un ángel. Hoy en El Pelícano morado había espectáculo de *striptease*, y la candidata escogida no podía haber sido más idónea y espectacular para la ocasión. Era una mujer estéticamente perfecta.

—Es una diosa, ¿eh? —espetó Sopra mientras se esforzaba por levantar la voz para que su timbre, a pesar de la música, pudiera llegar a mis tímpanos.

La chica me resultaba curiosamente familiar. Esa cara, esas facciones...

—¿Cómo se llama? ¿Es de aquí, de Cádiz? —pregunté con la seguridad de que su cara me resultaba conocida.

—Se llama Samantha y es madrileña.

Entonces, como si se produjera un cortocircuito eléctrico dentro de mi cuerpo, de forma inminente, mi mente reaccionó. Esa chica me resultaba familiar, porque era la viva imagen de mi difunta madre de joven. Estaba tan sorprendido que no pude reaccionar ante la figura que se me acercó desde atrás.

—Algún día te darás cuenta de lo importante que eres.

Reconocí al instante el timbre de voz, que llegó desde mis espaldas.

—¡Tío Hilario! —exclamé sonriendo y abrazándole.

Hilario no era mi tío exactamente. Era amigo de mis padres de toda la vida, y también mi padrino en el bautizo. Debido a su enfermedad degenerativa andaba con dificultad, y siempre portaba un bastón de roble con la empuñadura de un león de plata. Seguía igual que la última vez que le vi, con el pelo canoso y la cabeza semirrapada.

—No sé por qué, pero mi intuición me decía que te encontraría esta noche aquí —afirmó Hilario.

—¿Cómo fue el viaje?

—Bien, muy relajado.

En ese preciso instante me di cuenta de que mi atención continuaba centrándose en la chica que estaba bailando.

—¿Es guapa, verdad? —preguntó mi padrino al percibir mi fijación sobre la chica.

—No es eso, es que me recuerda a...

—Lo sé, a tu madre —aclaró de forma tajante—. Se parece muchísimo a cuando ella era joven. Me acerqué a ella por eso en Madrid. Cuando me dijo a lo que se dedicaba, la recomendé para trabajar aquí.

—Vaya, así que fue idea tuya. Me lo tendría que haber imaginado —bromeé—. Tío Hilario, necesito que me hagas un favor...

En ese momento, la música había terminado. La colegiala se movió a través de las mesas y se acercó a saludar a Hilario.

—Has venido como me prometiste... —dijo Samantha.

—Claro, ya sabes que yo siempre veo la función en primera

fila, y si es con tu compañía, aún mejor.

Entonces, tras despedirse de la *show girl* le di aquella carta de Rodolfo Pastaso. Al ser experto en ADN, Hilario podría ayudarme a identificar la huella que había en la tarjeta. Tampoco quería darle más detalles, puesto que quería mantener a mi tío al margen de todo el asunto.

—¿Qué es esto? —inquirió extrañado Hilario.

—Por mi profesión, estoy realizando una investigación, y necesito que me ayudes con la identidad de esta huella. Me conformaría con saber su antigüedad, si es de niño o adulto, de hombre o mujer.

—Perfecto, me pondré mañana con ello —respondió, mientras miraba la carta con extrañeza—. ¡Vaya! Esta dirección... «calle Torre de la Alameda 7»..., aún recuerdo cuando dejaba mi lancha motora allí durante mis vacaciones en Cádiz.

—¿Lancha motora? —pregunté sorprendido—. Creo que te equivocas, esa dirección corresponde con una asociación de actores.

—¡Qué va! Sigue existiendo, es el embarcadero que hay detrás de la playa. No hay ninguna empresa más en esa calle. Haz caso de mis consejos y ve para allá. Es un lugar imprescindible para visitar en Albagranera.

En ese momento, me quedé perplejo y sin entender nada. El problema al que me enfrentaba parecía irresoluble. Rodolfo Pastaso no quería dirigirme hacia la asociación de actores (y ello a pesar de que en la carta ponía «Hypnos»), sino que me enviaba a un embarcadero. ¿Qué querría enseñarme con todo aquello? Me planteaba este interrogante una y otra vez.

* * *

Podría haber tomado otro camino y empezar a partir de este momento a olvidarse de todo. Podría pasar página sobre todo lo que pasó la noche anterior, intentar suavizar su vida y poner orden al efímero caos que él solo se había creado. Pero no, David no podía quitarse de la cabeza la muerte de su amiga y de su amante, y aún le quedaba una cosa por hacer antes de

marcharse.

Como os dije al comienzo de mi relato, Esperanza y Celia no vivían en la misma urbanización que el resto, sino en otra, al otro extremo del paseo marítimo que se llamaba Valparacino.

Desde que salió del cementerio, David no paró de darle vueltas durante todo el día al hecho de por qué Celia perdió los papeles y mató a su madre para después suicidarse. Tampoco podía creer que el secreto de lo que pasó aquel día se lo hubiera llevado a la tumba. Por eso estaba dispuesto a buscar todo rastro que ella hubiese dejado. Se sentía capaz de escudriñar hasta el detalle aparentemente más insignificante, para llegar a la verdad.

Eran las dos de la madrugada. La urbanización estaba vacía. Todos los portales tenían cámaras de seguridad, en cada planta, y en el caso de que Celia hubiese salido de casa, podría comprobar a través de las cámaras hacia dónde había ido. En ese instante forzó la cerradura de una pequeña edificación en el centro de la urbanización, que era como un cuarto de seguridad. En su interior encontró muchos monitores, cada uno de los cuales proyectaba lo que estaba ocurriendo en ese mismo momento, en todos los portales del complejo.

Buscó el monitor que se correspondía con el de Celia, sintonizó con su piso, y atrasó el temporizador, unos minutos antes, más o menos a la hora del fallecimiento de Celia. Un miedo atávico empezó a apoderarse de él.

No parecía verse nada, hasta que de pronto, divisó en la penumbra una silueta abriendo la puerta de la casa. ¡Bingo! David dio al pause y ajustó lentamente la pantalla. En la imagen se podía ver a Celia saliendo de casa con una foto (que no podía distinguir bien). Seguidamente, la introdujo en un sobre y la dejó en el buzón de su piso mientras mascullaba algo que no se podía deducir.

Intentó acercar la imagen con el zoom, para poder leer el destinatario de la carta. Seleccionó un *frame* en el que Celia desplazaba la carta hacia el buzón. Pasó por una serie de imágenes un tanto repetitivas y, en respuesta a las cadencias... ¡*Voilà*! Lo consiguió. Celia me quería mandar un último mensaje a mí; Ricardo. Entonces, se quedó pensando unos

minutos, y después del quinto, esbozó una amplia sonrisa.

* * *

El embarcadero Santa Petra estaba en la zona este de El Puerto de Santa María, hacia la bahía de Cádiz. Era hogar de Aquatur, la terminal de cruceros que pasaba por el Atlántico. En ese instante me encontraba caminando entre la hilera de barcas, lanchas motoras, yates y motos de agua que formaban parte de aquel complejo. Necesitaba comprender por qué Rodolfo Pastaso me instaba a seguir la pista de Hypnos, en esa dirección. ¿Qué tendrían que ver un montón de embarcaciones con todo aquello? En ese momento mi mente generaba multitud de elucubraciones, en torno al problema que me acecharía posteriormente.

Cuando intenté adentrarme más en aquel lugar, un guardia de seguridad me paró y me indicó con voz altanera que tenía que pasar por ventanilla. Confieso que en ese preciso instante era un tanto ignorante sobre lo que debía contestar.

—Disculpe, preguntaba por algo relacionado con Hypnos —me atreví a decir.

—No sé qué quiere decir con eso. ¿Se refiere a algún tipo de buque? —me preguntó con cierta extrañeza.

—No, no exactamente… —en ese momento sentí que se me habían agotado los argumentos.

—¿Tiene el código de registro? —volvió a preguntarme.

—¿Código de…?

En un santiamén fui consciente del código al que se refería: era el «261380», el número que aparecía en la carta de Rodolfo Pastaso. El tío del embarcadero, ya complaciente, me dirigió a la parcela H4, y según iba llegando hacia allí, lo vi sin que pudiera salir de mi asombro.

Ante mí se encontraba la barquita que David dejó a Celia el día que desapareció su hermano. Una barca de madera, azul en su exterior y rosa claro en su interior, descascarillada y manchada por el paso inexorable del tiempo, y en cuya cubierta ponía «Hypnos» Entonces los engranajes de mi mente comenzaron a encajar y a rotar de forma armónica y ordenada.

Empecé a recordar cuando en la ouija salió la palabra «ahogado» mientras estábamos en las dunas. Caí en la cuenta de por qué mi padre había dibujado una cruz encima de la foto de David en su dossier, y también pude llegar a una comprensión cabal sobre por qué mi amigo no volvió a ver su propiedad desde que sucedió todo aquello.

Estaba tan abstraído en mis pensamientos que cuando sonó mi móvil no estaba preparado para lo que estaba a punto de escuchar. Mi padrino Hilario había analizado la huella de la carta y la identidad dactilar pertenecía a un niño llamado Jonathan Velázquez. Su imagen llegó a mis pensamientos con la fuerza de un rayo atronador. Tenía delante de mí al verdadero Hypnos que causó su muerte, porque ahora más que nunca sabía que Jonathan estaba muerto. Todo el calvario de dudas y vicisitudes inenarrables que tuve que afrontar y todo el esfuerzo que había hecho para conocer la verdad llegaron a su fin.

Fue entonces cuando el vigilante me interrumpió.

—Disculpe, se me olvidó pedirle que firmara un impreso antes de pasar. ¿Le importaría acercarse a la ventanilla cuando termine, Sr. Velázquez?

Hasta ahora no me había girado para mirar al vigilante, pero cuando escuché su nombre, mi cuello se enroscó para centrar mi mirada fija y absorta en él.

—Perdone, ¿cómo me ha llamado? —inquirí con verdadera curiosidad.

—Velázquez, Antonio Velázquez. Es usted quien depositó aquí su pertenencia.

* * *

Aunque pudiera parecer normal, la actitud de Los Cinco hacia César había cambiado mucho durante este último año. Todo el grupo (excepto yo) mantenía las distancias con él. Con la que más se enemistó en esta última etapa fue con Anna. La causa estribaba en que había engañado a su amigo, manteniendo una relación paralela con David. Por eso no tenía sentido alguno que le llamara Cristina para invitarle a una

«reunión de amigos».

Desde el cumpleaños de Nacho, ni siquiera pasó por ese local, el cual, por cierto, pertenecía a un antiguo bar de la urbanización. Delante de aquel sitio había un pequeño porche en el que, durante muchos años, los amigos quedábamos para ir a la piscina, o salir a tomar algo a la salida. Cuando César llegó, se encontró en la puerta del local con Joaquín, Cristina y Anna. Las caras de los tres amigos estaban compungidas y abatidas tras haber pasado por la muerte de su amiga.

—Llegas tarde —le dijo Anna a César mientras le lanzaba una mirada inquisidora.

—Lo siento, estoy ayudando a mi ex con la quimio, que lo está pasando fatal y... —respondió César.

—¿Y quién no lo está pasando fatal, César? —le interrumpió Anna, de manera un tanto descortés.

Con semblante de indiferencia, Anna se adentró en el local, acompañada por Cristina, mientras que Joaquín y César permanecían aún fuera.

—¿Y Ricardo? ¿No ha venido? —preguntó extrañado César.

—No le hemos invitado —contestó con contundencia Joaquín—. Bastante daño ha hecho ya Ricardo a este grupo. Por su culpa, ahora Celia está muerta.

—¿Quieres que te recuerde que la idea de sacar a Celia del hospital psiquiátrico fue de Anna y David? —expuso César de forma desafiante.

—Puede que ellos también colaboraran, pero lo que está claro es que todo estaba genial hasta que él llegó —respondió Joaquín con claridad—. El grupo de Los Cinco se ha disuelto y hemos decidido volver a unirnos, pero Ricardo ya no formará parte de los nuestros. Por eso te damos la oportunidad a ti de unirte a nosotros, y enterrar las tiranteces que existieron en los últimos tiempos. Tú decides si estás con él o con nosotros —concluyó mientras abría las puertas del local, con objeto de darle a César la oportunidad de entrar.

César titubeó. Tras unos segundos removiendo su conciencia y mirando a Joaquín, decidió entrar. Joaquín sonrió levemente. Se sentía henchido de orgullo, pues habían conseguido un

nuevo amigo tras la traición de Ricardo. «A Ricardo lo único que le importaba era saber la verdad sobre el Niño de Albagranera; en absoluto le importaba cuánta gente caía en su camino. Era un egoísta en toda regla», pensó Joaquín. Cuando César entró, Joaquín sacó la cabeza para mirar a ambos lados de la calle. Después cerró de un portazo.

R DE RESISTENCIA

La palabra cambio se refiere a cualquier situación en la que se dejan determinadas estructuras, procedimientos, comportamientos, etc. para adquirir otros, que permitan la adaptación al contexto, en el cual se encuentra el sistema u organización, y así lograr una estabilidad que facilite la eficacia y efectividad en la ejecución de acciones. La acción que se iba a ejecutar en esa reunión no era algo para lo que César pudiera adaptarse, por lo que en él se producía un claro ejemplo de lo conocido como «resistencia al cambio».

Antes de cerrar la puerta del local y sentarse en el suelo junto con el resto de sus supuestos «amigos», César envió un mensaje de texto a su amigo Ricardo, para que supiera que el grupo estaba reunido. Ante su asombro, Joaquín empezó a mezclar unas cartas de la baraja española y puso una carta boca abajo frente a cada uno de sus amigos.

—¿Estáis preparados? Por favor, permaneced atentos.

A medida que Joaquín hablaba, los demás no daban crédito a lo que estaban escuchando... El auténtico tormento de los amigos no había hecho más que comenzar.

* * *

Cuando llegué a mi casa, estaba perplejo por lo que había descubierto: Antonio Velázquez se había encargado de ocultar el vehículo con el que él mismo había matado a su hijo. La barca de David, Hypnos. No podía perder más el tiempo en ir a rescatar a Sofía, en la dirección que aquel chico me había pasado durante el funeral de Celia; sin embargo, un mensaje de César me hizo frenarme en seco.

EL GRUPO SE HA REUNIDO EN NUESTRO LOCAL DE ALBAGRANERA. ALGO RARO ESTÁ PASANDO. POR FAVOR,

VEN LO ANTES POSIBLE. ES IMPORTANTE.

No pude comprender qué iba a ser más importante que salvar la vida de Sofía, pero por alguna extraña razón, algo me empujó a personarme en aquel local.

Cuando llegué, me extrañó notar un silencio sepulcral en su interior. Si estaban reunidos, ¿qué sentido tenía apagar las luces? De repente, algo me sacó de mi embobamiento, desde el interior escuché a Anna gritar. Empecé a llamar con mucha fuerza, pero nadie me hacía caso. Entonces empujé con todo mi peso la puerta, y justo cuando iba a ceder por mi fuerza, el cierre se abrió. Anna salió del local sollozando y al verme se me echó encima dándome puñetazos en el pecho.

—¡Todo esto es por tu culpa! ¡Nunca tendrías que haber vuelto! ¿Me oyes? ¡Nunca!

Estaba totalmente fuera de sí. Vi cómo Anna giraba el edificio para dirigirse camino a su casa. Justo cuando intentaba ir tras ella, César me frenó.

—Deja que se vaya, aún no ha superado lo de Celia, y busca culpables donde no los hay. No se lo tengas en cuenta, Ricardo, ya se le pasará. Me gustaría regalarte esto. ¿Lo recuerdas? Es una pulsera que compramos juntos el primer año que nos hicimos amigos. Tú perdiste la tuya y lo lamentaste profundamente. Me haría muy feliz que llevaras la mía a partir de ahora, porque eso demostraría que somos amigos inseparables —me consoló César.

Cesar abrochó la pulsera de nudos celeste alrededor de mi muñeca.

—Me dejas sin palabras, César. La verdad que no sé qué decir… Más adelante hablaré con Anna, porque ella tiene que entender que yo no soy el culpable de lo que está pasando, y muy pronto se lo demostraré —dije compungido.

—Claro que sí, tranquilo. Tarde o temprano se dará cuenta.

—Tengo que dejarte, César. He de pasar por casa antes de seguir investigando. Muchas gracias por todo.

* * *

Cuando entré a mi portal, un lúgubre presentimiento invadió mis entrañas. Antes de meterme en casa, revisé la bandeja de correspondencia que siempre hay en cada planta, y pude ver un sobre destinado a mi nombre.

El pulso me tembló cuando fui a abrirlo y vi su contenido. Aquella foto se deslizó por mis dedos hacia el suelo, como si estuviera hecha de mantequilla.

Mis sospechas eran ciertas; seguramente esa foto fue tomada momentos antes de que el Niño de los Altramuces muriera. En la foto, se veía la barca Hypnos, de color azul y rosado, flotando sobre el mar. Y sobre ella, atado con una cuerda gruesa en el tobillo sobre la balsa, estaba Jonathan Velázquez con una expresión de horror y llanto. Así que eso había ocurrido: Antonio Velázquez ató a su propio hijo a aquella balsa para que se ahogara. Por eso, seguramente, Celia poco tenía que aportar a la verdad. Pero ¿cómo era posible que Celia se hubiera hecho con aquella foto? ¿Qué papel jugaba Ángel Salvador, director de Hypnos, en toda aquella historia? Y ¿qué relación tiene con Antonio Velázquez? Estaba muy cerca de la verdad, más tarde acabaría descubriendo que Celia habría sido víctima de un juego incluso mayor del que nunca le hubiera gustado ser partícipe.

Lo único que tenía claro era que debía acudir a la policía con aquella foto, y que a lo mejor entonces creyeran más mi versión respecto a la desaparición de mi compañera. Antes de salir de casa, pude escuchar una vez más los cuatro golpes procedentes del piso de arriba; toc, toc, toc, ¡TOC! Se me erizaban los pelos del brazo cada vez que los escuchaba. Seguramente se tratase de una obra, pero lo cierto era que daba muy mal rollo. Cuando me dispuse a salir del portal, noté que un pesado material me golpeaba la cabeza. Después de eso, ya no recordé nada más…

Me desperté en una casa oscura y tenebrosa. Al abrir los ojos, pude ver que delante de mí había un altillo con una especie de pasarela por encima de mi cabeza, y unas escaleras por las que se ascendía hacia ella. Empezó a sonar una música electrizante que acababan de proyectar, y frente a mí, en la pasarela, apareció una figura recién sacada de Los Hijos de Caín, con gorro de capuchino y todo. En sus manos llevaba

unos guantes blancos. Sujetaba con la mano izquierda la foto que me acababa de arrebatar y que demostraba la verdad sobre Jonathan Velázquez. Con la derecha agarraba un largo cirio de procesión. Ante mi presencia, aquel ser dirigió el cirio hacia la foto, como si fuera alguna especie de ritual, y convirtió en cenizas la imagen.

—¡Noooo! Maldito... ¡Maldito hijo de puta! —grité entre sollozos.

Yo estaba atado con unas cuerdas gruesas a una silla, las mismas seguramente que habían sujetado al Niño de los Altramuces en aquella barca. Cuanta más resistencia oponía, más intenso era el dolor que las cerdas de las cuerdas ejercían sobre mi piel. Después, cuando estuve ya agotado de intentar liberarme de mi cárcel y ante mi sorpresa, aquella figura cortó las cuerdas con la mecha del cirio y me liberó. Tras hacerlo, abrió la puerta y me dejó solo en aquella habitación.

Después de dirigir la mirada más allá de la ventana, me di cuenta de que me encontraba en el interior de la casa de la que procedían los golpes, la que estaba encima de la mía.

Era hora de ir en busca de Sofía al camping Las Dunas. Me acerqué a mi casa para recoger la pistola que había comprado días atrás. Cuando estaba bajando por el ascensor, un número desconocido apareció en mi móvil:

—Inspectora Reyes al habla. Señor Mairén, creo sinceramente que debería ponerse en manos por lo menos de un psiquiatra, porque usted no se encuentra muy bien. La desaparición de ese niño le está trastornando. Mi equipo se ha puesto en contacto con su amiga Sofía. Realmente no les ha costado nada localizarla, puesto que lo ha cogido en su propio teléfono móvil. Eso sí, también hemos hablado con el Sr. Ángel Salvador, que está dispuesto a denunciarle por lo ocurrido.

Estaba claro que Sofía se había visto obligada a mentir. Era imposible que ella estuviera sana y salva. Ahora, la única alternativa que tenía para ayudarla era yo mismo. No sé por qué motivo Ángel Salvador colaboraba con el Sr. Velázquez, pero lo que sí sabía era que yo iba a ser el encargado de poner el punto final en toda esta historia.

* * *

Era impresionante el calor inhumano que hacía esa noche en la cárcel de El Puerto. Las gotas de sudor salían por las sienes de Horacio por debajo de su gorra. Esa noche compartía turno de guardia junto a su compañero Manuel, en una de las puertas que daba al exterior, la del este.

—Tronco, ¿viste el partido de anoche? —preguntó Manuel a Horacio.

—No veo mucho fútbol, tío. Mi mujer se adueña del mando y no hay quien cambie de canal —contestó.

—Menudo calzonazos estás hecho, macho. El *walkie* de Manuel empezó a sonar:

—*¡AGENTE RODRÍGUEZ, AGENTE RODRÍGUEZ! NECESITAMOS REFUERZOS. ¡ACUDA LO ANTES POSIBLE A LA CELDA 212 EN EL PABELLÓN 3*!

Horacio sabía que el plan de fuga del Sr. Velázquez había comenzado. Sin embargo, él no estaba dispuesto a dejarlo finalizar.

* * *

Cuando sonaron las alarmas, Antonio Velázquez sabía que había llegado su momento. Era el momento de vengarse por la muerte de su mujer y la traición de su hija. Los presos empezaron a gritar y vitorear, superando el sonido de la seguridad de la cárcel. Entonces Antonio aprovechó para sortearlos y lograr llegar al pasillo este de la cárcel de El Puerto. Allí mismo, se encontró con su excompañero Horacio. Permanecía en su puesto atento y desafiante. Parece que no se lo iba a poner muy fácil. Antonio Velázquez vaciló en pasar justo al lado de él. Horacio se defendió apuntando con el arma directamente a su cabeza:

—¡Atrás, Antonio! ¡No dé ni un solo paso más o le juro por mi mujer que le disparo!

—Tranquilo, Horacio... Acuérdate de que trabajamos juntos y de que fuimos compañeros. No creo que esté bien amenazar a alguien de tu gremio tan decididamente...

* * *

Cuando el agente Manuel Rodríguez acudió a la llamada de socorro, en la celda 212, el panorama no era lo que se dice muy acogedor. Brotox, el caníbal de la cárcel, apretaba fuertemente el cuello de «El Nalo» intentando asfixiarle. Los policías habían tratado de detenerle disparando alrededor suyo, pero había sido en vano. Manuel se armó de gloria y apuntó sin pensar a Brotox.

—¡Brotox, se terminó! ¡Suelta a ese preso y tírate al suelo!

Brotox hacía caso omiso a las órdenes de su agente y seguía apretando cada vez con mayor fuerza. El tono de piel de El Nalo comenzó a parecer azulado.

Lo último que pudo escuchar El Nalo cuando ya estaba a punto de dejar de respirar para siempre fueron unos disparos que retumbaron en todo el pabellón. Las balas de la pistola del agente Rodríguez atravesaron el pecho de Brotox. Lentamente fue liberando la presión que ejercía sobre el cuello del preso. El Nalo pudo respirar profundamente, cuando por fin escapó de su tortura.

El cuerpo sin vida de Brotox se estampó contra el suelo. Cuando su pecho chocó contra las baldosas, parecía que aquel gigante con su caída, iba a derrumbar la fortificación entera.

* * *

Antonio Velázquez, en cambio, no se sentía nada amenazado ni por el golpe que había provocado Brotox al morir, ni porque Horacio le amenazara con dispararle. Hacía mucho tiempo que Antonio había perdido el miedo a la muerte. De hecho había sido él quien había pagado a Brotox para que matara a El Nalo. Después había dado el chivatazo en la cárcel para que eso le permitiera escapar. No iba a tolerar que un pelele como Horacio se lo impidiera.

—Recuerda lo que dije de tu mujer. Si no permites que me vaya de aquí, me encargaré personalmente de que la despidan y de que no tengáis forma de sacar adelante a vuestros hijos —diciendo esto, hizo otro intento por dirigirse hacia la puerta.

Horacio no se daba por vencido. Amenazó con apretar el gatillo una vez más.

—¡He dicho que no dé ni un solo paso más!

—Vamos, Horacio..., ¿realmente vas a permitir que tu reputación una vez más caiga en picado? ¿No te gustaría ver cómo tu mujer asciende en el Ayuntamiento y consigue un puesto superior a su rango, gracias a mis influencias políticas? —Horacio se dio por vencido. Sus dificultades económicas eran superiores a sus responsabilidades y a su frustración. Cayó de rodillas al suelo y dejó la pistola sobre las baldosas—. Contarás a la policía que te amenacé con este cuchillo y que no pudiste defenderte. Te garantizo que no te arrepentirás de lo que acabas de hacer. Más adelante prometo recompensártelo...

Y diciendo esto, el Sr. Velázquez abrió la puerta Este del pabellón 1, y se fugó de la cárcel para siempre, con la garantía de que nunca jamás iba a regresar. Horacio lo permitió, esta vez sin oponer la menor resistencia.

* * *

ELLA Y ÉL se encontraban columpiándose en una zona infantil que había en el camping Las Dunas. El viento de levante hacía mover los columpios, sin que ellos tuvieran que hacer el más mínimo esfuerzo. Los acontecimientos de los últimos días habían cambiado el rumbo de las circunstancias...

ELLA: —¿Cómo hemos llegado hasta este punto?

ÉL: —No nos ha dejado mejor opción.

ELLA: —¿Realmente tiene que pagar por todo lo que ha pasado?

ÉL: —Es necesario. Ricardo ha llegado demasiado lejos, no podemos permitírselo durante más tiempo.

ELLA no pudo reprimir una lágrima que aterrizó sobre el neumático por el que estaba formado aquel columpio.

* * *

Cuando Ricardo llegó al camping Las Dunas, siguió las indicaciones de la nota de aquel chico. Se dirigió al recinto 2 y

localizó la sexta caravana, tal y como decía la nota. No era una caravana móvil, sino que estaba fija en el camping. Era un modelo familiar, blanco y con gran avance. Tenía una pérgola de verano y el WC estaba enganchado a la cañería general. Tendría una capacidad para más o menos seis u ocho personas. Se encontraba en buen estado y estaba situada en un sitio estratégico del camping, justo a la entrada de ambas piscinas.

Me encontré la puerta semiabierta. Tenía miedo, sí, pero la necesidad de encontrar a Sofía era muy superior a este miedo. Todo esto estaba llegando muy lejos. No podía permitir más muertes sobre mis espaldas. Al pasar el recinto de la cocina, llegué a una especie de salón. Allí me encontré con él, dándome la espalda, y sentado en una especie de sillón de cuero individual. Ángel Salvador me habló con una impasividad impoluta:

—Te estaba esperando.

En ese momento se levantó y se giró hacia a mí. Mis piernas temblaban, pero me encontraba decidido a llegar hasta el final. Levanté la pistola y le apunté al estómago.

—¡Alto, cabrón! ¡Ni te muevas! ¡Dime dónde está Sofía o te mato aquí mismo!

—No te preocupes, Ricardo. Te reunirás con ella antes de lo que esperas —su tranquilidad era sepulcral.

En ese momento sentí un pinchazo en el cuello como si de una picadura de mosquito se tratara. La pistola, junto con mi cuerpo, se desvaneció hacia el suelo. Fui quedándome profundamente dormido, no sin antes ver quién acababa de drogarme. Era Sofía.

—Tu viaje termina aquí, Ricardo. Ya has llegado demasiado lejos...

En ese momento comprendí que resistirse era inútil, puesto que la desgracia tarde o temprano iba a tener lugar, y nada ni nadie podría estar preparado para ella.

S DE SOLEDAD

Ángel Salvador y Sofía eran cómplices. Por ello no han trabajado solos en este tiempo. Tenían motivos, razones y sentimientos para haber permanecido juntos hasta el final.

Antaño, la soledad se solía diagnosticar como una variante de la depresión. Hoy en día se ha reconocido y se la atribuye a nuevas disciplinas: sustantividad propia. El universo de cada individuo está atiborrado de luces que pueden, cada una de ellas, activar, neutralizar o retardar el sentimiento de rechazo o aceptación de los demás. Seguramente ese sentimiento es el que había experimentado nuestra no-amiga Beatriz, cuando le dimos de lado.

En la Antigüedad, el hombre era pacífico y solo se sentía seguro en la manada. La soledad surgía cuando se perdía el centro de la gravedad; se alejaba la manada y dejaba al individuo solo consigo mismo. Mi manada ya me había abandonado. Las dos únicas personas que realmente me habían estado ayudando eran, en realidad, mis verdugos.

Ángel Salvador y Sofía tiraron de mi cuerpo todavía inconsciente, para sacarme del maletero del coche donde me habían metido. Me llevaron hasta un ascensor. Noté entre sueños cómo nos íbamos elevando.

—¿Tienes la llave? —le preguntó Sofía a Ángel.

—Sí, tiene que estar por aquí —le respondió llevándose las manos a los bolsillos, donde, efectivamente, la encontró.

Ángel Salvador introdujo la llave en la cerradura y se adentraron en el edificio. Arrastraban con ellos mi cuerpo, que no mostraba signos aparentes de vida.

Noté que empezaba a recuperar la consciencia y que mis ojos comenzaban a abrirse. Pude ver que me encontraba en el interior de aquel museo que había visitado con César

anteriormente. En ese instante me encontré frente a frente con la pareja del cuadro que había pintado Antonio Velázquez.

—Ahora comprobaremos juntos la verdad acerca de este cuadro. Para eso me tomé tantas molestias en comprarlo —dijo Ángel.

Mi cara de odio hacia Ángel Salvador era salvaje, pero no tanto como la que lancé a Sofía, que se encontraba junto a su lado, impasible. No se cómo pude ser tan tonto. Sofía me había denunciado a la policía para quitarme de en medio, me había robado el fax y yo, como un imbécil, había vuelto a confiar en ella.

El abogado pulsó un interruptor en el mando a distancia que sujetaba. De repente un haz de luz celeste salió disparada desde el interior del corazón pintado y se proyectó hacia el exterior de una de las ventanas del museo. Ante mi asombro, Sofía me liberó de la cinta aislante con la que me habían atado. Cortó cuidadosamente cada una de las porciones de cinta.

—¿Reconoces el lugar hacia donde se dirige la luz? —me preguntó Ángel.

Me aproximé dubitativo a la ventana. La luz llegaba hacia el balcón de una de las viviendas de la urbanización de al lado de la mía: Blegamar.

—Un momento —interrumpió Sofía—... Ahora que recuerdo, Antonio Velázquez además del piso que tenía en Puerto Príncipe, tenía otro piso que alquilaba a turistas en verano en Blegamar. Posiblemente se trate de esa casa.

—Entonces vamos a tener que averiguarlo —añadió Ángel —... Sentimos todos los trastornos causados, Ricardo, pero Sofía y yo no somos los asesinos que tú estás buscando. Sí, es cierto: yo colaboraba con Gustavo y soy el exdirector de Hypnos; pero no soy la persona que mató a tus padres, ni secuestró al niño de Albagranera.

Desde lo más profundo de mi ser salió una exhalación de alivio. Saber que ni Ángel ni Sofía eran malos era algo que realmente me reconfortaba.

—Jonathan Velázquez está muerto —reconocí entre lamentaciones.

—¿Qué estás diciendo? —se sorprendió Sofía—. ¿Cómo te has enterado?

—Celia se ha suicidado… y antes de morir me envió una foto para que la viera. En esa foto sale el niño atado a una balsa en medio del mar. Murió ahogado. Su expresión era de horror y parecía muy asustado.

—¿Qué dices? ¿Celia ha muerto? ¡Joder! ¿Dónde tienes esa foto? —me preguntó Ángel.

—Los Hijos de Caín se encargaron de destruirla. Me asaltaron en el portal y se aseguraron de que viera cómo ardía aquella foto.

—Los Hijos de Caín no están detrás de esto, Ricardo. Alguien sigue queriendo que creas eso.

Los tres nos quedamos atónitos, cuando una luz en el porche de aquella casa de Blegamar se encendió...

* * *

Antonio Velázquez pensó que refugiarse en la casa de Puerto Príncipe no iba a ser seguro, por lo que decidió pasar la noche en su casa de Blegamar hasta que amaneciera. Se sentía solo en esa fría casa de verano, pero Antonio sabía que la soledad es la única que nos entiende, y nunca jamás cuestionaría todo aquello que pensamos. Por la ventana pudo comprobar que alguien había activado la pareja del cuadro que se encontraba en esa casa. Era cuestión de tiempo que se descubriera toda la verdad. Aún tenía un trabajo pendiente: cumplir su amenaza. ÉL no había sido capaz de mantener a Celia con vida; y no solo eso, sino que además había conseguido que matara a su mujer. ÉL tenía que pagar todo lo que había hecho..., así que marcó su número de teléfono.

—¿Sí?

ÉL tragó saliva y Antonio lo notó al otro lado del auricular.

—Hola, amigo. Me gustaría saldar una cuenta contigo. Puedes estar tranquilo, vengo en son de paz, y tan solo quisiera charlar, porque realmente tenemos un problema.

—Me pasaré por la cárcel mañana a primera hora de la

mañana.

—¿Acaso pensabas que no me las iba a ingeniar para escaparme de la cárcel? —le preguntó Antonio—. Me presentaré en tu casa mañana a medianoche. Así que más te vale estar esperándome y no tenerme preparada ninguna sorpresa a mi llegada. Ya te digo que voy en son de paz. Mañana nos vemos a las doce de la noche allí.

Antonio colgó sonriendo. Si de verdad ÉL pensaba seguir con vida después de las doce de la noche es que realmente no conocía quién era Antonio Velázquez. El padre de Celia estaba a punto de saldar una deuda que le había salido muy cara. Ya no tenía nada que perder.

* * *

Nos quedamos embobados durante un rato viendo aquella luz en el edificio de Blegamar. ¿Alguien más tendría acceso a ese piso? ¿Habrían dejado libre a Antonio Velázquez? Muy pronto acabaríamos descubriendo qué era lo que había pasado, pero antes teníamos trabajo por hacer.

—Ángel, el niño que me mandaste para darme la nota en el cementerio y para entregarme el *flyer* del cuadro azul de Antonio Velázquez dejó un mensaje en la playa: NO CONFÍES EN ELLA. ¿Qué pretendías decirme con eso?

—Creo que estás equivocado —respondió Ángel—. Yo te mandé a aquel niño únicamente al cementerio, a ningún otro sitio.

—Pero, entonces... ¿quién es el niño que vi en la playa aquel día cuando salí a correr? —pregunté.

—Creo que aún no te has enterado —intervino Sofía—. Antonio Velázquez colaboraba con alguien que fue el asesino de Gustavo. Ambos están intentando hacernos creer algo que no existe. Olvídate de mensajes y vamos a ponernos manos a la obra. Si te asaltó esta mañana alguien disfrazado de Los Hijos de Caín, aún tiene que tener en su poder esa vestimenta de capuchino.

—Y... ¿dónde sugieres buscarlo?

—¿Todavía necesitas más pistas? —acotó Ángel, sarcástico —. La lancha en el embarcadero, la foto tachada en el sobre de tu padre..., David... —al fin lo asumí.

—Solo él ha podido colaborar con Antonio Velázquez. Antonio, según nos ha contado, dejó la lancha de aquel chico sellada en el embarcadero —explicó Sofía.

—Pero eso no quiere decir que él sea un asesino. Ni siquiera estuvo el día en el que Jonathan desapareció.

—Al menos, no que tú sepas... —intervino ella de nuevo— Necesitamos comprobarlo yendo a su casa. Mañana a primera hora iré contigo y comprobaremos de una vez por todas si es él la persona que estamos buscando.

* * *

Cristina había llegado muy tarde a casa después de la reunión con sus amigos. Se metió cautelosamente en la cama para no despertar a Nacho. Había sido una noche muy larga y una reunión muy amarga. Eran las tres de la madrugada y tuvo la suerte de que Nacho se había quedado esperándola.

—¿No te parece que llegas un poco tarde? —le preguntó Nacho.

—Perdona, no te avisé porque pensaba que iba a terminar antes, pero Los Cinco teníamos bastante que contarnos.

—No te culpo, con lo de Celia y todo lo que habéis pasado, no debe estar el ambiente muy bien que digamos.

—No, para nada. Y tú, ¿qué? ¿Por qué aún sigues despierto? —le preguntó ella.

—No sé, llevo toda la noche dando vueltas a una historia y no he podido dormirme...

Nacho encendió la luz de la mesilla.

—Creo que ya es hora de sincerarme contigo y que te la cuente.

Cristina se sintió extrañada. La cara de su novio estaba pálida. Algo terrible, sin duda, le había sucedido.

—David y yo mentimos el año en que Jonathan desapareció.

No estuvimos en Sevilla; nos quedamos aquí, en Albagranera.

—Pero, Nacho…, ¿¡cómo no me lo dijist…!?

—Déjame terminar, por favor. Bastante difícil para mí es contar esto, y más aún cuando hice un pacto con David para no decir nada al respecto. El caso es que acepté un trabajo que encontré en el periódico. El encargo consistía en llevar una furgoneta hasta lo alto de la llanura de Wilou. Lo que David y yo desconocíamos es que se trataba de un niño vivo lo que trasportábamos. Lo dejamos en el sitio indicado y aparcamos cerca de allí. Pudimos ver cómo de esa bolsa de basura inmensa sacaban a una persona de pequeña estatura y cómo lo asfixiaban con esa misma bolsa. ¿Te das cuenta de lo que te estoy contando?

—¡Nacho! ¿¡Fuisteis cómplices de un asesinato!? ¡Eso es gravísimo! —exclamó ella.

—De un asesinato, no. Del asesinato del Niño de los Altramuces. Seguramente fuera él la persona que llevábamos en el maletero.

—¡Anda ya! ¿Cómo va a ser ese niño? Te recuerdo que el cuerpo de Jonathan Velázquez aún no lo han encontrado. Eso sí, es importante que nadie se entere de esto, y más aún siendo parte del cuerpo de policía.

—Demasiado tarde. Seguramente David ya se lo debe haber contado a Anna.

—Bueno, ella es la que menos me preocupa. Anna tiene otros asuntos en mente ahora mismo de los que encargarse…

Nacho se dio cuenta de que los pies de Cristina estaban manchados de arena.

—¿Dónde te has metido esta noche? No me digas que habéis estado jugando con la ouija de nuevo… —le preguntó él.

—No exactamente. Es largo de explicar… Algún día lo sabrás.

* * *

Sofía y yo nos encontrábamos al pie de uno de los dos edificios marrones de Colomina. En el número 1 vivían

Cristina, Anna, Nacho, David y Joaquín. Subimos al cuarto piso, que era el que correspondía con la puerta de David, y tocamos el timbre. Fueron varios intentos, pero nadie respondió al otro lado de la puerta. Joaquín, que vivía en el apartamento contiguo, al escucharnos hablar en el pasillo, abrió su puerta...

—¡Ricardo! ¿Qué coño haces aquí a estas horas? ¡Por Dios! ¡Son las seis de la mañana! —exclamó Joaquín.

—¿Y tú? ¿No te parece un poquito tarde para estar despierto? ¿Sabes dónde está David?

En el suelo del interior de la casa de Joaquín había pisadas de tierra.

—David se marchó de Cádiz de vuelta a Madrid ayer por la tarde, tras el entierro de Celia —me respondió Joaquín—. No creo que lo veas más por aquí este verano. Y Nacho se ha ido hoy a dormir a casa de Cristina. Lo podrás encontrar allí.

Sofía, por detrás de la cabeza de Joaquín, pudo apreciar algo que conoció a la perfección. Junto al sofá, en el salón, había una lámpara de pie que sujetaba por debajo el traje de Los Hijos de Caín. Joaquín era la persona que había asesinado a Gustavo y que colaboraba con Antonio Velázquez.

—Ricardo, tengo que marcharme. Te veo luego —me dijo Sofía.

Noté que se encontraba tremendamente nerviosa y pude ver cómo salía corriendo escaleras abajo por el portal. Al bajar una planta, marcó el teléfono de Ángel Salvador:

—¡Ángel! ¡No te lo vas a creer! Joaquín, el amigo de Ricardo y Celia, es el ayudante de Antonio Velázquez y la persona que mató a Gustavo. ¿Qué hacemos ahora? Ricardo está en peligro; todos lo estamos.

Sofía llegó a tiempo a decir eso, pero enseguida una sombra se abalanzó sobre ella y la empujó desde el tercer piso, escaleras abajo. Cuando chocó con el último escalón, Sofía dejó de respirar...

La soledad era un lugar bueno para encontrarse; sin embargo, era un sitio malo para quedarse. Sofía había conseguido quedarse en la más triste y sombría soledad.

T DE TRISTEZA

Me gustaría decir a quien me lea dos o tres cosas que he aprendido durante estos últimos años. Lo primero es que sí, es cierto que más de un veinte por ciento de la población está aquejada de una tristeza inexplicable. Se levantan con el semblante compungido a causa de un mal sueño; no saben qué hacer, solos, tantas horas en casa viendo la tele; no quedan ganas de atisbar en otros países la posibilidad de una ida sin retorno; o, como es mi caso, no saben aceptar y asumir las muertes de familiares y amigos.

En la mayoría de edad, la tristeza es el resultado de odiarse a sí mismo y no la falta de cariño de los demás. Ahora, la tristeza que sentían algunos, ante la ausencia del cariño de Sofía, sí que era una tragedia.

Ángel Salvador y yo nos encontrábamos ante la cama que correspondía a Sofía en el hospital de Albagranera.

Al caer por las escaleras del portal, Sofía había hecho tanto ruido que Joaquín y yo habíamos bajado a toda prisa para ver lo que había ocurrido; habíamos encontrado a Sofía inconsciente en el rellano de la escalera. Los médicos diagnosticaron que, además de tener dos costillas rotas, había entrado en un coma profundo. No teníamos idea de cuándo Sofía iba a despertar, pero ya había pagado el precio, por lo que estábamos llegando bastante lejos.

—Se acabó. No puedo más, Ángel. Estoy cansado de dañar a gente que involucro en esta historia —dije, llorando.

—No puedes abandonar ahora, Ricardo. Yo escuché cómo Sofía cayó por las escaleras —añadió Ángel.

—Pero... ¿qué estás diciendo?

—Sofía me llamó asustada porque había visto, en la casa de Joaquín, un traje de Los Hijos de Caín. Él es quien quemó la foto que prueba la verdad; además, colabora con Antonio

Velázquez. Joaquín pertenece a esa secta y fue el que mató a Gustavo.

No daba crédito a lo que estaba escuchando. ¿Cómo podía haber sido tan idiota como para no haber visto el traje en la casa de Joaquín? Entonces fue cuando sacudí la puerta y salí a la calle, enfurecido. Ángel intentó detenerme, pero sus esfuerzos fueron en vano.

Así entendí que el valor de un hombre no se mide por su dinero, ni por su inteligencia, ni por su felicidad; se mide por su capacidad de exteriorizar lo menos posible su tristeza.

* * *

César sabía que se había deshecho de la pulsera que le unía a mí por una buena razón, aunque se negara a reconocerlo. Le entristecía todo lo que había pasado últimamente y sentía que se le había escapado todo de las manos. Uno de los deportes que servían para curar la tristeza y que a César realmente le funcionaba era el *zorbing*. La mayoría de la gente probablemente nunca había oído esa palabra. *Zorbing* era uno de los deportes recreativos más divertidos y extraños jamás concebido. Se practica rodando cuesta abajo dentro de un «orbe» (una bola transparente de plástico). Por supuesto, uno puede practicar *zorbing* sobre una superficie plana, lo cual dará mucho más control del orbe, aunque la emoción de dar vueltas y vueltas sobre una colina o rampa, resultaba una experiencia increíble; emoción más que suficiente, para que César pudiera ahuyentar las malas vibraciones de estos últimos días. *Zorbing* es una actividad que también se puede compartir con amigos, pero César pensó que necesitaba un momento de soledad. No le apetecía ver a nadie; ni siquiera a mí.

Había madrugado mucho para practicar su actividad favorita. Por eso le extrañó que a las 9 de la mañana sonara el timbre de su casa; mucho más extraño era quien se encontraba al otro lado de la puerta: Antonio Velázquez.

—Hola, César. Me gustaría hablar contigo... —dijo Antonio. César estaba entre intranquilo y asustado. Aquel hombre era un psicópata y no sabía de qué forma se había escapado de la cárcel—. Espero que mi presencia no te incomode, me he

tomado muchas molestias para poder estar aquí esta mañana. ¿Puedo pasar?

El chico gay, sin más preámbulos, dejó entrar al padre de su difunta amiga Celia, quien se acomodó en su sofá más preciado.

—¿Qué quiere? Creo que usted y yo no tenemos nada que hablar —espetó César.

—Te equivocas: tenemos mucho de lo que hablar —repuso Antonio—. En primer lugar, quería pedirte disculpas por mi comportamiento durante el entierro. Pero el rencor que siento contra mi hija por lo que ha hecho, se escapa de mi propio ser. Entenderás que no me faltan motivos...

—Celia se encontraba fuera de sí, en gran parte por los fármacos que tú mismo le habías estado suministrando...

—Sí, que Celia hablara era peligroso para todos, incluso para mí mismo. Pero aún queda un cabo suelto, por eso necesito que me hagas un favor, ya que eres el último recurso que me queda. Esta noche por fin voy a vengar todas las injusticias que se han cometido y voy a encargarme de acabar con la persona culpable del suicidio de Celia. Para eso necesito tu ayuda.

—No pienso matar a nadie —afirmó César.

—¿Quién ha dicho matar? Se trata de salvar. Todavía no estoy muy seguro de lo que he descubierto, pero es imprescindible contar con tu apoyo. Eres el único de los amigos de mi hija en el que confío. Presta mucha atención, porque lo que voy a contarte no es muy agradable...

César escuchó atentamente, sin dar crédito. Las cosas no eran como él había creído. Por eso alguien tenía que poner remedio a todo. Y nadie mejor que Antonio Velázquez para encargarse de algo tan difícil.

* * *

Solo tristezas nos nublan haciéndonos dudar, solo tristezas nos visitan y nos hacen llorar. Era el momento de actuar...

Joaquín desconocía el motivo por el que Ricardo volvía hacia su casa. Había dormido muy poquito esa mañana, porque

la noche había sido muy larga. Vio por la ventana cómo el excomponente del grupo de Los Cinco se aproximaba a su edificio. Cuando sonó el timbre y abrió, no se esperaba que Ricardo se le echara encima.

—¡Jodido cabrón! ¡Tú tienes la culpa de todo! ¡Tú le hiciste eso a Sofía!

Metí a Joaquín en casa introduciéndolo a empujones en el salón. Allí encontré el disfraz de capuchino y lo agarré con fuerza.

—¡No sé cómo he podido confiar en ti en todo este tiempo! ¡No eres más que una rata mentirosa!

—Ricardo, si me encargué de destruir esa foto fue porque bastante mal ya lo ha pasado Celia en todo este año pasado como para que encima siga sufriendo más gente por tu culpa — se defendió Joaquín.

—¡Claro! ¡Ahora resulta que te va a importar mucho la vida de Celia! ¡Tú mismo junto a su padre te encargaste de matarla!

¡Ambos sois cómplices! ¡Y además mataste a Gustavo, el compañero de Sofía!

—Que sea uno de los integrantes de Los Hijos de Caín no me convierte en asesino. Simplemente simpatizo con su ideología, nada más. Me enteré de la muerte del amigo de tu amiguita por las noticias. Celia era lo que más me importaba, jamás le hubiera hecho daño.

—Y ¿a cuento de qué me mandasteis a aquel niño para perseguirme por la playa mientras corría?

—¿Qué niño? ¿De qué estás hablando? —se sorprendió Joaquín—. Ricardo, yo no soy cómplice de Antonio Velázquez. Él, junto con su hija, se encargaron de montarlo todo. Ten mucho cuidado: Antonio ha salido de la cárcel y ahora más que nunca todos corremos peligro.

—Me da exactamente igual. ¡Ni Antonio Velázquez, ni tú, ni nadie, vais a impedirme que encuentre el cadáver de Jonathan Velázquez, y que destape de una vez por todas la verdad!

Dejé a Joaquín con la boca abierta y salí corriendo directo a

buscar a Ángel Salvador, para entrar en la casa de Blegamar y poder comprobar a dónde nos llevaba ese cuarto.

A Joaquín le gustaba estar triste, porque de esa forma podía entender las estupideces de la humanidad que le rodeaba. Entre otras, la mía.

* * *

Anna conocía muy bien el sentimiento de tristeza. Se sentía discriminada por su físico, su amor platónico le había abandonado, y para colmo, estaba acabando lentamente con su vida. Por ese motivo, decidió tomarse todo el bote de pastillas de golpe. Necesitaba acabar con su vida cuanto antes, para evitar meter la pata de nuevo.

Cuando su organismo las hubo asimilado, le sorprendió una llamada de la persona que menos se esperaba: David.

—Dime —atendió Anna; aún estaba muy dolida con David por haberle empujado, si bien, en el fondo, sentía haberse excedido al insultar a Esperanza Velázquez.

—Escúchame, Anna, porque es muy importante lo que tengo que decirte...

—¿Qué ocurre? —Anna se incomodó—. Te fuiste sin despedirte, y no pude hablar contigo tras el entierro de Celia.

—Lo siento, intentaré pasarme pronto a hablar contigo, pero ahora estoy en Madrid. He estado investigando sobre lo que hicimos ese año, y he descubierto que Nacho fue el responsable de la muerte de Jonathan Velázquez. Él fue quien llevó a ese niño hacia su tumba.

—Pero ¿qué estás diciendo, David? Eso es imposible.

—Créeme que lo que digo es cierto. Necesito que acudas a la policía, Anna, que cuentes la verdad, porque yo no tengo suficientes agallas para hacerlo, y no puedo traicionar a mi amigo de esa forma directamente. Prométeme que lo harás...

—David, si de algo estoy segura, es de que Nacho no mató al hermano de Celia. De todas formas, haré lo que me pides para que veas que sigo queriéndote; pero eso sí, prométeme que vas a venir a verme lo antes posible...

Anna tenía trabajo que hacer. Por esa razón, nada más colgar, enseguida corrió al retrete para vomitar el bote de pastillas que había ingerido. Ahora se encontraba incluso más perdida que antes.

Para Anna, la tristeza es ese sentimiento que te deja el amor después de haberlo perdido definitivamente.

* * *

De entre todas las habilidades delictivas que enseñaban a los miembros de *Hypnos*, una de las que nos resultó más útil en ese momento, fue la de alterar las cerraduras de las puertas. Con un toque maestro, Ángel Salvador burló la seguridad del edificio y permaneció haciendo guardia para asegurarse de que entráramos a la casa en un momento en el que no estuviera Antonio Velázquez, puesto que en las noticias ya sonaba su fuga.

La casa de Blegamar estaba prácticamente amueblada, con lo mínimo indispensable para vivir en ella, y con una decoración pobre pero minimalista. Por más que cruzamos las estancias, una y otra vez, no hallamos la pareja del cuadro del museo; sin embargo, sí que encontramos su mando junto al de la tele.

De pronto mi atención se centró en un aparador que se encontraba a la entrada. Estaba lleno de utensilios de limpieza y, al retirarlos todos, pude notar que el armario tenía una falsa puerta al fondo.

—¿Tienes algo para abrir esto?

Ángel sacó una especie de palanca de metal de su maletín. Forzamos la puerta e ingresamos en el habitáculo. Dentro de esa falsa puerta había una cajonera. Allí se encontraba, sin ir más lejos, el cuadro. Tumbado y sin servir de parte decorativa de la casa. Antonio Velázquez se había tomado muchas molestias en ocultarlo.

En una de las columnas del salón, saltaba a la vista que era el lugar donde antiguamente se había lucido el cuadro, pues encajaba a la perfección. Con ayuda de Ángel lo coloqué y estuvimos preparados para activar su luz.

—Bien —dijo Ángel—..., veamos hacia dónde nos lleva el

cuadro que ese niño quiso mostrarte en la playa…

Encendimos el interruptor y un haz de luz azul salió desde el interior del corazón del cuadro pareja del museo, atravesando la ventana de la terraza. Me acerqué con temor a la ventana y corrí la cortina. Aunque fueran las cuatro de la tarde, se podía ver con claridad la brillante luz. La línea luminosa desembocaba encima de la piscina de la urbanización, justo encima del eje del timón dibujado en su fondo. En ese momento recordé que Antonio Velázquez había sido el encargado de poner en marcha las obras de nuestros bloques, cuando montaron la piscina y las pistas de tenis.

—Bueno, la búsqueda terminó. Parece que por fin podemos encontrar a Jonathan Velázquez —dijo Ángel, cabizbajo.

Aunque no sepamos lo que es estar tristes, muchas veces lo hemos estado, y ni tan siquiera sin saber por qué.

U de UBICACIÓN

La actuación de profesionales capacitados para la recolección de indicios a partir de una escena del crimen puede conducir a resolver dicho crimen. Una mala actuación, por el contrario, puede impedir la investigación forense sobre los indicios recolectados. En consecuencia, para el tema que se presenta, amplio desde el concepto y de un trabajo de importancia relevante, se tiene en consideración que la posición en la que se halla el cadáver en la escena del crimen es única e irreproducible. Yo no iba a permitir la participación del equipo forense, porque estaba decidido a desenterrar de esa piscina el cuerpo de Jonathan Velázquez.

Me encontraba en la terraza de mi apartamento, mirando el timón de barco en la piscina de la urbanización. Era tremenda la cantidad de vecinos que se bañaban allí todos los días y que no tenían idea de lo que se encontraba debajo de sus cuerpos.

Los golpes procedentes del piso de arriba volvieron a sacarme de mi concentración. Otra vez sonaban sin parar. Si de nuevo era Joaquín intentando asustarme, no tenía ninguna gracia lo que hacía. Cuando estaba a punto de subir para averiguar por qué motivo seguían produciéndose esos golpes, sonó el timbre. La visita de mi tío Hilario me pilló desprevenido en ese momento, pero decidí sincerarme y confiar en él para contarle todo lo que había descubierto hasta el momento.

—¡No me lo puedo creer! ¿Cómo no me habías contado antes algo así? —reprochó mi tío Hilario—. Posiblemente tus padres hayan muerto a consecuencia de este desastre, ¡y yo podría haberlo evitado!

—Lo siento, tío Hilario —me disculpé—. Estaba perdido, y no sabía bien qué hacer. Ahora ha llegado el momento de la verdad. Pero estoy tan cerca que tengo muchos miedos, y no sé

si estoy preparado para afrontarlo todo...

—Ay, Ricardo..., ¡me recuerdas tanto a tu madre...! Tan decidido, tan constante, tan cabezota... No paras hasta conseguir lo que quieres.

Mi tío Hilario y mi madre se conocieron en la juventud. Habían sido grandes amigos toda la vida, e incluso fue él quien presentó a mis padres. Habían sido novios de jóvenes, y en los últimos años fueron grandes amigos. Hilario lamentaba la muerte de mis padres casi tanto como yo.

—Creo que deberías llegar hasta el final, Ricardo. Tus padres merecen saber por qué motivo tuvieron que morir. Y la familia de tu amiga necesita por fin conocer la verdad. Y, sobre todo, descubrir el paradero de ese niño.

—¿Y tú, Hilario? ¿Has quedado con la chica esa del striptease que tanto me recuerda a mi madre? ¿Ya has tenido una cita con ella o aún no?

—¡Por Dios, Ricardo! ¡Si hasta podría ser mi hija! Quita, quita, que ya bastante tengo yo...

Mi tío tenía razón: había llegado demasiado lejos, y ya habían muerto muchas personas, como para que ahora su sacrificio fuera en balde. Era el momento de desenterrar aquel cuerpo. Mi teléfono móvil sonó: era César.

—Dime, César.

—Ricardo, necesito que me ayudes. Estoy desesperado. Diego ha muerto. No pudo soportar una de las sesiones de radioterapia y falleció.

—No me jodas... Cuánto lo siento, tío. En cuanto pueda me acerco a verte.

Diego y César habían estado mucho tiempo juntos como pareja, pero las desavenencias entre ellos les habían hecho dejar su relación. Ahora César tenía que pagar el precio del desamor. Se encontraba desubicado y yo tenía que darle mi apoyo como amigo.

* * *

La inspectora Reyes tenía trabajo acumulado de hacía varios

días, y no le ayudó en nada la interrupción de aquel chico desequilibrado. Se encontraba arriba, en su despacho, cuando la puerta sonó. Era el agente Javier. Alguien quería pasar a verla. Cuando la inspectora Reyes vio a esa chica tan guapa sentarse en la silla que se encontraba frente a ella, pensó que la mala suerte seguía acompañándola.

—Adelante, siéntese, señorita Grimaldi —Anna cogió asiento frente a la mesa, delante de la inspectora—. Tengo entendido que es usted amiga del agente Villar y de ese tal Ricardo Mairén, ¿verdad?

—Así es, señora.

—Y dígame: ¿en qué puede ayudarle el servicio de Policía?

—Vengo a contar la verdad sobre el niño de Albagranera.

Los ojos de Reyes se pusieron como platos, y tuvo que reincorporarse en su asiento.

—¿Qué es lo que quiere contarme?

—El año en que sucedió todo, un chico aceptó un trabajo que encontró en el periódico. El trabajo consistía en conducir un coche, transportando un equipaje un tanto especial: un cuerpo. Cuando lo llevó a su destino, pudo comprobar cómo unos encapuchados asfixiaban al niño.

—Lo que me cuenta no aporta demasiado a la resolución del misterio, señorita. Que una persona acepte un trabajo no le convierte en asesino. Pero quizás sí podamos averiguar más, interrogando a la persona que aceptó aquel encargo. ¿Quién conducía aquel coche, señorita Grimaldi?

—Creo que usted lo conoce bien: el agente Villar.

Reyes no daba crédito a lo que esa cretina estaba diciendo.

—Pero ¿qué cojones estás diciendo? —Reyes golpeó cabreada la mesa con su pistola.

—Sí, meterse en el cuerpo de Policía, fue una forma de saldar su deuda con todo eso.

—Y... ¿con quién iba en el coche? ¿Iba con alguien más? Anna estaba decidida a mentir por su amor platónico.

—No, fue un trabajo que aceptó voluntaria y

conscientemente.

La inspectora Reyes echó a toda prisa a Anna de su despacho. Ya había escuchado suficiente, y estaba cansada de gilipolleces por parte de los amigos del agente Villar. Cuando Anna salió del despacho, Reyes tomó el teléfono fijo.

—Agente Villar, definitivamente debería revisar los amigos que se echa últimamente.

* * *

Doña Claudia estaba intranquila. Había cometido un error al contarle al cura la verdad sobre lo que había descubierto. Pero cargar con ese tormento era demasiado para ella y necesitaba compartirlo con alguien. Conducía por el paseo marítimo con su silla motorizada, cuando le vio, como si de un espejismo se tratase. No daba crédito a lo que veían sus ojos. Ante ella, la viva imagen de Jonathan Velázquez caminando por el paseo. Antonio, vestido con la ropa de su hijo, andaba tranquilamente entre los vecinos, como si fuera un turista. Incluso había arrancado una manga de la camiseta y se había pintado el antojo en forma de flor que Jonathan tenía de nacimiento al igual que su madre. Doña Claudia pensó que era el momento de compartir parte de su verdad con alguien más.

—¿Qué cojones quiere? —la increpó Antonio.

Doña Claudia tragó saliva. Después de encontrarlo en el ascensor, y en el funeral de Esperanza y Celia, no había visto una buena actitud por parte de aquel hombre.

—Tengo que hablar con usted —contestó Claudia—. Es importante.

—Señora, no me malinterprete. Acabo de salir de la cárcel y tengo mejores cosas que hacer que andar con las comeduras de tarro de los vecinos.

—¿Usted sabía que Esperanza tenía una hermana?

Antonio adoptó una posición firme y determinada. Sujetó con fuerza la silla de doña Claudia.

—¡Me importa una mierda la familia de mi mujer! Voy a vengar las muertes de ella y de mi hija ahora mismo. A ver si se

piensa que me he escapado de la cárcel para hablar con usted...

Claudia se sintió acorralada y decidió retirarse. No pensaba confesarle de momento que había sido ella la remitente de la foto que hacía nada había recibido en su teléfono.

—¡Lárguese y déjeme en paz! Dentro de muy poco se dará cuenta de cosas mucho más interesantes que la familia de mi mujer.

Antonio caminó con paso firme hacia la casa de ÉL, para poner fin a toda esta trama de una vez por todas. Él había incumplido su palabra y tenía que pagar por todo lo que había hecho. Antonio estaba determinado a poner punto final al asesinato de su hijo. Antes de proseguir su marcha, hizo una llamada a Cádiz Press, la mayor agencia de medios de la provincia de Cádiz.

—Soy Antonio Velázquez. Me he fugado de la cárcel. Esta noche, a la una de la madrugada, en el número uno de Colomina, contaré toda la verdad sobre la desaparición de mi hijo. Os mostraré en vivo y en directo al mayor responsable de su muerte.

* * *

Cristina tocó el timbre. Cuando la cara de Anna asomó, no pudo reprimir el impulso de romperle el ojo de un puñetazo.

—¡Maldita zorra envidiosa! —le gritó Cristina mientras la agredía—. Te mereces todo lo que te está pasando. Eres una escoria. Sabía que siempre habías estado pillada por Nacho, pero nunca pensé que fueras a llegar tan lejos —Anna retrocedió y se tropezó con la mesa que había detrás. Sin duda, Nacho y Cristina ya se habían enterado de sus confesiones a la policía—. ¿Qué es lo que pretendes, Anna? ¿Por qué quieres arrastrar contigo al infierno a la única gente que te apoya? Ya que te ha dado por contar la verdad, ¿por qué no dices que tu amiguito David estaba implicado también en ese trabajo que aceptó Nacho?

—David no ha tenido culpa de nada. Bastante tiene ya con haber pasado por lo de Celia y Esperanza Velázquez.

—Pobre ignorante... Te está utilizando a su favor, cuando no

siente ningún tipo de amor por ti. Él solo tiene ojos para la vieja de los Velázquez.

—Entre ellos dos ya no puede haber nada más. Es de lógica —se defendió Anna.

—Lógico no, querida; es elemental. Si vuelves a acercarte a Nacho, a mí, o a cualquiera de nosotros, juro que acabaré con tu vida antes de que tú misma acabes con ella.

Después de decir eso, Cristina se marchó de la casa de Anna dando un portazo. Ya estaba cansada de que todo el mundo tomara por tonto a su novio.

* * *

Y allí me encontraba yo. A las diez de la noche, caminando alrededor de la piscina que estaba a punto de destrozar, con un martillo en la mano que hacía girar sobre mi muñeca. La piscina cerraba a las nueve. A partir de las nueve y media ya empezaba a esconderse el sol y las familias volvían de la playa a sus casas. Era el momento ideal para entrar sin ser visto. Estuve escondido en los baños, hasta que salió el último de los vecinos de la urbanización. Aún no había perdido el miedo a lo que me iba a encontrar en el fondo de aquel embalse.

Me quité delicadamente la camiseta y me tiré con el bañador a la parte más honda. Buceé hasta el centro de la piscina, donde se encontraba el timón, y con fuerza empecé a golpear con el martillo en su punto central. Sonaba a hueco. El oxígeno se me terminaba, así que cogí impulso para salir al exterior. Después de tomar una bocanada de aire húmedo, volví a sumergirme, pero esta vez con más furia. Las baldosas empezaron a ceder y pude introducir mis brazos en el interior de una especie de cajonera que había bajo el suelo. Agarré una bolsa de basura que palparon mis manos y me dirigí con ella hacia una de las escalerillas. En ese último esfuerzo me había quedado sin aliento.

En el interior de la bolsa de basura reciclable había una caja de madera de aproximadamente el mismo tamaño que una caja de zapatos —igual, o un poco más grande—. Su tapa era deslizable y su cubierta tenía grabada una pirámide: el logotipo de «Hypnos». Aparté cuidadosamente la tapa y pude ver el

interior del recipiente. Ante mis ojos se encontraba la ropa con la que Jonathan Velázquez murió: una camiseta a rayas blancas y azules, un bañador verde y unas chanclas amarillas, exactamente la misma ropa que llevaba en la foto que Joaquín se encargó de destruir. Sujeté compungido la vestimenta de aquel niño y la apreté contra mi pecho, sin dar crédito a lo que estaba viendo.

En medio del trance en el que me encontraba, advertí el sonido metálico de algo que chocó contra el borde de la piscina. Del interior del bolsillo del bañador del niño se había caído una pequeña llave de cobre, en cuya empuñadura había un corazón en relieve. Había visto ese corazón antes, pero no recordaba dónde. Tras pensar un minuto, caí en la cuenta de lo que era: ese corazón estaba también en la caja de música que Celia tenía en su cuarto. Seguramente allí podría encontrar una nueva pista.

Estaba cansado ya de este juego del gato y el ratón. Más que una investigación, parecía una yinkana. Pero ya había empezado, y estaba tan cerca que no podía parar. Antonio Velázquez se había escapado y era cuestión de tiempo que viniera a por mí. Debía actuar rápido, y sobre todo ser cauteloso, porque cualquier mínimo error podía provocar que acabara como mi compañera Sofía.

Joaquín no podía estar metido en el ajo, porque estaba claro que él no pudo empujar a Sofía por las escaleras del edificio de Colomina. El ayudante de Antonio Velázquez debería tratarse, pues, de otra persona.

Cuando todo está perdido, cuando ya no queda ninguna esperanza, solo nos queda continuar cogiendo un punto de partida. Ahora teníamos la ubicación perfecta por donde podíamos empezar.

V de VENGANZA

El tanatorio La Vela llevaba ese nombre porque antiguamente se exhibía en esa misma plaza un barco a vela. Cuando entré en ese ambiente tan oscuro, pude ver a la mayoría de los asistentes vestidos con ropas formales y negras. Entre ellos reconocía a amigos y familiares de César y Diego. Al final, junto al féretro, estaba César llorando arrodillado, sin sacarle la vista a su amor perdido.

Me acerqué entre los familiares hacia él y pude notar que Nacho estaba también a su lado. Aunque la amistad entre David y César brillaba por su ausencia, Nacho siempre había tratado muy bien a este último y no se había dejado contaminar por su mejor amigo.

Diego estaba irreconocible en ese cajón. Nunca entenderé por qué a los muertos los maquillan de esa manera tan surrealista que no se parece en nada a cómo fueron en vida. Él siempre había tenido un aspecto cadavérico, por lo delgado y pálido; sin embargo, parecía tener un tono azulado que lo volvía casi otra persona.

César alzó la mirada y notó mi presencia.

—Yo no creo que se esté equivocando, niño —dijo Nacho a César—. En algo sí que es cierto que teníais razón: David no es tan amigo como parecía ser. Ha traicionado mi confianza. Ahora no me queda otra que traicionar la suya y contar la verdad.

—¿Por qué siempre tienen que pagar el plato los que menos culpa tienen de nada? —dijo César entre lamentaciones, casi sin mirarme.

—Tío, esto era una probabilidad. Saldrás de esta, estoy convencido de ello. Yo también pasé por algo parecido cuando Alejandra murió. ¿Lo recuerdas? —le contestó Nacho.

—Sí, «saldrás de esta». Eso mismo le decía yo a Diego. Y ahora mira: promesas incumplidas.

—No sabes cuánto lo lamento, César, pero no tienes que culparte de esto. Perdona por no haber podido venir antes, pero ya sabes que estos días estoy que no paro —le dije.

César endureció su mirada.

—¿Aún sigues detrás de tus investigaciones? ¿Es que nunca te vas a cansar? ¿Cuánta gente más tiene que morir para que te des cuenta de que lo que estás haciendo es un error? —Su tono se volvió acusador—. ¿La verdad? ¿Qué verdad?—volvió a dirigirse a Nacho.

—Lo que hicimos ese verano en que Jonathan despareció —le contestó Nacho—. Mentimos a todo el mundo, pero lo cierto es que estábamos más cerca de vosotros de lo que imagináis, César.

—¿Qué estás diciendo? ¿Dónde coño estabais? —preguntó César indignado.

—Digamos que… trabajando. Pero eso es lo único que debéis saber. Esta historia de salpicar nos debe salpicar a mí y a David, a nadie más. Pero pienso encargarme de que ese cabrón de Antonio Velázquez pague de una buena vez por lo que ha hecho.

Nacho hizo una pausa y, casi susurrando, dije:

—Ven un momento, Nacho.

Aparté a Nacho de allí para que César no pudiera escucharlo. No quería tener que oír más veces lo de «NO ENTROMETERME EN EL ASUNTO DE JONATHAN VELÁZQUEZ», porque lo iba a seguir haciendo, y si algo me sobran son los sermones.

—Necesito tu ayuda, colega. Me gustaría acceder a la escena del crimen para coger una última prueba que me falta.

—Cuenta con ello, Ricardo. Precisamente ahora iba a irme para allá, porque he quedado con la inspectora Reyes para recopilar más pruebas.

—¿Y cómo voy a hacer para inspeccionar la casa sin que la inspectora lo sepa? Esa mujer me odia y va a hacer lo posible

para mantenerme lejos de allí.

—Eso déjamelo a mí. Tengo la clave para poderla entretener el tiempo suficiente.

Estuve un rato más hablando con César y consolándole por la muerte de su ex. Me hizo jurar y perjurar que me mantendría alejado del caso «Jonathan Velázquez» y le terminé diciendo lo que quería escuchar, aunque no fuera cierto. Antes de salir con Nacho, Anna me devolvió la llamada que le había hecho. Pero ahora no podía pararme a charlar, porque tenía trabajo que hacer. La conversación que le debía a Anna tendría que esperar.

Creo no equivocarme al afirmar que siempre le hemos temido al cáncer. Pero hubo una época en la que el sida ocupó la primicia en cuanto a fama se refiere. Captó la atención de todo el mundo, cundió el pánico y se extendió a través de los mares y montañas. Ahora el cáncer volvía para vengarse, exactamente igual que Antonio Velázquez.

* * *

ÉL ya estaba preparado para recibir en su casa a Antonio Velázquez. Había esperado mucho tiempo ese momento tratando de evitarlo, pero ya no quedaba otra opción.

Lamentaba profundamente lo que le había hecho a Ricardo, pero era necesario destruir todas las pruebas. Aprovechó que la casa superior a la de Ricardo estaba abierta para llevar a cabo su acto y provocar la incineración de la prueba. Si algo había aprendido en todo este tiempo de Los Hijos de Caín era que, ante todo, uno debe ser fiel a sus valores; y él lo estaba haciendo.

Como ocasión especial que era, también había que hacer un brindis acorde. ÉL se acordó de una botella de vino que compró una vez en una pequeña tienda familiar de Valladolid. Cogió aquel Ribera de Duero, que tan de moda se había puesto por la época en que lo adquirió, y se sirvió una copa. Era una botella de 18,7 cl, de esas con tapón a rosca. Con gusto hacia el cliente, el matrimonio que regentaba la tienda se la había entregado con tarjeta manuscrita y con un lazo rojo lacrado al

vidrio.

Cuando terminó de darle un trago largo a la copa, marcó el número de ELLA. Era la hora de despedirse.

ELLA: —¿Estás bien? Te noto algo disperso.

ÉL: —Sí, llamaba para despedirme. Hoy voy a encargarme de matar a Antonio Velázquez. No queda otra alternativa y no voy a permitir que Ricardo caiga en la trampa.

ELLA: —Pero ¿qué dices? No es necesario llegar a esos extremos, seguro que puede haber otra solución.

ÉL: —¿Cuál? ¿Que muera Ricardo? Yo iré a la cárcel por asesinato, pero por lo menos eso me garantizará salvar otras vidas.

ELLA: —Ten mucho cuidado, ese hombre es muy peligroso.

Cuando ÉL colgó el teléfono, pensó que posiblemente esa iba a ser la última conversación que tuviera con ELLA.

Sí, Joaquín era consciente de que en esa noche podría morir, al enfrentarse a Antonio Velázquez.

* * *

Llegué a la urbanización de Valparacino, donde vivían Celia y Esperanza. La zona se encontraba acordonada por decenas de coches de policía. En la puerta de la urbanización Nacho me frenó.

—Voy a distraer a la inspectora. En cuanto te haga una llamada perdida, tienes vía libre para entrar. Esa será nuestra señal. Espera en la puerta trasera del edificio.

Dicho esto, Nacho entró en la casa de Celia. Un montón de policías inspeccionaban el lugar en busca de huellas. Se encontró a la inspectora Reyes inclinada en el suelo, en una zona más quemada de lo normal, seguramente el lugar donde Celia había calcinado el cuerpo de su madre.

—¡Hombre, Nacho! —le dijo la inspectora Reyes—. ¡Te estaba esperando! ¿Hablaste con la estúpida de tu amiga, o todavía no?

—Lo cierto es... que me gustaría hablar con usted,

inspectora.

Reyes sabía que algo no estaba bien en el oficial. Se levantó y le miró directamente a los ojos.

—¿Qué está pasando, Nacho?

—Realmente la historia que le contó Anna tiene parte de verdad y otra no tan literal. ¿Tiene un momento para hablar?

Reyes sacó a Nacho del edificio y lo llevó a sentarse en un banco que había frente a la piscina de la urbanización. La inspectora estaba expectante. Si era cierto lo que la señorita Grimaldi había contado, su oficial se había metido en un problema. Nacho aprovechó para hacer una llamada a Ricardo y darle el aviso para que pudiera entrar.

—Vamos a ver, Nacho, puedes confiar en mí para lo que necesites. No quiero que me veas como una jefa, sino como una amiga. Pero, por favor, cuéntame toda la verdad.

Entré en la escena del crimen, pasando desapercibido entre el resto de los policías. Sorteé los obstáculos del equipo de investigación y logré adentrarme en la habitación de Celia, donde hallé la caja de música que estaba buscando. La metí en la mochila y volví a salir del edificio. Al salir a la calle, me senté en una escalera de piedra bajo el portal y extraje del bolsillo la llave que encontré en el fondo de la piscina. La introduje en la caja de música y, al abrirla, una bailarina salió de la caja. De su interior las notas de la ópera *Nessum Dorma* emanaban tenuemente. Cuando la música paró, un compartimento de la caja se abrió. Dentro pude encontrar una tarjeta de memoria, que seguramente pertenecía a la cámara de fotos que Sofía robó a Antonio Velázquez en su casa.

Como mi portátil tenía reproductor de tarjetas, logré introducirla en él para ver qué contenía. Se habían tomado cinco fotos con esa cámara. Las fui pasando una a una, y todas eran más o menos parecidas: en ellas salía el hermano pequeño de Celia atado en aquella balsa de David, llorando y acobardado. Las pasé una tras otra, y en una de ellas encontré algo que hizo que me detuviera más que las otras. Al lado de la balsa había una persona nadando y alejándose de ella. Aunque no se podía reconocer el rostro de aquel individuo, mostraba el brazo, y en la muñeca lucía una pulsera inconfundible para mí.

Reconocí de inmediato a la persona que la llevaba y me di cuenta de que siempre había estado jugando conmigo. Joaquín había colaborado en el ahogamiento de Jonathan Velázquez.

Como tenía el *WhatsApp* de Antonio, le envié en ese instante la foto que acababa de descubrir, para que supiera que yo conocía la verdad. A continuación, mandé otro mensaje a Anna diciéndole que me esperara en la playa, a la altura de Colomina 1, y que se trajera su lancha motora. Tan solo cuando recibí la confirmación de Anna, salí directo hacia casa de Joaquín.

La inspectora Reyes no daba crédito a lo que Nacho le estaba contando. El oficial de policía reconocía haber aceptado ese trabajo y haber contribuido al asesinato de aquella persona.

—Nacho, ¿por qué cojones no me lo contaste antes?

—Tenía miedo, y sobre todo no quería involucrar al que creía mi amigo.

—¿Qué amigo? ¿Ricardo Mairén?

—No, aquel día no iba yo solo en ese coche. Esa es la única mentira que Anna te contó.

—¿Quién te acompañaba? ¿Y por qué motivo esa chica iba a mentir?

—Iba conmigo mi mejor amigo de Madrid: David. Anna mintió al respecto, porque fue David quien la empujó a contar la verdad. Anna está enamorada de David desde que le conoce y David la manipula a su antojo.

—Nacho, no te preocupes, has hecho bien en contármelo. Intentaré que no salgas muy perjudicado. Ahora nos tenemos que poner manos a la obra y enterarnos de si ese hombrecito era en verdad o no Jonathan Velázquez.

Cuando la inspectora volvió a entrar en el edificio, Nacho aprovechó la ocasión para llamar a David. David se encontraba conduciendo en aquel momento y no le quedó otra que poner el manos libres de su móvil.

—David al habla. ¿Quién es?

—Hombre, si es el traidor —le dijo Nacho con tono irónico —. ¿Cómo te va?

—Nacho, no me quedó otra. Necesitaba deshacerme de ese

peso que tenía encima y contar la verdad.

—Claro, por supuesto. Contar la verdad pero sin incluirte en ella, ¿no? Eres un jodido hijo de puta.

—Yo no tengo idea de lo que Anna le contó a la policía, pero yo no le dije que discriminara nada.

—Tranquilo, David. Si querías que se supiera la verdad, ya la he confirmado. Ahora estamos metidos hasta el cuello, tanto tú como yo.

La llamada se cortó y David siguió conduciendo hacia su casa. Cuando bajó del coche, todavía tenía dibujada la sonrisa en su rostro. A diferencia de Nacho, David sí estaba seguro de que era un niño a quien habían llevado en aquel coche. Por fin, la venganza hacia la persona que tanto daño le había causado a su amada estaba a punto de comenzar.

* * *

Antonio Velázquez no entendía por qué Ricardo Mairén le había mandado aquella foto, pero estaba claro que Ricardo a estas alturas ya debería conocer bastantes detalles sobre la muerte de su hijo.

Cuando Joaquín abrió la puerta de su casa, su rostro no era de sorpresa.

—Adelante, Sr. Velázquez —dijo.

Antonio dio un rodeo por la casa y se detuvo frente a la mesa donde había apoyada una botella de vino.

—Bueno —dijo este—... supongo que una reunión especial tiene que celebrarse de una forma especial, ¿no es cierto? —cogió dos vasos de la cristalería que había en la pared y sirvió el vino en las dos copas, no sin antes colocar de forma magistral, y con un sorprendente juego de manos, dos pastillitas en el fondo de una de las copas, de tal modo que el alcohol cubriera con su tono oscuro las píldoras y no quedara rastro de ellas. Le dio a Joaquín la copa que correspondía.

—Veo que me has subestimado, amiguito... Sabía desde un primer momento que habías intentado matar a mi hija. Lo que no entiendo es por qué, con todo lo que significabas para ella.

Te advertí que, si le pasaba algo, tú ibas a pagar las consecuencias. El tiempo se acabó. Dentro de una hora estarán aquí todos los medios de comunicación y me encargaré de hacerte responsable de la muerte de mi hijo. Quieren un culpable y tú vas a ser la cabeza que equilibre la balanza.

Cuando Joaquín elevó su copa para beber, Antonio pudo reconocer en su brazo aquella pulsera que se veía en la foto, nadando junto a su hijo. En ese momento, Antonio comprendió la verdad; entendió que, además de su hija, Joaquín también estuvo implicado en la muerte de su hijo pequeño, y pudo ver la pistola escondida en el bolsillo de atrás del pantalón de aquel chico. Antonio rompió la botella contra el borde de la mesa y se abalanzó encima de Joaquín con toda su ira, adelantándose al ataque. Joaquín se quedó pálido, porque no entendía ese cambio de actitud. Estaba tan asustado que no le dio tiempo a reaccionar y a sacar la pistola que tenía guardada. Ahora ya era demasiado tarde.

* * *

Escuché gritos en el piso de arriba del número 1 de Colomina. Subí corriendo las escaleras (las mismas que habían acabado con Sofía). Cuando al final llegué, nadie respondía al timbre de la puerta, por lo que decidí reventar el cerrojo de un disparo. Al entrar en la vivienda, el espectáculo era sobrecogedor. Antonio Velázquez apretaba con fuerza el cuello de Joaquín y estaba a punto de matarle, por lo que no dudé ni un instante en dispararle a ese hombre que tanto tormento me había causado. La bala le dio en el hombro, así que Antonio cogió sus últimas fuerzas para reincorporarse y cortar la garganta de Joaquín, con el cristal roto que sujetaba con la mano.

Un chorro de sangre salió propulsado desde el cuello de Joaquín. Ante tal horror, disparé de nuevo a Antonio Velázquez, esta vez en el omoplato, para asegurarme de que no pudiera volver a moverse. Me arrodillé delante de mi amigo y pude ver cómo su vida se escapaba entre mis manos.

—Lo... lo siento Ricardo... —dijo antes de morir.

Con mis ojos empapados en lágrimas, me levanté y di una patada con toda mi rabia a aquel vil señor de poca monta. Ante

mi asombro, Antonio Velázquez, en vez de lamentarse, se empezó a desternillar de la risa y comenzó a aplaudir.

—¡Bravo! ¡Mi héroe! ¡Estás marcando tendencia! Sin ti, nadie podría haber descubierto jamás la verdad. Aunque yo te aconsejo que no des más pasos y que te retires ahora que estás a tiempo.

—¡Maldito bastardo! ¡Dime de una puta vez dónde coño está el cadáver de tu hijo! ¡En nada vendrá la policía a buscarte y no solo me lo tendrás que contar a mí, sino que tendrás que declarar también ante un juez!

—Demasiado tarde, amigo mío. Creo que el veneno que me eché en el vaso antes de que tú vinieras va a impedir que hable mucho más —Antonio se fue debilitando lentamente.

Esta vez mi tono se derrumbó, parecía más bien de súplica.

—Por favor, Antonio. Necesito saber qué ocurrió con mis padres. Necesito poner el punto final a toda esta historia.

Antonio le contestó con su último suspiro:

—No sabes dónde te estás metiendo, Ricardo. Al único que ya puedes salvar es a ti mismo. Pero te advierto que, si sigues avanzando, ya no habrá vuelta atrás. En Wilou hallarás la respuesta a tus preguntas.

El cuerpo inerte de Antonio Velázquez se quedó sin vida. Él mismo se había cobrado su propia venganza; ahora era mi turno y la recta final había llegado. Estaba rozando con los dedos el cadáver de Jonathan y tendría que poner la guinda a este trágico pastel.

Era la 1:15 de la madrugada, momento en que Antonio había decidido revelar toda la verdad sobre el Niño de Albagranera.

W de WILOU

Salí del edificio espantado por el espectáculo que acababa de presenciar. Estaba tan absorto que no me dio tiempo de defenderme de la marabunta de periodistas que acorralaba el edificio con sus cámaras de televisión. Uno de ellos se me echó encima:

—Señor, a la una de la madrugada Antonio Velázquez, el padre del Niño de los Altramuces, iba a confesar la verdad en este edificio. ¿Usted sabe algo?

—Lo único que sé es que el señor Velázquez ya no prestará declaración alguna.

—Caballero, hemos escuchado un disparo procedente de los pisos de arriba. ¿Nos podría indicar qué ha pasado? —preguntó una reportera.

—No voy a prestarme a hacer ninguna declaración. Todo lo que necesiten saber, háblenlo con la policía.

Me marché indignado. Un montón de canales de televisión se agrupaban en torno a Colomina y varios coches de policía también rodeaban la zona. Decidí marcharme cuanto antes, pero en ese momento se bajó del coche la última policía, la inspectora Reyes. Pude escaparme antes de que me viera.

Caminé decidido hacia la playa. Anna me ayudaría a llegar hasta Wilou para encontrar el cadáver del hermano de Celia. Antes de saltar a la arena, alguien me detuvo. Era César, que me preguntó:

—¡Ricardo! ¿Qué ha pasado? ¿A dónde vas?

Mi íntimo amigo tenía la mandíbula desencajada.

—César, Joaquín ha muerto —le contesté—. Antonio Velázquez lo ha asesinado.

—¿¡Qué!? —César no daba crédito a lo que estaba oyendo

salir de mi boca.

—Ya sé dónde está el cadáver de Jonathan Velázquez. Tengo que terminar con todo esto de una vez. La gente merece saber la verdad.

Cuando iba a girar para caminar hacia el mar, me sorprendió que César me agarrase por la muñeca, justo por encima de la pulsera que me había regalado.

—Ni se te ocurra —me advirtió—. Si descubres el cadáver de ese niño, será lo último que hagas. ¿Es que no te das cuenta de lo peligroso que es todo este asunto?

—Me da igual, ya me he cansado de esperar. Mis padres merecen saber el motivo por el que murieron y yo pienso encargarme de desvelarlo —me deshice de la mano de César.

Cuando ya me estaba dirigiendo hacia la orilla, César me gritó lo último:

—¡Ricardo! ¡Tus padres murieron por nada! ¡No caigas tú en su mismo error!

Estaba ya harto de que todo el mundo intentase frenarme. Cuando llegué a la orilla, me encontré con Anna junto a su lancha motora.

—Menos mal que has llegado. Ha pasado algo terrible —le dije a Anna.

Me subí en la lancha motora, mientras Anna comenzaba a conducirla. Mis nervios estaban a flor de piel.

—¿Hacia dónde vamos? —preguntó ella.

—Vamos a Wilou. Deprisa, no hay tiempo que perder.

* * *

La inspectora Reyes y Nacho se adentraron en aquel piso de Colomina. El espeluznante escenario parecía salido de una novela de Dante. Ante ellos estaba Joaquín, con el cuello rajado y desangrado. A su lado, Antonio Velázquez, también sin vida, con dos disparos en el cuerpo. Tras analizar la escena, el equipo forense llegó a la conclusión de que hubo un forcejeo entre ambas víctimas que acabó con la muerte de las dos. Sin embargo, la pistola de Joaquín en ningún momento se había

disparado, por lo que el culpable de la muerte del señor Velázquez debería ser otra persona que habría estado en poder de otra pistola. Esa persona era Ricardo, a quien habían visto al llegar en el porche de Colomina.

—Nacho, tu amigo es el verdadero culpable de todo esto —dijo Reyes.

—¿Qué está diciendo? —contestó Nacho—. Ricardo es incapaz de matar a nadie.

—Créame, oficial; reconozco a un asesino cuando lo veo —continuó Reyes—. Su amigo Ricardo está obsesionado. Tiene motivos y tiene razones. Tenemos que encontrarle cuanto antes.

Nacho inspeccionó los bolsillos del pantalón de Antonio Velázquez. En su interior había un plano de la llanura de Wilou, por lo que Nacho afirmó:

—Creo que sé la dirección hacia la que se ha dirigido Ricardo.

La inspectora agarró con fuerza aquel papel y, al observarlo, cogió su *walkie* y lo dirigió hacia la boca, dando las órdenes oportunas.

—¡Atención a todas las unidades! Necesito un equipo patrulla cuanto antes en la llanura de Wilou. Nuestro asesino se dirige hacia allí.

* * *

Anna conducía la lancha motora. Nos dirigíamos hacia la llanura de Wilou. Las lanchas a motor no eran precisamente baratas, ya que, como todo lujo, tiene su costo; pero si realmente eres un amante del esquí acuático, encontrarás la manera de hacerte con una en una tienda especializada.

Nosotros estábamos encima de una Tige 20 ci. Era un modelo clásico dentro de la gama, especialmente construido para la práctica deportiva. Equipada con un motor V8 en el centro, la lancha ofrecía la máxima capacidad de tracción y una excelente estabilidad para llevarnos a nuestro destino.

Durante el camino, le conté a Anna todo lo que había

pasado. Ella no salía de su asombro. Tenía asumido que iba a llegar hasta el final del misterio, por lo que ella, a diferencia de César, no intentó detenerme. Se la veía muy afectada por la muerte de Joaquín, casi tanto como yo; pero en ella vi una expresión como si ya se lo esperara..., lo cual me sorprendió.

—¿Qué piensas hacer cuando desentierres el cadáver? —me preguntó.

—¿Tú que crees, Anna? Llevarlo a la policía o llamarles para que lo vean lo antes posible. A ver si esta vez logran creerme.

—Todavía no entiendo por qué Joaquín se enfrentó a Antonio Velázquez —murmuró pensativa.

—Está claro que Joaquín había descubierto algo de Celia que no quería que ninguno de nosotros supiéramos, ni siquiera el padre de esta.

—¿Así que tú crees que Celia tuvo algo que ver con la muerte de Jonathan? —siguió preguntando Anna.

—Imagino que sí...

—Entonces, ¿por qué motivo mató a su madrastra? —Anna seguía dudando.

—Pues... no lo sé bien..., pero imagino que porque había perdido el juicio totalmente.

Todo parecía muy confuso, pero ya faltaba poco para despejar todas las incógnitas. Al llegar al pie de la llanura, Anna atracó la lancha en el muelle. Me bajé de la embarcación y me temblaban las piernas. Algo dentro de mi cuerpo me frenaba, me impelía a no seguir hacia delante, pero no sabía muy bien qué era.

Escalé las rocas para llegar a la llanura. Entonces me dio un ataque de ansiedad, que hizo que me cayera al suelo nada más llegar a la última roca. Sentí una fuerte presión en el pecho que no dejaba entrar aire en mis pulmones. Parecía que me estaba ahogando. Finalmente que se produjo el vómito. Estar tan cerca de la verdad estaba pudiendo con mi salud.

Había dicho a Anna que me esperara en el muelle, porque allí iba a estar mucho más segura. Me encontraba, tras todos mis esfuerzos, sobre la llanura de Wilou. Seguro que la

constructora que llevó a cabo las edificaciones de Albagranera, la constructora Wilou, no se imaginaba lo que años después iba a suceder en aquella zona que habían declarado zona virgen, sobre la que el Ayuntamiento había prohibido construir. ¿Cómo era posible que aquella zona hubiese sido elegida para enterrar un cadáver, cuando toda la gente que salía a correr, mañana, tarde y noche, acababa allí su entrenamiento?

Ahora tocaba buscar, pero lo tenía complicado, ya que, aunque la llanura pareciera pequeña, tenía un montón de metros cuadrados alrededor. Vi un campo con la flor de ñorbo que un invitado trajo al entierro de Celia, aunque ahora mismo no recordaba quién. Cuando me aproximé al campo lo vi.

En una zona clareada de la llanura, habían hecho un dibujo con hierba plantada. Un timón similar al de la piscina de nuestra urbanización. Sabía que había llegado a la meta, a mi meta. Escarbé frenéticamente en la arena y el césped. Estaba fuera de mí, mis ansias por hallar el cuerpo estaban pudiendo conmigo.

De repente mis uñas tocaron algo y casi se me desgarran de mis dedos. Excavé aún con más intensidad y lo encontré: eran los restos de un cuerpo de niño. Pequeño, de poco peso, casi convertido en esqueleto. Al final, cuando todo parecía llegar a su fin, había perdido la única esperanza que me quedaba, que era encontrar a Jonathan Velázquez con vida. Me arrodillé derrotado en el suelo. Llorando cogí el cadáver de aquel niño y lo puse sobre mis rodillas.

—¡Dios mío! ¡¿Por qué?! —clamé. Mis motivos se rompieron en mil pedazos y entonces, solo entonces, me arrepentí de haber llegado hasta el final.

Unos pasos detrás de mí me sacaron de mi desilusión y de mis sueños rotos. Una sombra acechaba. Cuando me giré, sin fuerzas ya, reconocí de nuevo la figura de capuchino de Los Hijos de Caín.

—¡¿Por qué habéis hecho esto?! ¡Sois unos asesinos! —Mis lágrimas se desbordaban alrededor de mis mejillas.

—¿Nosotros? Te equivocas, Ricardo... Aquí el único asesino que hay eres tú.

Si en ese momento me hubieran hecho una foto, esa imagen horrorizaría mucho más que la de Jonathan Velázquez amarrado encima de la balsa. Conocía muy bien la voz que salía desde la caperuza. ELLA desveló su rostro y dejó al descubierto su verdadera identidad: Cristina.

—¿Tú? ¿Por qué tú?

—Intentamos avisarte de mil maneras, Ricardo, para no llegar a esto; ahora ya es demasiado tarde… —replicó Cristina.

No entendí nada en ese momento. ¿Cristina estaba detrás de todo esto? ¿Qué le había sucedido a esa amiga mía sevillana para acabar de aquella manera? Ella contestó a una llamada en su móvil.

—Estoy en Wilou. Ricardo ha venido a llevarse de nuevo el cadáver.

En ese instante, escuché sirenas y helicópteros de la policía que se aproximaban desde todas las direcciones, y enfocándose hacia mí. Una luz iluminaba la escena desde un helicóptero patrulla de la policía del puerto. Me di cuenta de que la persona a la que Cristina había dado el aviso era su novio Nacho, quién si no. La megafonía integrada en el helicóptero se activó.

—NO SE MUEVA Y ¡MANTENGA LAS MANOS EN ALTO! NO LE PASARÁ NADA SI SIGUE NUESTRAS INSTRUCCIONES. REPETIMOS: ¡NO LE PASARÁ NADA SI HACE LO QUE LE DECIMOS!

Me sentí acorralado, pero dentro de mi soledad aún me quedaba una pregunta por hacerle a mi traicionera amiga.

—¿Por qué me has hecho esto? ¿Qué he hecho mal para que me carguéis la culpa de algo de lo que no soy culpable?

Cristina contestó:

—¿Que qué has hecho mal? Apartarte del grupo de Los Cinco cuando más te necesitábamos, meterte en asuntos que no te llamaban, para tan solo cubrirte de gloria. ¿Te parecen poco todavía esos motivos? Te daré un consejo: lo mejor que puedes hacer es huir. Tu tiempo se acaba, Ricardo. Corre.

No sé ni cómo lo hice, pero conseguí escaquearme de la luz

de aquella aeronave conducida por Nacho. Me tiré rodando piedras abajo, hasta acabar medio moribundo en el muelle. Anna me encontró malherido junto a la lancha motora. Gritó:

—¡Ricardo! ¡Oh, Dios mío, Ricardo! ¿Estás bien?

Su ayuda y su poca fuerza bastaron para conseguir meterme dentro de la lancha de nuevo. No daba crédito a todo lo que estaba pasando. Traicionado por mi amiga Cristina y por Joaquín. Todavía no conseguía entender el papel de ellos en todo esto.

—¡Ricardo! ¿Qué ha pasado ahí arriba? ¿Por qué estamos rodeados por la policía? —preguntó Anna.

Con mi debilidad, solo pude articular unas palabras: «¡Arranca! ¡Deprisa!». Anna se puso en marcha y nos fuimos rápidamente de la llanura de vuelta a las urbanizaciones. Vi desde mi inconsciencia cómo un barco de la guardia costera se acercaba a nosotros pisándonos los talones. Para mi asombro, Anna frenó la marcha e hizo que la lancha se detuviese en medio de la bahía. No podía entender lo que estaba haciendo.

—¿Qué coño haces, Anna? ¿Quieres arrancar? Vienen tras nosotros, joder. Se piensan que yo he matado a Jonathan Velázquez.

—Estoy cansada ya de correr, Ricardo —me respondió Anna —. Siempre corriendo en mi vida, siempre de delante para atrás, por algo que nunca he hecho. Se acabó la carrera, es hora de pagar por nuestros errores.

—Pero ¿qué dices? ¡Tienes que arrancar, joder! ¡Se lo debo a mis padres! Es por quien estoy haciendo todo esto.

—Ya dan igual tus padres —murmuró Anna—. Están muertos. Bastantes molestias me tomé para matarles.

No podía asimilar lo que estaba escuchando. Cuando conseguí ponerme de pie, saqué mi pistola y apunté directamente a Anna.

—¿Qu… qué has dicho?

—Sí, Ricardo. Yo misma acabé con la vida de tus padres, porque estaban llegando demasiado lejos con sus investigaciones.

—Bien…, e imagino que ahora de la misma forma queréis acabar conmigo, ¿no?

La inspectora Reyes iba al mando del buque que se encontraba detrás de nosotros. Volvió a insistir por el sistema de megafonía:

—¡DETÉNGASE, SEÑOR MAIRÉN! ¡NO COMETA MÁS LOCURAS!

—Te equivocas… —Anna sonrió—. A ti te espera un destino mucho peor que la muerte: la vida…

Anna se echó encima de sus manos y se autodisparó mi pistola, metiendo el dedo índice en el gatillo, que propulsó una bala sobre su pecho. Lo último que pudo ver en vida fue a mí en el suelo y a la inspectora Reyes sobre mi cuerpo de rodillas poniéndome unas esposas. Cuando Anna murió, aún tenía la sonrisa plasmada en su rostro.

Deseaba llegar hasta el final y ahora el final era quien me había atrapado. Me culparon de la muerte de Jonathan Velázquez y fui traicionado por todos mis amigos. Wilou había puesto el punto final en toda esta historia; pero el principio de mi infierno no había hecho más que comenzar. Había pruebas más que suficientes que jugaban en mi contra…

X DE XEROFTALMIA

Al habla de nuevo el narrador. He decidido otorgar este nombre al capítulo por dos razones: la primera, porque no se me ocurrían muchas palabras que empezaran por la letra X; la segunda, porque he pensado en vosotros, ya que la xeroftalmia es una enfermedad ocular que se caracteriza por la sequedad persistente de la conjuntiva y opacidad de la córnea. Así es como os vais a quedar vosotros después de daros las últimas piezas que faltan de este complicado puzle. No sé si aún se habrán despejado vuestras incógnitas con esta historia, pero estos fragmentos que os faltan en el cerebro servirán para entender todo mucho mejor.

* * *

7 de agosto de 2012

Anna, Joaquín, Cristina, Celia y César bajaban como cada verano a jugar a la playa de Albagranera. Ese día, Celia tenía una misión, que era gastarle una broma pesada e inolvidable a su hermano pequeño, que también les acompañaba. Odiaba con todas sus fuerzas a su madrastra y al fruto de esa relación, a Jonathan.

Se encontraban tirados en las dunas con las toallas. Celia les propuso jugar a padres e hijos. Del juego surgieron varios retos. César propuso a Joaquín meterse en las dunas y gritar: «¡Maricones!»; Cristina le propuso a Anna meterse en un contenedor de basura donde echaban todos los residuos que encontraban del mar; por último, era el turno de Celia, que deseaba más que nunca vengarse de su hermanastro.

Celia se excusó de sus amigos unos instantes y se alejó a realizar una llamada:

—Soy yo. Hice lo que me dijiste. Ahora tengo la oportunidad perfecta de hacerle pagar a mi hermano todo el daño que me

ha hecho. ¿Qué se te ocurre que podría hacerle? Ah, sí. ¡Qué buena idea! ¡Claro, qué tonta! ¿Cómo no se me ha podido ocurrir antes?

Jonathan esperaba con nervios la prueba de su hermanita. Él era consciente de que Celia no le tragaba, aunque confiaba en que eventualmente se llevarían bien.

—Y bien, Celia, ¿qué has decidido? —dijo Joaquín.

—Ya tengo la prueba. Jonathan, te subiremos a una barca en medio del mar y tienes que aguantar encima de ella quince minutos.

La cara de horror de su hermano le hizo gracia a todos. Su hermana sabía que él tenía fobia al agua, que no sabía nadar. El simple hecho de encontrarse indefenso frente a esa situación le espantó. Nunca, en sus siete años recién cumplidos, se había encontrado en una situación similar. El Niño de Albagranera intentó salir corriendo ante esa proposición, pero Joaquín y Cristina (ÉL Y ELLA) le agarraron. Le cogieron a la fuerza y le arrastraron hasta la balsa para que no pudiera escapar.

—Espera, chavalote, aún falta una cosa —dijo Joaquín.

Cogió una cuerda fuerte, se la ató al tobillo y entre todos metieron en lo profundo la lancha con Jonathan encima. Celia realmente disfrutaba del momento y no paraba de echar fotos con su cámara. César, que no se lo estaba pasando tan bien, le dijo:

—¿No crees que nos estamos excediendo? El chico tiene miedo al agua y lo va a pasar realmente mal.

—¡Anda ya! Se lo merece, que ya bastante mal se lo ha hecho pasar a Celia—exclamó Anna apoyando el acto.

Jonathan, paralizado e indefenso, intentó concentrarse para que los quince minutos se pasaran cuanto antes. Pero cuando vio que el grupo de amigos le abandonaba, el pánico se apoderó de él y empezó a llorar.

—Vamos a darnos una vuelta. ¡Que le jodan y que sufra como yo he sufrido!

—Celia, creo que te estás pasando. Al fin y al cabo no es más que un niño—le dijo César.

—¿Quieres que en la próxima prueba te atemos a ti también, César? Pues entonces, cállate.

Celia estaba decidida y feliz por ver cumplida su venganza. Sin embargo, la cosa se les escapó de las manos. Cuando volvieron después de dar una vuelta, se encontraron la barca volcada y la cuerda hundida en el agua. Los chicos nadaron angustiados por recuperar al niño, pero cuando cogieron el cuerpo y lo llevaron a la orilla, ya era demasiado tarde. Intentaron hacerle el boca a boca, pero Jonathan no respiraba. Celia palideció.

—¡Jonathan, no! ¡Dios mío, qué he hecho! ¡Cómo he podido ser tan canalla! —gritó Celia desesperada.

Que apareciera de pronto el padre de ambos en la playa no ayudó mucho. Al ver a su hijo tumbado en el suelo, sin moverse, se escandalizó.

—¡Jonathan! ¡Oh, dios mío!, ¿¡Qué habéis hecho!? —les gritó desesperado.

Se arrodilló en la arena y hundió la cara en el pecho del niño. Posó su rostro sobre la ropa mojada de su hijo. Joaquín decidió exculparse.

—Fue idea de Celia, ella quiso hacerle eso a su hermano. Ha muerto por su culpa.

Antonio Velázquez no pudo comprimir su ira. Se abalanzó sobre su hija y la abofeteó varias veces. En ese momento a todos, excepto a César, les vino el recuerdo de cuando la madre de su amiga, Beatriz, le abofeteó por pensar que había matado al pájaro.

—¡Maldita hija de puta malnacida! ¡Has matado a mi hijo! —gritó Antonio desconsolado.

Ese fue el último momento en el que Celia habló. Después, el padre se encargó del cadáver y nos pidió guardar silencio para siempre. Celia quedó sumida en un trance del que no se despertaría jamás. Lo que el padre del niño no llegó a saber fue que los responsables de la muerte de su hijo habían sido todos y no solo Celia.

* * *

7 de septiembre de 2012

Alfonso Mairén se enteró de toda la verdad. Sabía qué es lo que había pasado con el Niño de los Altramuces, y también sabía que su vida corría peligro. Decidió advertir a su mujer de que iba a pasar a recogerle de inmediato y se preparara para salir. Lo que Alfonso no sabía era que alguien se había encargado de sellar las puertas de la casa con silicona. La encerraron y retrasaron su huida. Revisó la carpeta de su investigación y pensó que había llegado el momento de cerrar el capítulo.

Cuando llegó a Puerto Príncipe, llamó a su mujer por el telefonillo para que bajara. Tras unos minutos de espera, se temió lo peor. Decidió subir a buscarla. Entonces se dio cuenta de que su mujer se encontraba bien, pero que no podía salir de casa. Precisamente el que la había encerrado, aprovechó el tiempo para cortar los frenos del coche de Alfonso y provocar el accidente.

Cuando Alfonso Mairén logró liberar a su esposa no esperaron el ascensor. Bajaron a toda prisa por las escaleras, pero antes dejó todas sus cosas en la habitación. Cogieron el coche y arrancaron destino a la policía.

—¿Qué ha pasado, Alfonso? Escuché tu mensaje. ¿De qué te has enterado? —le pregunto Carmen con angustia.

—Ya sé dónde está el niño. Rodolfo Pastaso ha descubierto todo. Debemos ir a denunciarlo de inmediato —le replicó Alfonso.

—¿¡Dónde está su cadáver!? —le contestó.

A Alfonso, que iba conduciendo a toda velocidad, no le dio tiempo a reaccionar. Un tráiler se le cruzó en medio de la carretera y se llevó la vida del matrimonio por delante.

* * *

César finalmente accedió a entrar al local de Colomina junto con el resto de sus amigos y dejó atrás a Ricardo. Cuando Joaquín le invitó a pasar, se encontró sentadas en el suelo a Anna y a Cristina.

—Siéntate, por favor —le dijo Joaquín a César.

César cogió un hueco libre en el suelo y Joaquín empezó a barajar cuatro cartas.

—Dentro de estas cartas hay un as de oros. Al que le toque, tendrá que morir para impedir que Ricardo descubra la verdad sobre lo que hicimos el año pasado. No nos queda otra alternativa. Uno de nosotros tiene que sacrificarse para salvar al resto, dijo seriamente Joaquín.

César estaba escandalizado. No se esperaba que la reunión fuera para eso. El pobre Ricardo no se merecía todo lo que le estaba pasando, solo buscaba respuestas ante la muerte de sus padres. Joaquín repartió una carta a cada uno de los participantes. Cuando César iba a levantar la suya, su cuerpo se paralizó. Al descubrir que se trataba del caballo de copas, sus nervios se calmaron.

La «afortunada» fue Anna. Por eso se alteró tanto cuando Ricardo se la encontró al salir del local.

—¡No! ¿¡Por qué yo!? Esa puta fue la que mató a su hermano. ¿Por qué tengo que cargar yo con la culpa? —les decía.

—Anna, fuiste la primera en aceptar las reglas de este juego. Ahora tienes que asumir las consecuencias. Permitiendo que Ricardo te mate, salvarás al resto —le replicó Joaquín.

—¿Y por qué razón Ricardo iba a matarme? ¡Estás loco! —le contestó.

—Por ser la persona que mató a sus padres. Creo que con ese motivo bastará —insistió Joaquín.

Anna no daba crédito a lo que estaba escuchando.

—¿Cómo pretendes que le diga algo así? ¡Yo no maté a sus padres! —le gritó ella.

—Entonces..., te va a tocar mentir —le respondió parcamente Joaquín.

Anna entró en cólera y se derrumbó. Nunca pensó que tras aceptar el juego el sacrificio tuviera que hacerlo la exnovia de Ricardo.

* * *

El 7 de agosto de 2012, no muy lejos de donde se encontraba el grupo de Los Cinco, Nacho y David llevaron su «paquete» al destino que le marcó el anuncio. Cuando David vio que se trataba de un niño lo que habían trasportado, se horrorizó. Creyó ver la silueta de Jonathan Velázquez, pero no quiso mencionárselo a Nacho, porque él más que ninguno temía la verdad. Ambos pudieron ver dos sombras que salían de los matorrales. Descubrieron la cara del chico y le asfixiaron con una bolsa de plástico. Sin embargo, Nacho, aunque se dio cuenta de que era un niño o una persona de baja estatura, no pudo reconocer su rostro. David, en cambio, sabía perfectamente de quién se trataba. Una de las sombras cargó el cuerpo sin vida del niño sobre su hombro y despareció con él de la zona. Estaban en Wilou.

Y DE YIN Y YANG

Según la RAE, el yin y el yang son dos conceptos del taoísmo que exponen la dualidad de todo lo existente en el universo. Describe las dos fuerzas fundamentales opuestas y complementarias que se encuentran en todas las cosas. El yin es el principio femenino, la tierra, la oscuridad, la pasividad y la absorción; el yang es el principio masculino, el cielo, la luz, la actividad y la penetración.

Quiero exponer en los siguientes párrafos el yin y yang de toda esta historia, para que vosotros mismos os deis cuenta de que la verdad estuvo siempre delante de vuestras narices y que fuisteis unos ignorantes al no saber reconocerla.

Capítulo: Prólogo. Personaje:

Don Nadie.

Contexto: El narrador se dirige al lector al comenzar el relato.

(...) *Esta mañana, al abrir mi buzón, he hallado en su interior un paquete. La mayoría de las personas —por no decir absolutamente todas— se sienten halagadas y felices cuando son premiadas con un regalo; pero yo no, yo me siento la persona más desgraciada, puesto que ese obsequio se lo hice a una persona a la que quería, y que ahora me odia con el mayor de los desprecios... Y razón no le falta.* (...)

(...) *Todavía estoy tratando de olvidar todas las cosas horribles que sucedieron este verano, pero es imposible. Esta carga emocional puede conmigo. Nadie en su sano juicio puede soportar una presión tan fuerte.* (...)

(...) *Con estas palabras doy paso a la historia, MI HISTORIA, y ante todo la historia de él, que fue quien menos culpa tuvo de nada, y que lo único que pretendió en todo momento fue ayudar.* (...)

Capítulo: A de Amistad. Personaje:

César.

Contexto: César recibe a Ricardo tras llegar a Albagranera.

(...) —Bueno... la verdad es que las cosas, como ya te conté, están muy cambiadas. El trato entre nosotros, a raíz de lo que ocurrió el año pasado, no sigue igual. Se nota mucha tensión y distanciamiento (...)

Capítulo: B de Bienvenida.

Personaje: Sofía.

Contexto: Sofía entra en el cuarto de Jonathan Velázquez y descubre la verdad sobre Antonio.

(...) En las paredes, pintadas con sangre, había frases escritas como «Te quiero», «Lo siento», «Perdóname», o «Te llevo en mi corazón». Las paredes estaban rajadas debido posiblemente a la fuerza que habían hecho las uñas de aquel hombre arañándolas con desesperación. (...)

(...) *Ella había perdido todo lo que le importaba y le interesaba de aquel hombre. Ahora tenía una cámara digital... y lo que se había fotografiado con ella era el terror mismo plasmado en imagen.* (...)

Capítulo: C de Confianza. Personajes: David y Ricardo.

Contexto: David y Ricardo hablan sobre César.

(...) —David: Un momento, Ricardo, antes de irte, dime..., ¿aún mantienes relación con César?

—¿Con César? Sí, claro, es muy buen amigo. ¿Por qué lo preguntas?

Su rostro se volvió duro y serio.

—No te fíes de él, Ricardo... César no es la misma persona que hace dos años. Aunque no percibas nada, ha cambiado mucho. Te lo digo para advertirte (...)

Capítulo: D de Dependencia.

Personajes: Los Cinco junto con David. Contexto: El grupo juega a la ouija en las dunas.

(…) Durante unos segundos, que se hicieron largos, no hubo respuesta. El espíritu no quería seguir hablando con nosotros. Nos miramos, pensando en dar por finalizada la sesión. Pero en ese momento el círculo dibujó en un instante la palabra

«A H O G A D O»

Nos miramos inquietos. En ese momento pasó algo. Celia empezó a gemir y a poner cara de horror; de pronto parecía salir de su aislamiento (…)

(…) —Espíritu ahogado, ¿puedes decirnos tu verdadero nombre?

Esta vez también fue rápido en responder. En unos segundos el círculo nos guio por el máster, para que el espíritu revelara su auténtica identidad. «JONATHAN» pronunciamos todos sincronizados (…)

(…) No nos dio tiempo a reaccionar: un sonido gutural, que salió de la boca de Celia, nos heló la sangré. Un grito como jamás había escuchado. Cada vez que lo recuerdo se me pone el pelo de punta. Nunca antes había visto algo así. La cara de Celia era de un terror sobrenatural, un terror desde lo más profundo de su alma (…)

Capítulo: E de Elección.

Personajes: ÉL y Celia.

Contexto: ÉL está en casa de Celia cuidando de ella.

(…) —No, Celia, tu hermano no está en Hypnos; tu hermano está muerto, ¿te acuerdas? Murió por tu culpa y, si hablas, tu padre cargará con toda la responsabilidad (…)

(…) —Sí, Celia. Por tu culpa Jonathan murió y lo sabes. Por eso todos te han dado de lado. Te ha dado de lado tu padre, que es a quién más quieres, y te han dado de lado tus amigos. Todos te odian, Celia. Todos te temen. Porque no eres más que veneno para todo el mundo. Tan solo tu madre es la que insiste en cuidarte, sin saber todo el daño que has hecho (…)

Capítulo: F de Fragilidad.

Personaje: Antonio Velázquez.

Contexto: Antonio Velázquez se dirige a su mujer en el hospital, cuando este acude a ver a Celia, que se acaba de intentar suicidar.

(...) —No es tu hija, Esperanza. Has demostrado no saber cuidar de Celia, y es hora de hacerme cargo como padre. Aunque no lo hago por ella...; en realidad a quien estoy protegiendo es a ti. Solo tú tendrás permiso para verla, nadie más. Aunque te recomiendo por tu bien que no lo hagas. No sería lo más acertado (...)

Capítulo: G de Gustavo y Gilda.

Personajes: David y Nacho.

Contexto: David y Nacho hablan sobre lo que hicieron el verano del 2012.

(...) —Tienes que tirar para adelante, Nacho. Hay cosas mucho peores.

—No mucho peores que la muerte. Fuimos cómplices de un asesinato, David. No hay nada peor que eso (...)

Capítulo: H de Hypnos.

Personaje: Antonio.

Contexto: Reflexiones de Antonio Velázquez.

(...) Las puertas del hospital Santa Cruz se abrieron. La silla de ruedas se fue deslizando a paso ligero por aquel silencioso pasillo, solo iluminado por parpadeantes luces. Los angustiosos gemidos de Celia era lo único audible, mientras su padre empujaba la silla. Finalmente había tomado el control de la situación. Si su hija recuperara el habla, supondría un claro problema, no solo para él, sino para todo el mundo (...)

(...) Antes de echarla de casa, esa maldita zorra robó de la habitación de su hijo la cámara de fotos que llevaba Celia aquel día. Posiblemente, lo que se había fotografiado con ella fueran pruebas más que evidentes de lo que ocurrió; pero la tarjeta de memoria de esa cámara despareció, así que lo único que pudo

ver Sofía en aquella cámara fueron las fotos más tiernas de su matrimonio con Esperanza (...)

Capítulo: I de Implicación.

Personajes: Ricardo y David.

Contexto: David menciona Hypnos **por primera vez.**

(...) —Está bien, os ayudaré; todo sea por alejarla de ese monstruo. A propósito: ¿vosotros conocéis una organización de actores aquí en Cádiz llamada Hypnos?

—Pues la verdad que no, pero me suena a una balsa que tuve yo hace años, que tenía tatuada en su cubierta el nombre de «Hypnos». ¿Recuerdas? (...)

Capítulo: J de Juramento.

Personaje: ÉL (Joaquín).

Contexto: ÉL en Los Hijos de Caín**.**

(...)En estos momentos, ÉL se encontraba en paz y armonía en aquel lugar, que era el único sitio donde refugiarse. Pertenecer a ese grupo le hacía sentirse bien consigo mismo, ya que afuera todo se veía mucho más turbio. Le tranquilizaba la textura del traje que llevaba puesto y el aroma que se respiraba en aquel lugar. Ya todo estaba a punto de comenzar (...)

(...) Mientras, Gustavo y Sofía, que abandonaban la iglesia sin sus gorros de capuchino, tenían que soportar los abucheos e insultos por parte de aquellas personas. ÉL en cambio se mantenía callado; había reconocido a la novia de Antonio Velázquez de inmediato. Algo no marchaba bien, y ÉL tenía que hacer algo antes de que pasara algo peor. No tardó ni dos segundos en escribir un mensaje al móvil del padre de Jonathan y Celia. (...)

Capítulo: K de Kamikaze.

Personaje: Antonio Velázquez.

Contexto: Antonio recibe la visita de su mujer en la cárcel.

(...) —¡No pierdas el tiempo! ¡Jonathan está muerto! ¡Es

inútil que sigas buscando esperanzas donde no las hay! (...)

(...) Esa iba a ser la última vez que Esperanza y Antonio volverían a verse. Antonio había mentido; él sí sabía dónde estaba el Niño de Albagranera. Su vida ya no tenía sentido. Todo se había desmoronado. Celia era un verdadero peligro para todos. Habría podido evitar que todo saliera mal, pero ahora el secreto acabaría descubriéndose (...)

Capítulo: M de Muerte.

Personaje: Celia

Contexto: Celia se dirige a Ricardo dentro de su autismo.

(...) —Todo fue culpa de Hypnos —confesó Celia—. Yo no fui. Yo no maté a mi hermano (...)

Capítulo: N de Nostalgia.

Personajes: Cristina y Nacho.

Contexto: Cristina en la peluquería recoge los pelos de Ricardo.

(...) —Sabes de sobra lo peligroso que es tener a Ricardo metiendo las narices en este asunto. Sabrás lo que tienes que hacer, ¿no?

—Lo sé. Le pisaré los talones para asegurarme de que no vuelva a la carga.

Cristina se encargó de barrer los restos de pelo de Ricardo (...)

Capítulo: Ñ de Ñorbo.

Personaje: Narrador.

Contexto: El narrador recoge flores para el entierro de Celia en Wilou.

(...) *Pero ¿es ÉL en realidad Ángel Salvador? Queda un poco todavía para descubrir la verdad, sin embargo en este instante no puedo evitar que una imagen se me venga a la mente. Aquella vez, en pleno mes de agosto, salí de casa triste, cabizbajo, sin fuerzas ni*

ánimo, camino de Wilou. Lo único que quedaba en esas tierras eran flores de ñorbo. Una antigua sanadora hindú las llevaba donde descansaban los muertos, para que su alma se purificara. A esa zona desértica fui a recogerlas (...)

Capítulo: O de Origen. Personajes:

Los Cinco y Beatriz.

Contexto: Los Cinco matan al pájaro de Beatriz y sellan su pacto de por vida.

(...) —¡Anda, Anna! Pero si es una niña insoportable. Lo que no sé es como tus padres la siguen invitando a venir. Desde luego, gracias a Ricardo nos hemos hecho todos uno. Se me ocurre una cosa: ¿Por qué no hacemos un pacto de amistad? A partir de ahora estaremos unidos para siempre...

Entonces Joaquín ingenió la creación del lema que mantendría unido a Los Cinco durante años:

«Ahora y por siempre Los Cinco estarán, y nada ni nadie los separará» (...)

Capítulo: P de Pérdida.

Personajes: Cristina y Antonio.

Contexto: Cristina habla en el coche de camino en el cementerio. Antonio Velázquez dedica unas palabras a su familia.

(...) —¡Se acabó! No quiero volver a oír hablar de ese crío. Bastante mal lo hemos pasado ya. Cada vez que alguien se mueve alrededor del desaparecido, sale mal parado. ¡Te prohíbo que vuelvas a tocar ese tema! (...)

(...) —Perdóname —Antonio apoyó las palmas de sus manos cuidadosamente sobre el ataúd, ante la atenta mirada de sus vecinos. Se incorporó y, cuando se dirigió hacia la lápida de su hija, su expresión cambió. Pude constatar cómo pasó de ser un hombre dolido, a un hombre vengativo—. Ojalá te pudras en el infierno.

Después de haber dicho esto, escupió sobre el ataúd de su hija (...)

Capítulo: Q de Quebrantable.

Personaje: Ricardo.

Contexto: Ricardo descubre en el embarcadero que fue Antonio Velázquez quien escondió Hypnos**.**

(...) —Disculpe, se me olvidó pedirle que firmara un impreso antes de pasar. ¿Le importaría acercarse a la ventanilla cuando termine, Sr. Velázquez?

Hasta ahora no me había girado para mirar al vigilante, pero cuando escuché su nombre, mi cuello se enroscó para centrar mi mirada fija y absorta en él.

—Perdone, ¿cómo me ha llamado? —inquirí con verdadera curiosidad.

—Velázquez, Antonio Velázquez. Es usted quien depositó aquí su pertenencia (...)

Capítulo: R de Resistencia. Personajes:

Ricardo, Anna y César

Contexto: Ricardo llega al local donde los amigos se han reunido para jugar a las cartas. César, para animarle, le hace un regalo.

(...) Cuando llegué, me extrañó notar un silencio sepulcral en su interior. Si estaban reunidos, ¿qué sentido tenía apagar las luces? De repente, algo me sacó de mi embobamiento, desde el interior escuché a Anna gritar. Empecé a llamar con mucha fuerza, pero nadie me hacía caso, entonces empujé con todo mi peso la puerta y justo cuando iba a ceder por mi fuerza, el cierre se abrió. Anna salió del local sollozando, y al verme, se me echó encima dándome puñetazos en el pecho.

—¡Todo esto es por tu culpa! ¡Nunca tendrías que haber vuelto! ¿Me oyes? ¡Nunca! (...)

Capítulo: S de Soledad.

Personajes: Sofía.

Contexto: Sofía descubre que Joaquín es quien quemó la foto que servía de prueba en el asesinato de Jonathan.

(...) Sofía, por detrás de la cabeza de Joaquín, pudo apreciar algo que conoció a la perfección. Junto al sofá, en el salón, había una lámpara de pie que sujetaba por debajo el traje de Los Hijos de Caín. Joaquín era la persona que había asesinado a Gustavo y que colaboraba con Antonio Velázquez (...)

Capítulo: T de Tristeza. Personajes:

Ricardo y Joaquín.

Contexto: Ricardo culpa a Joaquín de haberle enviado a aquel niño que le dejó el mensaje en la playa junto con la foto.

(...) —Y ¿a cuento de qué me mandasteis a aquel niño para perseguirme por la playa mientras corría?

—¿Qué niño? ¿De qué estás hablando? —se sorprendió Joaquín—. Ricardo, yo no soy cómplice de Antonio Velázquez. Él, junto con su hija, se encargaron de montarlo todo. Ten mucho cuidado: Antonio ha salido de la cárcel y ahora más que nunca todos corremos peligro (...)

Capítulo: V de Venganza.

Personaje: ÉL.

Contexto: Reflexiones de ÉL sobre Ricardo.

(...) Lamentaba profundamente lo que le había hecho a Ricardo, pero era necesario destruir esa foto. Aprovechó que la casa superior de la de Ricardo estaba abierta para llevar a cabo su acto y provocar la incineración de la prueba. Si algo había aprendido en todo este tiempo de Los Hijos de Caín era que, ante todo, uno debe ser fiel a sus valores; y él lo estaba haciendo (...)

Capítulo: W de Wilou.

Personajes: Ricardo y César.

Contexto: César intenta parar a Ricardo por última vez.

(...) Cuando iba a girar para caminar hacia el mar, me sorprendió que César me agarrase por la muñeca, justo por encima de la pulsera que había regalado.

—Ni se te ocurra —me advirtió—. Si descubres el cadáver de ese niño, será lo último que hagas. ¿Es que no te das cuenta de lo peligroso que es todo este asunto?

—Me da igual, ya me he cansado de esperar. Mis padres merecen saber el motivo por el que murieron y yo pienso encargarme de desvelarlo —me deshice de la mano de César.

Cuando ya me estaba dirigiendo hacia la orilla, César me gritó lo último:

—¡Ricardo! ¡Tus padres murieron por nada! ¡No caigas tú en su mismo error! (...)

Capítulo: W de Wilou.

Personajes: ELLA y Ricardo.

Contexto: ELLA en Wilou deja al descubierto su identidad.

(...) Si en ese momento me hubieran hecho una foto, esa imagen horrorizaría mucho más que la de Jonathan Velázquez amarrado encima de la balsa. Conocía muy bien la voz que salía desde la caperuza. ELLA desveló su rostro y dejó al descubierto su verdadera identidad: Cristina.

—¿Tú? ¿Por qué tú?

—Intentamos avisarte de mil maneras, Ricardo, para no llegar a esto; ahora ya es demasiado tarde... —replicó Cristina (...)

Z DE ZUMBIDO

Solo un áspero zumbido en sus oídos. Fue lo único que le quedó a Ricardo después de que el arma que sujetaba se disparara y se llevase la vida de Anna. Esa sensación hizo que quedara aún más perturbado de lo que estaba.

Con una vida plagada de muertes, sufría el peso de la traición de sus amigos de la infancia. Únicamente David y Nacho no estaban entre ellos. Existía una razón para que así fuera: no habían sido partícipes del episodio del niño ahogado. Por el asesinato de Jonathan Velázquez, Ricardo fue condenado a treinta años de prisión.

La cabeza de Ricardo había sido ofrecida en bandeja por aquellos en los que había depositado toda su confianza. Ahora, los que quedaban se atormentaban, encerrados en sus casas, mirando a través de la ventana y viendo, allí reflejado, el horror que ellos mismos habían cometido.

Hace algunos días decidí contar esta historia. Salvar a mi amigo vale el dolor de recorrerla. Intento dar así también algo de alivio a mi alma y conciencia destrozadas por la culpa. Es necesario que corráis el velo de la injusticia y echéis luz sobre lo sucedido. Debéis hacerlo por Ricardo, ya que los que quedamos no tenemos el valor suficiente para ello.

Tenía en mis manos el regalo que Ricardo me había devuelto desde la cárcel: la pulsera que le regalé. Ya no me consideraba su amigo. Sus sentimientos hacia mí estaban teñidos de odio y resentimiento. No lo culpo por esto, pues nunca estuve de su lado, ni fui su apoyo.

Reconozco que opté por el bando equivocado, pero no me quedaba otra alternativa. El destino de mi amigo ha sido la prisión, y yo lamento profundamente su pérdida. También siento gran tristeza por todas esas vidas que se fueron. Hay castigos peores que la muerte. El que le tocó a Ricardo Mairén, sin duda, lo es.

Hoy he llegado con mi coche hasta uno de los barrancos más conocidos de Chiclana, dispuesto a terminar con mi vida. La soledad y el silencio del lugar me inquietan. En este momento, mi mano tiembla, sosteniendo el arma con el que he de matarme, después de terminar de escribir en este blog. Es lo menos que merezco. No puedo perdonarme lo que he hecho.

Al comenzar esta historia, yo era Don Nadie, pero a estas alturas ya debéis tener claro quién soy en realidad. Tan solo os voy a pedir un favor: cuando mi cadáver sea hallado y, con él una tarjeta plastificada con la dirección del blog No me falles*, quiero que la deis a conocer a todo el mundo. Aquí está la verdad, lo que hará que liberen a Ricardo*.

Con esto os digo adiós. También Ricardo podrá sentir la pérdida de su mejor amigo. Ese soy yo: César.

El tacto frío de la pistola sería una de las últimas cosas que César notaría antes de morir.

EPÍLOGO.
TODOENLOQUECREES...

... es mentira. César no se suicidó. Yo mismo pude ver cómo las dos sombras que salieron de los matorrales para matar a aquel niño en Wilou se metieron en su coche. Vi cómo le ataron y activaron el acelerador para que se despeñara por el acantilado. La ubicación del blog que escribió César desapareció para siempre junto a su cuerpo. El río se lo tragó todo y partió en dos el vehículo nada más chocar con el agua.

A Ricardo le condenaron porque —entre otras cosas— encontraron pelos de su cabello en el cadáver de Jonathan Velázquez. Pero lo que no sabéis es que ese pelo en realidad lo aprovechó villanamente Cristina después de cortárselo al muchacho.

Por tanto, lamento comunicaros que todo lo que creéis saber sobre la desaparición del Niño de la Albagranera es falso. Han jugado con vosotros desde el principio. Los integrantes de Los Cinco no son más que meras víctimas de una trama mayor de lo que imagináis. Fueron tan torpes que cometieron el error de culparse entre sí de un asesinato que ninguno de ellos perpetró. Lo que les llevó a la locura y a dañarse irreparablemente los unos a los otros. El pobre Antonio Velázquez y su hija pagaron las consecuencias de sus desafortunados actos.

Antonio no era mala persona; se equivocó como todos, entre otras cosas por no saber tratar bien a las mujeres. Pero como padre fue ejemplar. Estoy muy seguro de ello. Lo que ninguno de los que murió habría sabido jamás es que fueron engañados por algo que estaba fuera de su alcance. En realidad, todo se calculó a la perfección para que nadie supiera la verdad, incluido Ricardo. Además, debéis saber que los padres de él no fueron asesinados por Anna. Todo el blog que habéis leído está narrado desde el punto de vista de César. Eso no quiere decir que sea lo que realmente sucedió.

Y por último os diré que la muerte del Niño de los Altramuces no ha sido más que una invención. ¿Que por qué lo sé? Ahora lo entenderéis, es muy sencillo: Mi nombre es Jonathan Velázquez y estoy vivo.

Desglose de personajes

DON NADIE

Narrador anónimo que cuenta los hechos que sucedieron durante el verano de 2012 y 2013. Se siente culpable por algo que ha hecho y por la traición que ha tenido hacia una persona importante para él.
Don Nadie cuenta la historia en primera persona, poniéndose en el papel de Ricardo, pero tampoco está negando que él mismo sea el narrador. De hecho, la identidad oculta de Don Nadie se descubre al final del libro.

JONATHAN VELÁZQUEZ (NIÑO DE ALBAGRANERA)

Niño desaparecido en la provincia de Cádiz en el verano de 2012. Todo el relato se centra en su búsqueda. No se volvió a saber nada de él desde entonces. Su familia parece haberse perturbado bastante desde su desaparición. Al final del libro sabremos si Jonathan está vivo o muerto.

RICARDO

Es uno de los integrantes de Los Cinco. Protagonista de la historia. Se cuenta todo bajo su punto de vista. Ricardo estaba estudiando en el extranjero cuando el Niño de Albagranera se suicidó. Un año después, en el verano de 2013, Ricardo vuelve a Cádiz y se reencuentra con sus amigos de verano, que no le

perdonan el hecho de no estar cuando todo sucedió. Ricardo encuentra una estela de la investigación que dejó su padre pendiente sobre el niño, y se decide a buscarlo, con la ayuda de algunos de sus amigos, y otros no tan amigos.

ANTONIO VELÁZQUEZ

Es el padre del niño desaparecido. Es un hombre totalmente perturbado por la desaparición de su hijo. Al poco tiempo de que ocurrieran los hechos terminó mal con su mujer y se separaron. Personaje oscuro y problemático. Hará todo lo posible para frenar a Ricardo en sus investigaciones. Trata fatal a las mujeres y es el mayor sospechoso de la desaparición de Jonathan.

ALFONSO MAIRÉN Y SU MUJER CARMEN

Son los padres de Ricardo. El verano en el que el niño desapareció, Alfonso y su mujer decidieron ir a ver a sus vecinos, los Velázquez, y a ayudarles con su búsqueda. En ese viaje sufren un fatídico accidente de tráfico que acaba con la vida de ambos. Alfonso descubrió una trama mucho mayor y averigua dónde se encuentra el Niño de Albagranera, pero acaban con ellos antes de que puedan acudir a las autoridades. Ricardo no tardará en descubrir que la muerte de sus padres no fue un accidente, sino un asesinato.

ESPERANZA

Madre de Jonathan y Celia, y aún mujer de Antonio Velázquez. Es una de las mayores víctimas de la tragedia que ha tenido lugar; sin embargo, oculta un horrible secreto que no tardaréis en descubrir.

CELIA

Pertenece a Los Cinco. Celia presenció todo antes de que Jonathan desapareciera, y desde ese momento quedó sumida en un trance y dejó de hablar. Si ella saliera de su autismo, se sabría toda la verdad de golpe, pero Antonio se encargará de que Celia no llegue a hablar nunca, aunque al mismo tiempo su

padre no haga más que protegerla.

ANNA

Exnovia de Ricardo y otra de las integrantes de Los Cinco. Ayudará a Ricardo en sus investigaciones, pero Ricardo descubrirá que Anna le traicionó en un momento en el que fueron pareja.

JOAQUÍN

Otro integrante de Los Cinco. Está muy molesto porque no quiere que la investigación de Ricardo afecte más a su amiga Celia. Hará todo lo posible por parar sus indagaciones. Mantuvo en el pasado una relación con Cristina, de la que solo ha quedado una gran amistad.

CRISTINA

Con Cristina se cierra el grupo de Los Cinco. Esos amigos se conocieron alrededor de la edad de los diez y once años. Cristina es peluquera y a la vez enfermera en el Hospital de Neón. Ayudará a Celia salvándola de las garras de Antonio Velázquez cuando esta es internada en el hospital donde ella trabaja. Mantiene una relación sentimental con Nacho (que no es de Los Cinco).

CÉSAR

Es el mejor amigo de Ricardo. Mientras que todos sus amigos de verano le dieron la espalda cuando sus padres murieron, César siempre estuvo ahí para apoyarle. Es gay. Mantiene una relación con un chico que se llama Diego y del que está tremendamente enamorado, hasta después de haberle dejado. César ayudará a Ricardo a descubrir toda la verdad. Es madrileño y vive no muy lejos de la casa de Ricardo en Madrid.

NACHO

Nacho es de Madrid. Íntimo amigo de David y amigo del resto del grupo. Mantiene una relación con Cristina. Nacho miente durante el verano en que ocurrió todo. Él y David dijeron que estaban en una feria de coches en Sevilla, pero lo cierto es que Nacho aceptó un trabajo durante ese verano y estaba más cerca de Los Cinco de lo que el resto pensaba. Aceptó un trabajo que le hizo perder la cabeza y, como se sentía tan culpable, más tarde se presentó a las oposiciones de policía, para remendar todos los errores que había cometido en el pasado.

DAVID

David oculta un tremendo secreto a sus amigos que más tarde descubrirá. Fue cómplice de Nacho en el fatídico trabajo que el policía aceptó. Además, David traicionó a Nacho en un momento de su historia. David ahora parece cuidar de Celia más que nunca. En tiempos pasados, la chica estuvo enamorada de él y ahora él lo único que desea es que Celia hable para contar toda la verdad.

BEATRIZ

Amiga de la infancia de Los Cinco. Una niña consentida e insoportable. Su relación está más ligada a Anna que al resto del grupo. Los Cinco matan a su pájaro accidentalmente y Ricardo se encarga de responsabilizarla de su muerte. Desde entonces el grupo sella un pacto que los mantendrá unido hasta que Jonathan desaparece.

TÍO HILARIO

Padrino de Ricardo e íntimo amigo de sus padres. Mantuvo una relación en su juventud con la madre de Ricardo y hasta su muerte mantuvo una extraordinaria relación con sus padres. Hilario es analista de ADN y ayudará a Ricardo para descubrir la verdad a medias que dejaron sus padres.

SOPRA

Camarera y dueña de El Pelícano Morado (un *show bar* de El Puerto de Santa María). Es transexual. Conoce de sobra a Hilario y a Ricardo. En este libro tiene poco protagonismo, pero en la segunda y tercera parte, cobrará relevancia.

SAMANTHA

Bailarina de El Pelícano Morado. Hilario la contrató y se fijó en ella en Madrid por el extraordinario parecido con la madre de Ricardo.

HORACIO

Guarda y vigilante de la cárcel de El Puerto. Horacio se verá amenazado en un determinado momento por Antonio Velázquez y se verá involucrado en una historia más allá de lo que él pueda imaginar. Está casado con Olga, que trabaja en el mismo lugar que Antonio Velázquez.

EL NALO

Individuo agresivo. Preso en la cárcel, cumple condena por tráfico de drogas, además de culparle por el asesinato de su padre. El Nalo será crucial en los planes de Antonio Velázquez.

BROTOX

Bestia encarcelada en la prisión de El Puerto. Antonio requerirá sus servicios cuando ingrese en prisión. Su enorme tamaño atemoriza a todo aquel que se cruza con él.

DOÑA CLAUDIA

Vecina paralítica de Albagranera. Un accidente de pequeña la condenó a vivir de por vida en una silla de ruedas motorizada. Doña Claudia descubrió a principios del 2013 un horrible secreto. Seguramente, si lo hubiera contado, nada de lo que sucede en *No me falles* habría tenido lugar.

ÉL Y ELLA

Personajes anónimos que, al igual que Don Nadie, no parecen tener muy buenas intenciones. Al final del libro se descubrirá quién se oculta tras la identidad de estos seres.

ÁNGEL SALVADOR

Abogado que ayudó a Alfonso Mairén para descubrir el paradero del niño. Se retiró del caso en 2012 porque sintió miedo, pero ahora está decidido a ayudar a Ricardo, para encontrar el paradero del niño.

SOFÍA

Excompañera de Ricardo en un periódico de Madrid. Sofía mantiene una relación sentimental con Antonio Velázquez, que durará muy poco, debido a los acontecimientos que pronto van a pasar. Sofía se reencontrará con Ricardo y le ayudará para saber qué esconde la familia Velázquez. Llevará una línea de investigación paralela a la de Ricardo, únicamente para mantenerle al margen del peligro que corre.

GUSTAVO

Actor de Hypnos, que interpretará un papel para guiar al padre de Ricardo.

RODOLFO PASTASO

Otro actor de Hypnos, que interpreta al padre de Gustavo, para llevar por otro derrotero a Alfonso Mairén.

GIGI

Director actual de Hypnos. Sofía requerirá su ayuda, pero no podrá conseguir mucho de él.